Debo agradecer a Anne Iker Gittleman la inestimable ayuda que nos ha prestado al verificar la traducción. A ella va dedicado este libro, por la fuente de inspiración que siempre representó para mí.

Esta traducción ha sido realizada sobre el texto publicado por Lewis Thorpe, Le Roman de Silence, *Cambridge, W. Heffer & Sons Ltd., 1972, y de acuerdo con la versión inglesa todavía inédita de Sarah Roche Gerstein y A. Benaim Lasry. Agradezco a la profesora María del Pilar Palanco la ayuda que me prestó en la revisión del texto.*

HISTORIA DE SILENCE

MAESE Heldris de Cornualles ha escrito estos versos según las reglas. Al empezar los sonidos que ha compuesto, pide y ruega a los que están presentes que los destruyan antes que difundirlos entre tales gentes que cuando oyen un buen cuento ignoran su valor. Tampoco quiere difundirlos entre hombres que aprecian más el dinero que el honor, ni entre los que quieren escucharlos sin pensar en dar una bien merecida recompensa. Un hombre culto podría estudiar durante mucho tiempo la composición de rimas y versos, pero la situación es tan penosa hoy en día, que es mucho más fácil componer obras que encontrar un solo príncipe en el mundo entero de quien se pueda sacar lo bastante para ser recompensado por el esfuerzo, aunque sólo sea con la paga de una semana.
1-22

¿Queréis ver gente mezquina? Servidle bien, como si se tratara de vuestro propio padre. Seréis bienvenido, os considerarán buen menestrel, os recibirán bien, pero cuando llegue el momento de algún reconocimiento, ¿sabéis lo que encontraréis? ¡Muy mala cara y muecas de disgusto! Tal es la costumbre. ¡Gente avara, mala y mezquina, este mundo no es más que un lugar transitorio! Habéis sembrado la tristeza por doquier; ya no hay

carcajadas ni juegos. ¡Desgraciados! Obtendréis menos cuantas más riquezas pretendáis amasar. No he dicho bastante, pues no es vida la de los avaros: se embriagan pronto con la Avaricia, a la que convierten en su dama y nodriza; el honor está tan lejos de ellos que no tienen ni un puñado. La generosidad, la participación en justas y torneos, el recibir regalos de las damas y saberlas tratar..., todo esto se ha convertido en un montón de estiércol. ¿De qué sirven las grandes riquezas cuando no sale de ellas ni bien ni honor? Las riquezas valen mucho menos que el estiércol; al menos éste es bueno para la tierra, pero la riqueza que está guardada perjudica al que la amontona. Un hombre que haya ahorrado mil marcos, aunque piense que no es gran cosa, teme perderlos. Y el temeroso no vive en paz; se siente infeliz e incómodo.

Los bienes sólo acobardan al hombre y le hacen esforzarse sin provecho. Lo único que hace es mancillarse. Deja de confiar en su mujer; no quiere compartirlos con ella, porque si un penique le faltara, disminuiría la perfección de esos mil marcos por los cuales pasó noches en vela. ¿Cómo calificar a estas odiosas criaturas que destruyen el mundo hoy en día? Han rodeado estas cortes de vergüenza. Inútil explicar esto, pues no se trata de un sofisma. Bien sabéis que en la corte gusta la falsa alabanza; la adoran e incitan a ella.

Pero yo, en este prólogo a mi obra, sigo el impulso de decir la verdad. Odio ver a la gente cubrirse de vergüenza a su pesar. Antes de comenzar mi obra, es necesario que os hable deteniéndome en buenas razones. Quiero desahogarme para que cuando empiece mi relato, no haya ningún motivo para interrumpir la obra. Por eso, ahora deseo revelar mi pensamiento. En mala hora fue forjada la desgracia que ha causado la deshonra de tantos reyes, condes y caballeros, cuya cuenta he perdido. ¡Oh gente ruin! ¡Ay de mí! ¡Habéis sido traicionados por Avaricia! Alejaos de su lado gritándole: «Te despre-

cio», pues de lo contrario, os desafiaré. Del mismo modo que el trigo vale más que las malas hierbas, y la rosa más que la margarita, el azor más que el halcón mudado, y el halcón más que el milano, el buen vino más que la insípida agua y el buitre más que la urraca, así la pobreza honrada tiene más valor que mil marcos sin alegría y fiesta. Y es mejor ser noble y franco que ser avaro y rey de Francia. De igual modo, el honor vale más que la vergüenza. Ahora volveré a mi relato y terminaré mi prólogo aquí, pues me mueve un gran deseo de comenzar a rimar sin más démora y comentarios.

23-106

En los días de antaño, cuando Ebain era rey de Inglaterra, mantenía la paz en su país. Fue el mejor rey que gobernó a los ingleses, con la única excepción del rey Arturo. Su régimen no consistía en palabras al viento, pues de Winchester a Durham, no había hombre en su reino a quien no encarcelara si se atrevía a quebrantar la ley, de tal manera que, culpable o no, no se liberaba sino con la muerte. En sus dominios se hacía justicia. Sus súbditos no eran maleantes. Apoyaba a la caballería y mantenía a los jóvenes guerreros con regalos y no con promesas vacías, y les premiaba a diario, recompensándoles por sus servicios generosamente; su liberalidad no tenía fin. Según el valor de cada uno de sus hombres, así los honraba y les daba libremente y de grado gran parte de sus bienes. Del mismo modo debería obrar todo hombre sensato: dar guardando sólo la parte que le corresponde, repartiendo sus bienes con alegría y de buen corazón, pues el que vacila en dar no debe ser agradecido, ya que ha perdido la virtud que hay en la generosidad: no sólo no le agradecen el regalo, sino que también decaen sus alabanzas y su fama. Un hombre juicioso logra estar por encima de todo reproche.

107-138

Este rey Ebain, que gobernaba a los ingleses era muy sensato. Daba a sus amigos altos puestos y lugares

de gran honor; de modo que cuando llegaba el momento de algún apuro, todos estaban dispuestos a prestarle ayuda. Esto lo sabía el rey Begón, señor del reino de Noruega. Ambos reyes se hacían la guerra, una guerra que había empezado con una causa pequeña, pero que duraba ya mucho tiempo. Muchos hogares y pueblos se quemaron, se cortaron muchos pies y caderas, y mucha gente se dispersó y fue capturada y hecha prisionera: el país estaba tan desvastado que nos os puedo relatar ni la mitad. Los daños comenzaron a acumularse de modo tan terrible que Noruega estaba casi desierta y sufría hambre, miseria y todo tipo de privaciones. Los pobres habían perecido y los demás pasaban grandes penalidades, hasta que el más sensato de los nobles pensó en sugerir que Ebain, en quien habían encontrado un terrible enemigo, y la hija del rey Begón se unieran en matrimonio. La hija de Begón se llamaba Eufeme y era la más bella joya de cuantas había visto el mundo. Le dijeron al rey lo que habían planeado y éste respondió:

—Señor, por Dios que seguiré vuestro consejo y le daré a mi hija. Enviad las nuevas y preparad lo necesario para el matrimonio, que será establecido con acuerdos y alianzas, para que la paz quede garantizada.

139-172

El rey Begón informó al rey Ebain de que le entregaría a su hija a condición de que finalizara la guerra y dejase de desvastar su tierra. Cuando Ebain oyó tales noticias, se alegró. Respondió a los mensajeros como hombre distinguido que era:

—Ahora veo que sí ha merecido la pena esta guerra; puedo decir que el tiempo que he estado en campaña ha sido bien aprovechado si puedo obtener por esposa a esta mujer, pues no hay otra que valga tanto como ella: es el mayor tesoro de la tierra. La amo y la deseo tanto que quiero casarme con ella por la Iglesia, y estar siempre con ella. ¡He sufrido durante mucho tiempo por su amor!

Sus hombres le contestaron:

—¡Que Dios permita que sea vuestra esposa, pues es joven de gran nobleza!

—¡Que así sea! Es lo único —dijo Ebain— que quiero en el mundo.

173-190

El rey Ebain no tardó mucho en tenerlo todo preparado. Envió a sus mensajeros con cartas; mandó a buscar dos arzobispos, clérigos y obispos; hizo venir a nobles y a condes de la corte, pues no descansaría hasta casarse con la joven de quien había oído tan buenas razones. Hizo que dispusieran sus navíos, las vergas, velas y palos mayores, y que reunieran y prepararan todo lo necesario para un viaje por mar, para que cuando llegasen los que había convocado encontrasen los navíos listos y abastecidos. Todos acudieron a la llamada, y cuando estuvieron todos reunidos, el rey les dijo que pensaba casarse con la princesa noruega. Nadie se opuso a ello, porque pensaron que sería un gran alivio y un descanso en la guerra. Le dijeron:

—Señor, antes de quince días sabremos si la vamos a acoger.

—Gracias —dijo el rey—. Sacaréis grandes beneficios de esto. Apresuraos y preparaos, porque zarparéis mañana por la mañana.

—Así lo haremos, de todo corazón —respondieron.

191-220

Por la mañana, los dos arzobispos y los cuatro obispos se embarcaron; dos duques y dos condes fueron con ellos. ¿Por qué alargar más la historia, señores? Los marineros salieron a alta mar y pronto llegaron a Noruega. El rey Begón fue a recogerlos al puerto y les confió a su hija Eufeme. No perdieron ningún tiempo allí: se llevaron con ellos a la hija del noruego además de muchos y buenos caballos negros, osos, azores y también leones. No sé qué más deciros. Cuando cambió el

Riqueza → Exotismo

viento, iniciaron el regreso y pronto llegaron a puerto inglés. El rey Ebain no omitió ninguna delicadeza al recibir a su amada. Cuando la vio, la saludó caballerosamente; ella le devolvió el saludo con cortesía, lo que agradó mucho al rey. Ebain se inclinó para besarla y luego se aseguró de que estuviera bien, ya que la travesía había sido dura y el cansancio le había entristecido el corazón. Tres días después se casó con ella, pues la deseaba intensamente. La boda fue magnífica, con toda clase de manjares y bocados exquisitos. Sería incapaz de calcular los gastos, pues fueron más elevados de lo que uno puede imaginar. Los festejos duraron doce meses, según la costumbre en aquellos tiempos, en los que había gozo. Pero los avaros, Dios los maldiga, estropearon la costumbre. Me hierve la sangre al pensar cómo han cambiado las cosas. ¡Ojalá fuera matada esta gente vil que ha mancillado las costumbres honradas y los de más alta nobleza que se lo han permitido! ¡Ojalá que no vivan más que unas pocas horas y que el diablo los arrastre! Viven más de lo debido y cuanto más tienen, más quieren. ¡Esto me saca de quicio! Es como si los hubiera atrapado una araña que tiende su red con trabajo y elaboración: del mismo modo que no se ve el dibujo de su tela, los tontos e insensatos se precipitan en la trampa, tanto clérigos como legos, condes y duques, igual que cualquier otro inocente desprevenido. ¿Para qué seguir? Hay demasiado que decir. Lo mejor será volver al relato.

Los festejos en Inglaterra fueron estupendos. Por esas fechas acudió a aquella tierra un conde que tenía dos hijas gemelas. Dos condes se desposaron con ambas doncellas; cada uno pretendía estar casado con la mayor, pero uno de ellos era marido de la menor. Disputaron por la herencia, pues ambos deseaban la posesión de las tierras. Uno quería dividirlas por la mitad: el otro afirmó que moriría antes de cederle una pulgada de terreno como un cobarde. ¿Para qué decir más? El caso

llegó a tal extremo que fijaron la fecha para un combate singular que dilucidara quién era el heredero. Por consideración a los de aquella tierra, al rey y a sus nobles, el combate fue fijado en Chester; allí se decidiría el caso y se vería quién tenía razón. Ambas partes se presentaron a la cita; los dos llegaron dentro del plazo establecido. El rey y sus nobles hicieron todo lo posible por distribuir justicia y llegar a un acuerdo aceptable por las dos partes, pero los contendientes no cedían y las negociaciones fueron infructuosas. Ambos tuvieron la desdicha de resultar malheridos en combate, y murieron tratando de probar que tenían razón en las reclamaciones que habían formulado. El dolor creció con la muerte: unos, encolerizados, deseaban combatir y acabar con los partidarios del otro, vengando así la muerte de su conde. El rey Ebain sintió una gran aflicción al ver divididos así a sus vasallos, y dijo:

221-308

—¡Ay de mí, cielos, qué gran dolor por dos huérfanas! ¡Qué forma tan inútil de perder a dos hombres buenos! Esto me ha contrariado mucho. Por la fe que debo a San Pedro, ninguna mujer volverá a heredar en el reino de Inglaterra mientras yo gobierne en esta tierra: éste será el castigo por la gran pérdida que hemos sufrido.

309-318

Hizo jurar a todos los presentes que apoyarían el decreto, confirmando la validez del juramento. Algunos lo hicieron de mala gana, pero la mayoría de ellos lo aceptaron de grado... los que nada tenían que perder. Los que sólo tenían una hija y grandes propiedades y tierras, ¿no creéis que se les llenó el corazón de enojos?

319-326

El rey hizo que enterraran a los muertos como se debía, dándoles sepultura en sendas tumbas sólidas, en las que ordenó que colocaran una inscripción que decía: «Por codicia muchos hombres han perdido su li-

bertad; cuanto más se acostumbran a la riqueza, más veloces van hacia la muerte».

El rey no quiso permanecer allí durante más tiempo; los vivos dejaron a los muertos en paz, pues ya no podían hacer nada más por ellos, ni podían darles otro solaz. Cada uno regresó a su tierra.

327-336

El rey Ebain dejó Chester y se dirigió a Winchester, que en aquel entonces era un castillo, aunque ahora sea una ciudad. Desde antiguo había allí fraguas. La reina residía en aquel lugar con sus nobles doncellas. Cuando el rey iba hacia Winchester con prisa, algo increíble ocurrió: estaban atravesando el bosque cuando un enorme dragón vino silbando a través de la espesura. El rey y sus hombres cabalgaban bromeando y conversando, cuando el dragón les interrumpe el camino y se lo bloquea con la cola, impidiéndoles continuar. Por la boca arrojaba un veneno que dañaba y daba muerte a todo cuanto tocaba; los cercó volando alrededor de ellos, de forma que nadie podía escapar, a menos que Dios lo salvara. El rey Ebain estaba completamente desconcertado, sin saber qué hacer. El dragón daba vueltas en el aire sin parar, y cada vez que completaba un círculo, vomitaba llamas por las narices que quemaban el lomo de los caballos. Tras las llamas, exhaló un humo que escondió la luz de la vista, de modo que apenas podían ver nada. Entonces el rey Ebain se atemorizó realmente. El dragón mató a treinta de sus hombres; él pudo retirarse a una senda, bosque arriba; iba de cara al viento debido al humo que los ahogaba. El resto de sus hombres lo siguió, aunque sin dejar de pelear en ningún momento. El dragón se detuvo a descansar: se comió a los muertos, tragándoselos. Mientras tanto, el rey Ebain lloraba y se lamentaba.

337-372

Los treinta hombres habían soportado duras penas en los bosques y el rey —terminadas sus lamentaciones— dijo a sus hombres:

—¿Qué podemos hacer? Si las cosas quedan así, habremos caído en una gran deshonra, si regresamos de este modo. Si hay un hombre entre vosotros que se atreva a enfrentarse con el dragón, le regalaré un condado y le permitiré que escoja la esposa que prefiera, a menos, por supuesto, que ya esté comprometida.

Nadie se atrevió a replicar. Por mucho que prometiera darles y por mucho que tratara de convencerlos, nadie se atrevía a aceptar el desafío. Pero el rey tenía un joven servidor, Cador el valiente, joven de mucho saber. Era el caballero más esforzado de todos, el más querido y más valeroso. Estaba profundamente enamorado de una doncella que había acudido a servir a la reina: era la hija de Renalt de Cornualles; ninguna mujer del reino se le podía comparar. Era la única hija del conde, la más hermosa doncella de toda la tierra. Era la más bella muchacha del mundo; se llamaba Eufemie. Era joven entendida en las siete artes y estaba muy enamorada de Cador, que también sentía hacia ella un profundo amor sin atreverse a confesárselo. El escondía su amor de forma tan perfecta que nadie se podía dar cuenta. Así, Cador sufría más aún su tormento, pues sin llama el fuego arde con más violencia que si llama y fuego salen de él. Así es la naturaleza del amor escondido: atormenta más que cuando se confiesa abiertamente. Pero el amor le quitó el miedo a Cador y quiso dar una prueba de su valor al instante. Encontró el modo de quitarse de la vista del rey y desapareció por el bosque con rapidez. Un escudero más inteligente que los otros, le preparó el caballo, pues no quería que lo supiera nadie más que Dios. Se dirigió a un lugar recóndito del bosque e hizo que le llevaran allí sus armas, pues no podía pasarse sin ellas. Pronto estuvo armado y con deseos de batalla: quería atacar al dragón sin más pérdida de tiempo. Antes, le rezó a Dios con fervor:

373-426

—Señor Dios, creaste al hombre, que pecó al comer la manzana, y anunciaste tu santa venida por medio de un ángel y te metiste dentro de la Virgen, tomando forma humana en ella. Por nosotros buen Señor, te rebajaste; virgen era, virgen la dejaste. Después fuiste circuncidado, como los judíos siguen haciendo hoy en día, y fuiste bautizado en el río Jordán, para lo que enviaron la crisma del cielo; tal fue tu voluntad. Después te presentaste en el templo. Cumpliste pena por nuestros pecados, pues nuestros enemigos nos habían herido. Los judíos te maltrataron de modo vil, y sufriste muerte en la cruz, pues está escrito en nuestra ley que has elegido la muerte para redimirnos de nuestra condena. Un ángel podría haberlo hecho libremente, haberse vuelto carne, haber muerto y haber resucitado. Y si un ángel hubiese sufrido en la cruz por nosotros ¡Dulce Señor! —aunque sé que no es posible—, él sería entonces nuestro dueño y desearía ser nuestro señor y tener completo dominio sobre nosotros. Pero Tú dijiste que el hombre tendría tanto renombre como el más alto de los ángeles, y que sería igual a los arcángeles, y que hombre y ángel tendrían que adorarte por igual como Dios. Por esta causa tenías que redimirnos, morir y resucitar; sólo Tú podías hacer eso. ¡Que tu fuerza esté hoy en mí! Hiciste esto sin vacilación. Así como es verdad que éste es mi credo, Dios mío, ayúdame de igual modo contra esta bestia feroz. ¡Que me fortalezca el poder de Dios! Esto no es credo de judío.

427-472

De un salto se montó sobre su caballo; completamente armado, cogió el escudo por las abrazaderas, se ciñó la espada bien afilada, agarró su venablo y dijo:

—¡Dios me valga!

El caballo brincó entre los robles; acortó sus riendas. Se dirigió sigilosamente hacia el dragón para que no lo oyera, porque no quería atacar hasta verlo borracho de sangre. Vio al dragón ya tan harto de los muertos

medio carbonizados que casi no podía beber más sangre ni comer más carne. Antes de que pudiera percibir a Cador, éste ya le había clavado el venablo, dejándole una mejilla rasgada. El dragón se levantó y fue tras Cador, hirió su caballo, rajándole el vientre. El joven cayó al lado del dragón, que casi lo atravesó, pero el valiente caballero se levantó y recobró el ánimo de inmediato. Desenvainó la espada y se abalanzó contra el horrible animal, atravesándole el lomo de lado a lado. El dragón se revolcó en su propia sangre, bramando y rugiendo. Al oír tal estrépito, el rey pregunta cortésmente:

—¿Dónde está mi querido Cador? ¿Lo sabéis alguno de vosotros? ¿Nadie me contesta? ¿Ninguno de vosotros lo sabe? ¡Santa María, qué gran pesar tienen mis hombres hoy! ¡Qué pérdidas tan terribles han sufrido! ¡Qué día tan nefasto ha sido hoy para todos nosotros! Si pierdo a Cador además de todo lo que ha ocurrido, mi deshonra será completa.

El escudero de Cador le responde:

—Señor, por mi fe, apenas me atrevo a decíroslo: el valiente Cador ha ido a atacar al dragón, pero no tengo ninguna culpa.

El rey espoleó el caballo a la vez que soltaba las riendas; no le importaba morir o seguir viviendo; tenía que ver a Cador, al que había criado. El dragón ya estaba muerto. El rey ya había bajado media pendiente cuando le gritó a Cador:

—¡Amigo, amigo! Esta bestia ha causado grandes sufrimientos a vos y a mis hombres. No sé qué hacer, ¡ay de mí!

Cador lo oyó y gritó:

—¡Venid y traed a vuestros hombres!

El rey acudió allí con su gente y ante todos ellos, Cador, de corazón noble, le cortó la cabeza al dragón. Todos temían enormemente a la bestia muerta; Cador puso la cabeza en la punta de su lanza y dijo al rey:

—¡Concededme la recompensa, pues he matado al dragón!

—La tendréis, querido sobrino, por mi fe!

473-532

La muerte del dragón causó gran regocijo. Se llevaron la cabeza con ellos. El rey se apresuró entonces de tal modo, e hizo que viajaran con tanto apremio que llegaron a Winchester cuatro días después de que se fueran de Chester. Allí todos se maravillaron al ver la cabeza.

Prepararon una gran fiesta para el rey y sus hombres. Cador tuvo un gran recibimiento por su hazaña. El rey fue a saludar a la reina, y Cador se dirigió a la joven por cuyo amor había sufrido y permanecido en vela muchas noches. El rey y la reina festejaron con alegría, pues tenían buen motivo para ello. Cador habló con Eufemie, que, por supuesto, no era enemiga suya: si él se atreviera a pedirle su amor, ella se dejaría persuadir y se lo daría en seguida, pues en ningún momento pensaba rechazarlo de forma villana. Lo amaba mucho, pero él lo ignoraba. ¿Y él, la odiaba? ¿Odiarla? ¡Ay! No había nada que más deseara, pero no se atrevía a pedírselo. Esto lo solucionó en los bosques de Malroi. Y si no se la pide al rey ahora que puede escoger mujer ¿no sería necio de su parte no hacerlo? Decide entonces pedírsela. Mientras estaba sentado junto a ella, pensaba en su corazón que su altivez le impediría casarse con él. Pero si percibiera alguna señal de que él le agradaba y de que en su corazón no albergaba arrogancia hacia él, y que le sería posible encontrar amor allí, entonces la pediría al rey. Quiere decirle sin más demora que sufre por su amor, pero no se atreve a hacerlo todavía, primero ha de sufrir un poco más.

533-574

El rey se retiró, muy cansado, tras de haber comido y bebido hasta la saciedad, y el noble Cador se retiró también. Durante la noche le vino un gran dolor al

corazón; poco antes del amanecer empezó a gemir y a quejarse, y cambiaba de color debido al veneno y a los vapores que le había arrojado la bestia. Un chambelán, que se llamaba Ades, le hizo saber al rey que Cador estaba enfermo. Nunca había recibido noticias que le disgustaran más: se apresuró en vestirse y acudió rápidamente a la habitación, donde encontró a Cador muy pálido. Al verlo con tal dolor, lo tomó entre sus brazos, se golpeó el pecho y se retorcía las manos; su aflicción era tan grande que casi murió. Hizo llamar a Eufemie, que era el médico más sabio del país. La joven se apresuró en llegar, y le tomó el pulso; dirigiéndose al rey le dijo que antes de que hubieran transcurrido dos semanas lo habría dejado tan sano que sería imposible adivinar que acababa de estar enfermo.

—Te daré un rico regalo —le contestó el rey— y muy buena recompensa.

575-600

El rey ordenó que buscaran rápidamente a tres nobles y cuando llegaron les dijo cortésmente que en todo su reino, en el que tenía muchos vasallos, no había príncipe tan rico que no pudiese Eufemie tener por señor al que más desease y quisiese, siempre que no tuviera compromiso previo, si curaba a su sobrino: sería la recompensa que le otorgaba a la doncella, que evitaría que el rey muriera de aflicción. Ella se lo agradeció inclinándose ante él.

La joven pidió que prepararan un lecho en una de las mejores habitaciones: el dosel era de ricos tejidos, y junto a esta habitación había un jardín en el que doctores y clérigos habían plantado numerosas hierbas valiosas por sus muchas virtudes curativas. El jardín, además, era muy hermoso y por la ventana de la habitación entraban aromas más dulces que el néctar; allí debía reposar plácidamente Cador. La cama ya estaba preparada; lo metieron en ella, aunque nadie se atrevía a tocarlo, por temor a hacerle daño; sólo la joven y sus

servidores lo hacían. Ella supo llevar a cabo su labor de forma tan perfecta que a los ocho días lo había conseguido curar de su enfermedad, por la gracia de Nuestro Señor. Pero a la vez agravó su estado, pues las continuas idas y venidas, las atenciones y las vigilias que la joven mantenía por la enfermedad de Cador, hicieron que aumentara su amor por ella. El amor lo asediaba más aún que antes: cuanto más la ve, más la desea y más quiere verla; y aumentaba el dolor que sentía en el corazón.

—¡Ay de mí! —exclamaba— ¿es esto lo que trae el amor, este terrible sufrimiento y esta amargura? Malvadas costumbres tiene Amor: primero hace el bien y después daña; tal es el comportamiento con que sujeta a los enamorados.

601-643

—El daño que me hizo el dragón no se podía comparar con el que ahora sufro, o por lo menos no era vergonzoso padecerlo. No me atrevo a revelarle a nadie mi actual dolor: el amor me ha acobardado por completo debido a una mujer, cuando antes me dio fuerzas para llevar a cabo grandes hazañas por ella misma. Este padecimiento me tiene acosado. Podría declararle mi amor, pero ella me rechazará tal vez, pensando que he interpretado mal sus esfuerzos y sus conocimientos médicos, y que es por eso por lo que le ruego que sea mi amada. Me ha salvado de una grave enfermedad, pero ahora me encuentro invadido por una mucho peor, pues estoy como ebrio y sin fuerzas: languidezco a pesar de estar sano. ¡Ay de mí! No me atrevo a revelarle mi amor, pero tampoco creo que sea adecuado ocultarlo durante más tiempo, y puede que ella haya tenido otro amigo antes de causarme este dolor. Sí, la mujer siempre ha sido igual: nunca hace lo mejor; considera que su voluntad es su razón y siempre busca una oportunidad para deshonrarse. Ejerce su voluntad contra naturaleza, razón y costumbre. Da su amor sin cautela y puede desviarse con facilidad si se le permite que se case con quien ella desee. Es mejor guardar silencio; el amor me ha causado una gran congoja y no tengo ninguna esperanza de sanar.

644-678

De este modo estaba quejándose Cador, por los sufrimientos amorosos que padece. ¿Qué hizo Amor mientras tanto? Le apuntó con un dardo más agudo que la punta de una lanza, y se lo clavó en el pecho.

—¡Ay de mí! —exclamó Cador— ¿Qué es lo que se me ha clavado de este modo?

Amor se le mete en el corazón, acosándole y asaltándole de forma que le hace gemir y gritar: «¡Ay, ay!»

El rey estaba cerca, en una habitación del piso de abajo, y al oír la voz del valiente Cador, acudió al lado de su sobrino sin entretenerse:

—¿Qué te ocurre, querido sobrino?

—Señor —le contestó Cador—, ¿no lo sabéis? Estaba durmiendo la siesta y he soñado que iba montando un caballo en los bosques de Ardane. No llevaba armas, ni lanza ni escudo; vi que resucitaba entonces el dragón al que despedacé. Me atacó y por eso grité. Señor, tal como os he contado ha sido el sueño. ¡Ojalá Dios no permita que se haga realidad!

—Querido sobrino, esto quiere decir simplemente que todavía estáis débil y flojo, tenéis la cabeza ligera y, cuando dormís, os acordáis de todo lo que hicisteis antes de enfermar.

679-708

El rey exhortó enérgicamente a su sobrino a que se animara y se consolara, pero sin saber en qué consistía su mal, e ignorando que había sucumbido a una enfermedad que sólo podían curar Dios y la joven que lo había sanado de la otra herida. ¿Queréis saber la verdad? Al anochecer volvía a recomenzar la lucha de Cador, que se quedaba despierto el resto de la noche, gimiendo y sufriendo, porque Amor se había adueña-

do de él y hacía que se estremeciera, sudara y temblara. Era peor que la fiebre, pues ésta tiene tal naturaleza que desaparece frecuentemente tras los escalofríos o copiosos sudores, pero Amor no se va ni con mucho frío, ni con calor. La valentía, el orgullo y las promesas de nada valen ante él; una condesa es igual que cualquiera de sus camareras para Amor, y Cador estaba comprobando su fiereza.

709-731

Ahora voy a hablaros de la joven que le había servido de médico. Iba y venía a menudo a ver cómo se encontraba su paciente; si antes lo amaba, mucho más lo ama ahora: a nadie le debe sorprender, pues habéis visto con frecuencia cómo las ascuas y la estopa producen un gran fuego sin gran dificultad cuando sopla el viento. Lo mismo ocurre con Amor: en cuanto arraiga, los enamorados no pueden dejar de temer el descubrir sus sentimientos al otro. El amor crece deprisa a partir de ese momento, cuando las palabras son adecuadas y gracias a la compañía del ser amado. Cuanto mayor es el deseo, más rápidamente crece el amor, pues cuando hay deleite en la conversación, el amor se extiende y propaga, si los enamorados están juntos. Pero si éstos no se ven, y cuando lo hacen es de año en año, les basta el afán de estar juntos y el recuerdo.

En cuanto a Eufemie, está triste, pues ve todos los días al que desea, y conoce su deseo. Le gustaría que él supiera que ella no escogería a otro amigo sino a él, pero no se atreve a decirle que quiere convertirse en su amiga. ¿Será necesario que os diga que disfrutaba no pudiendo hacer absolutamente nada, ni mucho ni poco, de lo que su corazón deseaba, a no ser amarlo sin atreverse a descubrírselo? Sí, se deleitaba en su amor, pero tenía tanta amargura por el sufrimiento que padecía, que no me atrevo a llamar deleite lo que sentía, pues si tenía algún gozo, no era muy grande.

La pena que sentía por sí misma y el amor le hacían gemir y estremecerse.

—¡Desgraciada de mí —exclamaba—, no estoy viva ni muerta! Gracias a Dios he conseguido curar a mucha gente, pero este último me ha pagado mal, porque ahora conozco la verdad: estoy enferma por su culpa, todo lo que me ocurre es por él. Cuando anoche lo vi tan cortés y tan apuesto, recordé su valiente hazaña, y sentí que mi enfermedad empeoraba.

732-786

—El amor —continuaba— hace que sea incapaz de actuar. Ni la sabiduría ni el ingenio pueden ayudarme; a otros les resuelvo sus dolores con medicinas, pero mis artes curativas de nada me ayudan. ¡En mala hora me ocupé de él! ¡En mala hora fue vencido el dragón! ¡En mala hora se difundió el veneno que enfermó tan gravemente a Cador! Una maldición ha caído sobre mí. ¡Ay de mí, desdichada! Creo que tiene ya una amiga. Si él no tuviera la posibilidad de escoger esposa, yo podría tener esperanzas, pues si Cador no pudiera hacerlo —sea maldito también esto—, yo, por los privilegios que me ha concedido el rey, podría elegir el esposo que más quisiera, pero no sé si merecería la pena solicitarlo. No sería justo, ya que él será el primero en arrojar los dados. Si me quiere, podrá tenerme, y si no, no tiene que hacerlo. ¡Oh Dios, qué desgraciada situación! Si así lo desea, podrá pertenecerme algo de él, y sin embargo, yo soy suya por completo. ¡Ay de mí! Ayer lo vi: es más bello que una rosa, ¿no fue una insensatez curarlo tan rápido? ¡No lo pensé bien! Hubiera tenido muchas oportunidades de ir a verlo al lugar en el que yacía enfermo. ¿Por qué habría de importarme, considerando mis propias agonías, que él sufriera más, siempre que se restableciese?

787-822

Era poco antes del amanecer. El dolor no le había dado ni un momento de descanso. Yacía desnuda so-

bre la colcha y Cador estaba en la habitación contigua. Tampoco él había podido descansar esa noche, pues no sabía qué hacer. Si hubiese sabido que habría podido tener a Eufemie, el dolor se le hubiera calmado y el sufrimiento abreviado. Y si Eufemie hubiera tenido la certeza de que él estaba sufriendo tanto por ella, no se le habría negado, estoy seguro. Él no sabía que antes de comer ella le confesaría su aflicción y cómo Amor la estaba castigando e hiriendo.

823-838

Al amanecer, la joven empezó a dar vueltas y decidió ir a ver a su amigo, pero al bajar las escaleras recuperó el sentido común. Entonces tuvo miedo, temió seguir adelante. Le echaba la culpa de su conducta a su corazón, se reprochaba diciendo:

—¡En qué situación me has metido, corazón traicionero! Desde el momento en que confié en ti, no me has proporcionado ni honra ni bien, sino gran vergüenza y afrenta, corazón, porque me fuerzas a cumplir tus decisiones. ¿Quieres que mi deshonra sea total? Gran locura es salir a estas horas de mi habitación por un hombre. He perdido el sentido de la vergüenza y el pudor; parece que se ha roto el freno. Te voy a sujetar con las riendas cortas, corazón: siempre has sido más duro que el roble y ahora te dejas ablandar de tal modo que vás a lograr privarme de toda honra. Un corazón vil es capaz de hacer que un hombre pierda el sentido; más vale un corazón noble en alguien de baja estirpe que si su dueño es señor de un gran reino y tiene el corazón débil. Corazón traidor, a propósito has actuado así, haciéndome esto.

839-865

Cuando acababa de pronunciar estas palabras, se cayó en el escalón, desmayándose dos veces consecutivas. Al recobrar el habla, llamó a Cador por su nombre: él era la esencia de todas sus palabras. Cador, por su parte, languidecía por estar sin ella. Amor los tenía

sujetos a ambos; si quieren cura, él habrá de recibirla de la joven, y ella necesitará su medicina de él: o se sanan mutuamente o no habrá alivio para ninguno de los dos.

866-878

En cuanto amaneció, Eufemie no perdió más tiempo. Fue a la habitación de su amigo y le dijo:

—Amigo, hablad, ¡ay de mí!

Debería haber dicho «¡habladme!» pero el Amor la embaucó de tal modo, que en vez de «¡habladme!» dijo «hablad, ¡ay de mí!», pues es lo que estaba en su corazón. Después de decir «amigo», el Amor le añadió «¡ay de mí!». Debería haber dicho «a mí», pero dijo «¡ay de mí!», por la pena que yacía en ella. Esto le dio grandes esperanzas a Cador, porque además de «¡ay de mí!» le había llamado antes «amigo». Ahora pensaba que todo estaba solucionado, ya que sus palabras le trajeron gran consuelo: llamar amigo a alguien es prueba de amor; la exclamación «¡ay de mí!» lo corrobora.

Cador se sentía feliz, después de los sufrimientos y las aflicciones padecidas por culpa de Amor. Al oír que Eufemie lo llamaba «amigo», en Cador nació la esperanza de poder conseguir lo que más anhelaba y deseaba. «¡Ay de mí»! dejaba bien de manifiesto el martirio, la pena de amor que ella estaba sufriendo, aunque la expresión era ambigua, pues el hecho de que lo llamara «amigo» no era prueba de que lo amara: uno puede llamar «amigo» a un hombre sin necesidad de amarlo con noble corazón. Por eso, Cador seguía teniendo dudas, a pesar de la esperanza que le daba el hecho de que ella lo llamara «amigo», y él a ella «amiga».

Ahora, el joven no dejará de hablar —como váis a saber—, dispuesto a que ella lo oiga, ya que ha sido bien encaminado.

—Dulce amiga —le dijo—, vuestro lamento ha

producido una gran pena en mi corazón, a la vez que vuestra buena obra es un ejemplo para mí: si os quejáis, también yo tengo motivos para hacerlo; si estáis afligida, yo también lo estoy. Me alegraré de vuestra alegría, porque toda vuestra persona me hace estar contento: vuestra manera de andar, de hablar y de mirar me dan ánimo. Si no tenéis nada en contra de ello, quisiera compartir mi vida con vos, llorar juntos por nuestras adversidades y alegrarnos en nuestra prosperidad. Todo cuanto tengo es vuestro, si tenéis algún sufrimiento, yo sufriré, pues de este modo habéis actuado conmigo, llevándome del mal al bien.

879-936

—Es cierto —contestó Eufemie—, os he servido de médico, os he librado de la ponzoña con que os envenenó el dragón, y eso me perjudicó de tal modo que no creo que me pueda salvar. Por estar a vuestro lado me vino la enfermedad, pues ésos suelen ser los resultados cuando se pasa mucho tiempo junto a gente enferma: se puede considerar afortunado quien no se contagia. A mí no tardó en alcanzarme la enfermedad, pero sea cual sea el mal que he adquirido, juradme por la verdad misma —para que yo pueda seguir viviendo y vos dejéis de estar enfermo— que este mismo mes me reclamaréis como recompensa por mis servicios. Dulce amigo, si el honor conduce vuestros actos y un noble carácter os guía, si mi propuesta os agrada, si el valor os da fuerzas suficientes y un noble corazón dirige vuestros pasos, haréis lo que os pido. Sé, por supuesto, que sois cortés, bien educado y muy discreto; mi dulce amigo, el honor obliga muchas veces a cambiar los deseos, pero no os debe pesar; mi corazón no podría enriquecerse con la más grande de las riquezas. El hombre malvado y perverso se quema por ellas y cuanto peor corazón tenga, peor le irá. Amigo, he oído decir que por matar al dragón —cosa que hicisteis con tanto valor— el rey os concedió como recompensa un condado y que tomárais como esposa a quien deseárais, para lo cual tenéis un año, seis meses o un mes, el plazo que queráis.

937-976

Cador respondió de inmediato:

—Doncella, así es. El rey me lo juró y no cabe duda de que ha de cumplir su promesa de darme tierras y la esposa que yo elija; pero no tomaría una de las tres mejores del reino si me negara a una, la bella Eufemie.

La bella Eufemie es la única en la que piensa Cador, es la elegida por su corazón. Eufemie, que no lo sabe, se siente celosa, pero no es lo suficientemente atrevida, no tiene bastante osadía para continuar hablando con él; piensa que él ha querido decir otra cosa y le replica con rapidez:

—Señor, ¿es ése vuestro deseo?

—Mi corazón no puede cambiar, querida y dulce doncella. Os mofáis de mí con tal pregunta, y tenéis el derecho de hacerlo, pues os debo la vida. Hablaré para reparar la ofensa que haya podido ocasionaros. Habláis de boda, no os molestéis, discreta amiga, de que os diga esto en secreto. Pensáis tomar por esposo a un noble, a la vez que yo escoja a una mujer que sea mi igual, pero no me será posible no estar junto a vos en vuestra boda, pues si estoy vivo he de estar allí. Hace unos días el rey os prometió que si me curábais, os daría como recompensa el poder elegir marido. Ahora vuestros deseos se verán cumplidos y yo —¡ay de mí!— tendré que sufrir esta gran enfermedad que me vence.

977-1013

—Señor, ¿cómo es ese mal?

—Bella, tengo frío y calor a la vez; me parece que no podré sanar. No hay calor que sea lo suficientemente intenso para superar el frío que siento, bella Eufemie; y no hay frío que tenga el poder de vencer mi

calor. Ambos tienen la misma fuerza; uno lucha contra el otro, pero ninguno de los dos puede superar al contrario. ¿Habéis oído hablar de lo que el calor y el frío —que son fuerzas opuestas— pueden hacer dentro de un cuerpo? Si la naturaleza pudiera imponerse en mí, tan extraña condición no podría repetirse en mi cansado cuerpo; uno no lucharía contra el otro; pero estoy tan alterado, que creo que estoy embrujado. Quiero comer y no puedo; no hay bastante fuerza en mí para que pueda gozar de lo que como, y no sé de qué modo nutrir mi cuerpo cansado. Después de dormir me levanto con tal dolor que casi muero por la falta de reposo.

—Dulce amigo, nos convendría una misma medicina, pues tenemos la misma enfermedad. ¿Cómo se llama este mal? Si lo sabéis, no me lo ocultéis.

—Bella, soy joven todavía, pero he oído decir a muchos hombres mayores que quienes padecen el dolor y las amarguras del amor sufren gran daño si aman y no son amados; pero si están de acuerdo los dos, de forma que uno ama al otro —os lo voy a decir con franqueza—, pueden sacar más provecho con un beso que lo que han sufrido durante un año, al menos eso es lo que dicen los entendidos.

—Amigo, ahora me lo habéis revelado. Ahora sé que Amor me ha hecho prisionera suya. Si un beso me puede curar, quedando así aliviada, me decepcionaría que no me besara mi amigo.

—¿Qué decís, Eufemie? Quiera Dios que cada uno de nosotros tenga lo que más anhela y desea, atreviéndose a nombrar su deseo.

—Amigo, ¿qué vale desear? Desear no ha ayudado nunca a nadie. Jamás he visto nada —bueno ni malo—, que haya ocurrido más pronto por desearlo. Decidme ahora, mi dulce amigo, ¿no es cierto que el rey nos ha dado la libertad de elegir cónyuge, a mí por curaros de vuestro mal, y a vos por matar al dragón? Ahora

podemos dar a conocer nuestros deseos en secreto y en privado: ¿quién es la mujer a la que más amáis? Y yo, ¿a qué hombre? ¿Por qué no hacemos aquí mismo el juramento de guardar el secreto y un pacto por el que vos no lo revelaréis a nadie, excepto a mí, ni yo —por mi fe— no se lo descubriré a nadie, sino a vos? Primero me lo diréis a mí, y luego yo os diré el nombre del hombre al que más quiero, sin mentir en nada. Vos sois hombre, por eso debéis hablar antes que yo, escogiendo primero.

—Estoy de acuerdo —le contesta Cador—. Ahora, puesto que están así las cosas, vamos a revelar nuestro pensamiento.

1014-1088

Cada uno de ellos cogió al otro de la mano, dejándose llevar, de modo que no pudieron impedir que se juntaran sus bocas. Dieron muy buena lección de amor cortés sin palabras, me parece, pues el besar les enseñó bien a ambos: a ella, que había sufrido penas y aflicciones, y a él que la amaba y la deseaba; porque éste no fue un beso de parientes, como el que le da la madre al hijo o el hijo al padre; no, era un beso que tenía mucho sabor a amor cortés. Si queréis saber la verdad, nunca la oiréis de mí, no os diré si se besaron durante mucho rato, o si fue un beso o fueron cien, pero me atreveré a confirmar lo que ya os he dicho, sin mentiras o engaños de ninguna clase: antes de que pararan de besarse, y hasta que se dijeron una palabra, podríais haber viajado una legua. Un buen cocinero les aderezó el plato: no había ni poca ni demasiada sal, ni les supo mal. Si les hubiera resultado amargo a cualquiera de los dos, no hubieran estado besándose durante tanto tiempo. Fue tan dulce el sabor del beso que les llegó al corazón, y allí el amor creció mucho más. Como ya estaban aliviados porque sabían qué era lo que más deseaban, y se lo habían dicho el uno al otro, el dolor también se les alivió. Les cambió y les

mudó el color. Os lo explicaré mediante una comparación: el que tiene hambre y no se atreve a probar la comida que tiene delante, está todavía más atormentado por el hambre; del mismo modo su agonía, tormento y dolor se debían en gran parte al beso que tanto habían deseado ambos. Estaban tan contentos con el regalo que habían recibido que pensaron que el beso que les deleitó bien había merecido la pena. El beso les dio una gran esperanza; se dejaron llevar por la alegría y se fortificaron con la esperanza, pues pensaron que podían alcanzar su meta. Ahora que podían lograr el bien, eran ajenos a la fuerza del mal. Os diré sin mentiros en nada, que se besaron durante largo tiempo y se abrazaron. Cuando pudieron hablar, lo hicieron de este modo: él le dirigió primero la palabra a ella, y ella le respondió.

—Amiga, soy vuestro amigo, vuestro corazón ha combatido durante mucho tiempo contra el mío.

—Amigo, debéis tener por seguro que soy vuestra amiga, no hay nadie en el mundo, sino vos, que pueda mitigar mis penas, hacer que recobre la salud y asegurar mi bienestar. 1089-1154

Ya no quedaban dudas entre ellos. Desde este momento supieron la verdad: que eran amigos y amantes. Ahora, más que nunca, querían reclamar su recompensa al rey, pues querían comprobar si mantenía su promesa. Ambos estaban llenos de temor, pensando que el rey se podía mostrar reacio a cumplir su palabra, porque un enamorado está lleno de dudas y no puede caminar sin desviarse, pues ignora lo que sabe. Os daré un buen ejemplo de esto: escribidme en una tablilla de cera letras que se puedan leer con claridad; después, cubridlas con la cera. ¿No desaparecen las letras? ¡Sí, por Dios! El calor las borra. Del mismo modo, el corazón de un enamorado no tiene más capacidad de retener su memoria que un trozo de cera la aptitud de conservar la letra escrita. Las penas de amor no son pequeñas: lo que es cierto, suscita incredulidad, cosas falsas se tienen por verdaderas. El enamorado se crea esperanzas con poca base y, sin embargo, cualquier pequeñez le hace dudar. Ahora sabéis la angustia y los tormentos que les torturan, porque su beso estaba tan perfectamente sazonado que no tenía ni demasiada ni muy poca sal; tenían gran miedo de que no les llegara nunca el resto. Por eso, decidieron ir al rey, a exponerle sus deseos. Se besaron una vez más, aumentando así su aflicción; no podían dejar de besarse, pues con el beso crecían sus esperanzas de poder alcanzar algo más. Al fin cesaron los besos, se inclinaron el uno ante el otro y se despidieron. 1155-1198

Cador permaneció allí, mientras que ella regresaba a su habitación. Ambos se prepararon. ¿Para qué prolongar la incertidumbre? Se presentaron muy temprano al rey —que todavía no había ido a misa— para pedirle que cumpliera su promesa. No hablaron en privado, sino que los pudieron escuchar cien nobles que estaban esperando para acompañar al rey a misa: todos sus vasallos estaban reunidos allí. El valeroso Cador fue el primero en hablar, y le dijo al rey:

—Señor, os pido la recompensa que prometísteis al hombre que matara al dragón. Yo le di muerte: de cuantos están reunidos aquí, ¿quién hay que no lo sepa?

—Así será —le contestó el rey—. Vuestra recompensa consiste en un condado y en una esposa de noble familia. No hay mujer sin compromiso que no os acepte si así lo deseáis; creo que es una recompensa razonable.

—Es mucho —dijeron todos los hombres a la vez—, ¡bien haya un señor tan generoso y magnánimo con sus posesiones!

Entonces tomó la palabra la muchacha, y al ha-

cerlo se reveló en ella el entusiasmo que le transmitía el amor. Era de la más extraordinaria perfección que podía crear Naturaleza: de los pies a la cabeza no tenía el más pequeño defecto. Se dirigió al rey, hablándole de forma adecuada:

—Señor, cumplid lo que me prometísteis por haber curado a vuestro sobrino, por quien estábais tan afligido. No escatimé esfuerzo alguno con él, y le he devuelto a la vida.

—Mi bella amiga —le respondió el rey—, nunca os mentiré, pues mentir no es digno de rey; tendréis al noble que elijáis, sólo tenéis que encontrar uno que esté libre, sea quien sea, pedídmelo. Amiga, no vaciléis, nadie es tan importante como para que no lo podáis tener, sea conde, duque o dueño de un castillo.

—Señor, no os pido ni más, ni menos.

Así le respondió la joven. El rey convocó a sus nobles muy cortésmente a un consejo, y se reunieron de inmediato. Cador y la joven —por quienes se había reunido el consejo— no se movieron del lugar. Ninguno de los dos sabía lo que iba a ocurrir; temían que el consejo dañara su causa y que el rey tuviera la oportunidad de negarles su solicitud. Si hubieran conocido las intenciones del rey no estarían tan inquietos, hubiera sido el final de sus preocupaciones. El rey habló, escuchad lo que dijo:

—Señores, prestadme atención un momento. No quiero ocultaros que me agradaría una unión entre Cador y la joven, por lo tanto, sería conveniente que alguien de este consejo les explicara las ventajas, diciéndoles que son de edad, belleza y alta estirpe similares; y puesto que son iguales en hermosura y origen, y ya que ambos buscan su igual, no sería extraño que consiguieran amarse el uno al otro.

1199-1274

—Señores —continuó el rey—, quiero que Cador tenga a esta muchacha de inmediato y quiero casarlos

sin demora, si ellos así lo desean. Si no quieren, no podré hacerlo sin faltar a mis promesas: antes preferiría que Dios me diera la muerte. No quiero presionarlos más allá de lo que parece razonable, ni deseo para ellos nada malo; bien merecen tal pareja. Haré por ellos lo que debo: él puede escoger una mujer y ella a un hombre distintos, de manera que sería muy difícil convencerlos de que no se casen. Si así lo hicieran, no me quedará más remedio que mantener mi promesa. Señores, con respecto a este asunto, si llegan a un acuerdo, me parece que sería conveniente darles mil libras al año, pues así se me quedaría tranquila la conciencia; además, a la muerte de Renalt les entregaré la tierra de Cornualles: ella es hija de Renalt, él es su padre; ni su padre ni su madre tienen otros hijos.

—Bien ha hablado el rey —dijeron todos—. No es un irlandés loco, sino que ha hablado como un hombre honrado. Su propuesta es verdaderamente justa. Nunca ha mentido a nadie, y ésta es la realidad. Hay que seguir su ejemplo y aprender su gran lección.

1275-1308

El conde de Chester se acercó al rey y le habló de forma prudente y cortés:

—Señor, no deseo ocultaros mi opinión acerca de Eufemie y del joven. Ambos son jóvenes e insensatos; piensan que siempre tienen razón y quieren realizar en un mes más de lo que se puede hacer en toda la vida. Necesitan a alguien que les ponga en el buen camino y les demuestre que si no cumplen vuestra voluntad, saldrían perjudicados.

Entonces dijo el rey:

—Querido amigo, os enviaré a ellos de mi parte. ¡Id hacia allá! Seréis mi mensajero. No se me ocurre nadie mejor que vos para que pudiera persuadirlos en caso de que cometieran un desatino.

—Con sumo placer, señor —dijo el conde—. Y vos quedaos aquí mientras tanto.

Así que fue hacia los amantes, rezando para que San Amancio hiciera surgir en ellos un amor tan grande que nunca se hubiese oído hablar de otro igual. Aunque en realidad no era necesario que rezara, pues iba a ser muy fácil convencerlos de que se casaran. Si todas sus plegarias surtieran siempre el efecto que tuvo ésta, y si él lo supiera, se pasaría todo el tiempo rezando.

Mientras tanto, ellos pensaban que no verían la hora o el momento de casarse. Ambos lo deseaban profundamente, y por eso sus dudas eran mayores y no cesaban de preguntarse por la decisión que tomaría el rey. Se decían que las propiedades y muchas alegrías suelen acabar mal por culpa de los consejos.

1309-1344

—No tiene importancia —estaba diciendo Cador—, si no son justos con nosotros, amiga, les daré una sorpresa, pues mi corazón me impulsa a abandonar esta tierra con vos, en secreto, sin hacer escándalo.

—Jamás he oído tal cosa —le contestó ella—; dulce amigo, sería increíble que os tuvierais que marchar por estar enamorado. Ahora veo que el corazón de un hombre no es tan grande como había pensado. Amigo, me resulta evidente, lo he visto claramente, que estáis trastornado por la enfermedad de la que yo tampoco estoy a salvo, pero por otro lado, no sería extraño que os acompañara al bosque o al campo, porque Amor ordena y manda que cada enamorado lleve consigo a su amada, si puede. Si aspira a más de eso, no es un fiel enamorado. ¡Ay de mí, buen señor San Amancio! ¡No me importaría seguir a mi amigo al destierro con tal de tenerlo junto a mí! Si falta el amado, ¿qué importa todo lo demás? Poco o nada, Dios me valga; si me falta lo que amo, lo que no amo poco me puede importar. ¿De qué sirve luchar y esforzarse si nunca se conseguirá lo que se pretende? Dulce amigo, si os tengo, tendré bastante.

—¿Si os tengo? ¡Oh amada, me tenéis ya! Bien lo sabéis, me tenéis por completo y absolutamente; quien me privara de vuestro amor no podría recompensarme dándome el mundo entero, pues ninguna otra cosa me causa placer. ¿Qué otra cosa podría darme satisfacción? ¿Es que el placer consiste sólo en vivir? El quitarse la vida daría la paz. ¿La paz? No, por mi diestra.

En ese momento apareció el conde de Chester; los vio que estaban hablando y conversando en voz baja, y que se dirigían las palabras de modo que sólo podían oírse el uno al otro; y aún así, les resultaba trabajoso, pues como habían sido muy cuidadosos ocultando sus pensamientos hasta ahora, se habían acostumbrado a hablarse muy de cerca.

1345-1398

El conde de Chester era muy prudente; nunca habéis oído hablar de un hombre menos impulsivo. Vio sus párpados entreabiertos, y su aspecto: no necesitó mirar otra vez; en seguida se dio cuenta de lo que ocurría, que era lo que él mismo estaba deseando; no necesitó ver más. Tosió para que apreciaran su presencia, pues no quería observarlos en secreto durante mucho tiempo, para que no se avergonzaran: bien sabía lo que era el amor, pues había estado enamorado muchas veces, y sabía que los enamorados se avergüenzan con facilidad. Cador oyó la tos y se separó de la joven. Les cambió el color con rapidez, como a quienes tienen sufrimientos en el corazón: de rojos se volvieron más azules que el hielo, y el color azul se volvió blanco, más que la nieve recién caída sobre una rama. Por mucho que se intente ocultar la verdad, estaban tan avergonzados que el rojo les llegó otra vez al rostro después del blanco. Me sorprendería mucho que hubiera tintoreros o pintores que pudiesen teñir paños tan rápidamente o pintar una madera con tanta rapidez y de tantos colores en tan poco tiempo, ya que

la vergüenza los transformó a ambos, primero en rojo, luego en azul, después en blanco y, por último, en más rojo que la sangre. Sabed que sin tanto sufrimiento no podrían haber cambiado de color de tal modo.

1399-1432

El conde se acercó a ellos y les dijo:

—Dios os salve; es evidente que no necesitáis mis consejos.

Después habló con la prudencia que era habitual en él, y dijo:

—Me he esforzado mucho por vos.

—¿Vos, señor? ¿Ante quién?

—Ante el rey.

—¿Ante él, señor? ¿Por qué motivo?

—Cador, no me seáis falso. Os lo voy a decir aquí mismo: amáis a la bella Eufemie, y es evidente que ella no os odia. Lo acabo de ver con toda claridad, pero he guardado silencio hasta ahora: me acordé de que yo también estuve enamorado y que agradecía si alguien me ayudaba. Ahora os he ayudado bastante. Si me lo hubiéseis pedido, no podría haber salido mejor, así me ayude Dios, porque todo Cornualles ha de ser vuestro tras la muerte del conde Renalt. Ahora, sería conveniente que os lo explicara: las tierras deberían ser de ella entonces, pero ya no tiene derecho a ellas. Como sabéis, después de que los dos condes se dieran muerte —cosa que fue vergonzosa— por la herencia de las dos gemelas, las mujeres y doncellas han perdido el derecho a reclamar la tierra para sí. Ahora el rey quiere entregaros Cornualles a esta dama y a vos. ¿No os he hecho un gran servicio?

1433-1462

Como veían que el conde de Chester comprendía bien su situación, le dijeron:

—Si supiéramos que podríamos tener las tierras y la herencia, diríamos que en verdad habéis hecho mucho por nosotros.

—¡Por Dios, he hecho aún más! Le hablé tan bien al rey que tendréis en perpetuidad mil libras al año en valor de tierras. El rey os lo entregará, lo ha prometido en presencia de sus hombres.

—Es una oferta muy noble y generosa —le contestaron—.

—Creo que él desea casaros.

—Ojalá sea en breve, respondieron.

—Por el Creador, ¿estáis dispuestos a hacerlo?

—Sí, por Dios; estamos más que listos.

El conde sonrió entonces y dijo:

—Vamos.

—Apresurémonos, dijeron ellos, que tenían prisa.

El conde fingió estar cansado, y les dijo:

—Un poco más de decoro; vais demasiado rápido.

Se comportaba así para que aumentara la ansiedad de los dos jóvenes que estaban deseosos de casarse. Cuando llegaron ante el rey dijo:

—Me costó mucho, señor, conseguir que aceptaran vuestra petición; deberíais agradecerles que lo hicieran por vuestro amor, y que no protestaran.

—Se lo agradezco —dijo el rey—, y si cualquiera de ellos pierde algo a causa de esto, que me tonsuren y me vuelva monje.

1463-1498

—Cador —continuó el rey en presencia de todos—, no sois ningún tonto, ni vos tampoco, Eufemie, por haber accedido a mi petición. Tendréis mil libras al año y todo lo que el conde Renalt ha recibido de mí.

Se lo agradecieron mucho al rey. Antes de que sonara la hora de tercia, dieron a la bella Eufemie en matrimonio. El valiente Cador se prometió a ella y los llevaron a la iglesia, donde los casó un arzobispo. Había allí muchos abades, obispos, duques, barones y príncipes. El rey, que sentía mucho cariño por los dos jóvenes, hizo que les prepararan unas bodas extraor-

dinarias, tan sólo un poco menos espléndidas que las suyas propias.

Ahora el valiente Cador ya tenía a su amiga. No hace falta preguntarles si gozaron mucho. Se pusieron a ello de inmediato: no serían dignos de compasión si no lo hubieran hecho, como quien durante mucho tiempo ha estado privado de lo que más desea.

El rey hizo que sellaran una carta para el conde Renalt. Esto es lo que decía:

«Al buen conde Renalt de Cornualles, el rey manda saludos. ¡Que viva y tenga prosperidad! He dado a vuestra hija a Cador, y les he regalado a ambos grandes riquezas; les he dotado con mil libras al año. Buen conde, tal ha sido mi decisión. Si lo deseáis, venid a buscar a vuestra hija, o si lo preferís, dejadla aquí, pues la reina le tiene gran afecto: jamás ha conocido muchacha tal.»

1499-1536

Cuando el conde recibió estas nuevas, sabed que le fueron muy gratas. Reunió a su gente, pues no quería ir a la corte en secreto; tomó a quinientos hombres, los más valientes que pudo escoger en la tierra de Cornualles. Al séptimo día llegó sin incidentes al lugar donde el rey Ebain tenía su corte. Mucha gente se apresuró a salir a su encuentro a saludarlo, pues era hombre de gran nobleza, generoso, cortés e incapaz de cometer la más leve traición, y tales hombres eran amados en aquellos tiempos. Pero ahora se adora el engaño y se aprecia la villanía; el halago tiene la boca dorada y la verdad está afeitada con un cuchillo tan afilado que vale menos que una fresa, y el amor y la virtud tienen que ir pidiendo limosna. ¡Ay, no sé qué más decir! El honor no vale un trozo de cuerda; han convertido a vergüenza en su hija predilecta: no quieren encontrarle marido por más que se les moleste con este asunto. ¡No puedo soportarlo! ¿Qué puedo hacer si no me gusta? La vergüenza ha sido recibida

demasiadas veces en la corte; está a disposición de todos, siempre será una solterona. No hay doncella en el mundo que no estuviera llena de arrugas si hubiera vivido tanto tiempo como Vergüenza; es vil conocerla y vil verla; sin embargo, todos la quieren, la reciben y ella los mantiene; para ella mil marcos es como no tener nada, como vivir en la indigencia; debería haber dicho morir en vez de vivir, pues la vergüenza es muerte para quien se entrega a ella. Pero ahora ya es momento de dejar a Vergüenza y volver a mi relato.

1537-1576

El conde no se demoró mucho. Fue al rey y le dio las gracias por el honor que había otorgado a su hija. Dio su consentimiento y luego accedió a todas las peticiones que le hicieron de cualquiera de sus posesiones. Todo el que fuera en busca de generosidad, allí la pudo encontrar. Cador le quería y honraba mucho, y pedía a Dios que lo protegiera. Se hicieron como padre e hijo.

—Ahora —dijo el conde—, quiero que veáis que soy de nobles sentimientos.

Llevó a Cador ante el rey y le entregó todo lo que poseía como feudo, a condición de que su hija tuviera un heredero, pues en el caso de que muriera sin tenerlo, las tierras serían para otro. Le dieron a Cador las mil libras, como estaba previsto, y éste agradeció el regalo. Luego, se despidió el conde, llevándose a Cador y a su hija Eufemie, que no hablaron de permanecer en la corte ni un instante más, sino que regresaron a sus tierras. Fueron tan deprisa por sendas y caminos, que llegaron el séptimo día sin incidentes. La gente de su tierra preparó un festín magnífico, nunca se ha visto otro mejor. El conde hizo a Cador señor de todas las posesiones, sin pedirle ni siquiera un juramento. Nunca hubo la menor discordia entre ellos, ni mala fe, ni traición; nunca se vio por allí la mínima vileza. Cador amaba al conde como si fuera su padre y

quería a la condesa como a su madre. Pero la vida del conde Renalt fue corta: después de la fiesta y de la gran alegría, vivió solamente un año y un día. A todos nosotros nos ocurre lo mismo: sea cual sea nuestra naturaleza o las condiciones en que nos hemos criado, por más que intentemos evitarlo, al fin tenemos que morir; lo hacemos todos, el fuerte y el débil, el orgulloso y el humilde, y eso fue lo que hizo el conde Renalt, el bueno. Cador lloró con amargura la muerte del conde; todos los vasallos y súbditos se reunieron alrededor del cuerpo, y su lamento era siempre el mismo:

—La muerte de Renalt nos ha matado también a nosotros, pues en adelante viviremos siempre en medio del dolor, sufriendo, desfallecidos y desconsolados. Como no podéis vivir entre nosotros, y nosotros no podemos vivir con vos, os haremos compañía llevando una vida de luto.

Lloró Eufemie y se lamentó su madre, una por su señor y la otra por su padre. Cador reconfortó a Eufemie, diciéndole que la congoja después de la muerte ayuda muy poco. No se debe alegrar demasiado uno en los momentos de gran gozo, ni afligirse demasiado ocurra lo que ocurra. Cador la consolaba de este modo. Cuando el cuerpo estuvo fuera de la verja y puesto en la tierra y cubierto, se les mitigó el dolor. Cador actuó como un hombre prudente: en cuanto murió el conde puso como guardas en todos los castillos a hombres valientes, para impedir cualquier agitación o disturbio.

1577-1650

Ahora dejaremos de hablar de la muerte, pues no es bueno ocuparse por extenso de este asunto. Los vivos están mejor entre los vivos. Que Dios, si lo desea, se acuerde de los muertos. De ahora en adelante, y sin más demora, vais a oír una historia de vivos: la de Cador y sus descendientes.

Comienza aquí una historia como jamás habéis oído otra parecida de ningún libro. Así como lo cuenta la historia que leímos en latín, os lo contaremos en romance. No digo que a veces no se mezcle ficción con verdad, para adornar mejor el relato, pero si no me equivoco en la cuenta, no pondré nada que empeore la obra, ni que diga cosas menos verdaderas que el libro latino, porque la verdad no debe callarse.

Llegó a ocurrir por la voluntad de Dios que Eufemie concibiese. Cuando el conde se dio cuenta de ello, le rezó a Dios con fervor para que con su gracia hiciera que este fruto fuera saludable y lo dejara madurar en el mismo sitio en que lo plantó, y que no permitiese que fuera anormal por algún pecado de los padres, sino que se desarrollara el embarazo con toda normalidad, y que la criatura tuviera los miembros adecuados, que la Naturaleza no descuidara nada cuando moldeara este fruto para darle forma humana; y que cuando la dama diera a luz, se repusiera pronto y que la criatura viviera. Cogió aparte a la dama y habló con ella un largo rato sobre el regalo que Dios les había hecho generosamente.

—Amiga, me preocupa que sea niña —si Dios permite que nazca—, pues el rey Ebain no deja que hereden las mujeres mientras él viva, por el daño que sobrevino a dos condes a causa de la herencia de dos hermanas gemelas, con lo que las mujeres han perdido mucho.

1651-1694

—Querido señor —le contestó la dama—, sabéis que no le concedo ninguna importancia a que sea varón o hembra. Dios, que ha creado y cuida al hombre, le otorgue alegría a la madre y haga que sea el gusto del padre.

—Mi dulce amiga —dijo el conde—, Jesús el piadoso, el verdadero y el bueno, creó a Adán, ésta es la verdad, y a continuación hizo a Eva con una costilla

suya. La razón oculta de por qué la hizo con una costilla de Adán es que así tendría una misma voluntad. Al ser de una misma materia, ambos tendrían los mismos deseos y estarían unidos tanto en las alegrías como en las tristezas. Existe una unidad profunda entre hombre y mujer porque los dos son de la misma sustancia. Cuando se casan ocurre igual, porque con el más santo de los sacramentos del Nuevo Testamento, se forma una alianza entre ellos para que se sepa con seguridad que se han vuelto una sola carne y una sola sangre. Si no se atienen a esto, peor para ellos, que serán juzgados en el Más Allá. Dulce amiga, somos una misma carne; que se unan también nuestras voluntades y así como tenemos la misma sangre, tengamos también los mismos deseos.

—Señor querido —le respondió la dama—, no os negaré nada que desee vuestro corazón.

—Oídme, hermana, dulce amiga, cuando os llegue la hora de dar a luz, cosa que ocurrirá cuando Dios quiera, sólo habrá una mujer para asistiros, dulce amor. No me censuréis por eso, sólo tendréis a una dama. Era mujer de un par de Inglaterra que murió en guerra hace algún tiempo, cuando ella estaba embarazada. Vino a vivir con mi tía después de enviudar, y al poco tiempo tuvo un niño al que le puso de nombre Galtier, que vivió sólo una semana después de ser bautizado. La dama es prima mía, somos parientes cercanos. Nada más que ella estará a vuestro lado cuando os llegue el momento de dar a luz: tengáis lo que tengáis, varón o hembra, me haréis saber a través de ella que habéis tenido un hermoso hijo, para que lo oigan todos cuantos estén presentes, y así se sepa. Si tenemos una hija, no podrá heredar ni una sola espiga de lo que tenemos bajo el cielo, a menos que arreglemos las cosas de modo tan secreto y encubierto que nadie lo sepa. Si es niña, la criaremos como si fuera un niño, cuidándola y guardándola bien; de este modo tendremos heredero, sin que nadie lo pueda poner en duda.

1695-1760

—Que me castigue Dios —contestó la condesa— si no hago esto de todo corazón.

Enviaron a buscar a la dama, que se apresuró a acudir, y la acogieron con gran cordialidad. El conde llevó a su prima a sus aposentos y le explicó toda la situación para que entendiera perfectamente lo que tenía que hacer. El conde le hizo generosas promesas y la condesa no se mostró avara. La dama les dijo que les serviría y haría de intermediario. El embarazo de la condesa avanzaba y el conde estaba afligido al verla molesta. La criatura hacía presión, le daba patadas y pinchazos. El día del parto se acercaba.

Ya sabéis que no tengo razón especial para deciros en rima o contaros los tormentos que padeció la dama, ni cómo se le retorcía el cuerpo al dar a luz. Pero sólo esto diré: se puso de parto y tuvo a la criatura después de muchos dolores. La condesa sufrió atrozmente, pues los espasmos le corrían por el cuerpo y por los huesos, por los nervios y por las venas. Tenía dolores terribles. La dama que la asistía, prima del conde, nunca había tenido una tarea más difícil, ya que estaba completamente sola, sin ninguna otra ayuda; y, como se suele decir, mucho sufre el que trata a enfermos.

1761-1794

Ahora quiero hablar de la criatura y aclarar si fue varón o hembra. Señores, fue una niña. La naturaleza mostró en ella todo su arte. No os enfadéis si me detengo en deciros en qué consistía esta obra, pues debéis estar bien informados si queréis conocer la historia, y oír y escuchar lo que ocurrió.

La Naturaleza, que tiene grandes poderes, vino a la criatura, la tomo en brazos y dijo:

—Ahora voy a crear una obra maestra.

Como el que coge un cedazo, un tamiz o un cola-

dor cuando quiere hacer un bello pan blanco, y luego pasa la harina por el cedazo, tamiz o colador y deja la pura harina de trigo a un lado y el afrecho basto por otro, y luego separa la harina fina de la gruesa para que no tenga cáscaras, ni salvado, ni paja, de forma que lo que quede en el otro montón no valga nada. Luego hace sus tortas con la flor de la harina, y con el salvado prepara pienso para los cerdos. Del mismo modo que hemos descrito aquí obra la Naturaleza cuando quiere hacer un ser humano noble. Cuando quiere crear una obra de arte, primero prepara la materia; antes de ponerse al trabajo, la mide, la purifica y la limpia, y cuando la ha partido en trocitos, separa lo fino de lo basto. De esta materia refinada, invariablemente hace a los buenos, y de lo basto, a la chusma. Pero si por algún motivo la Naturaleza está enfadada y no tiene cuidado, y un poco de lo basto se mezcla con lo refinado, y se queda en el molde, esta materia de peor calidad afecta de inmediato al corazón. Si no me creéis, lo podéis comprobar. ¿No habéis visto a menudo un corazón vil y pobre en un cuerpo rico que no es más que áspero tejido en su exterior? El cuerpo no es más que arpillera, aunque esté hecho de rica arcilla, pero el corazón, que es de materia basta mezclada con otra buena, no vale ni lo que una manzana silvestre. Y si se mezcla un poco de barro fino con el malo y se pega a la materia con que la Naturaleza hace a los de humilde condición, en verdad el resultado acaba afectando al corazón. Por eso, se puede encontrar gran valor en muchas personas de bajo origen, lo mismo que más de un noble está mancillado, arrastrado por su corazón vil. Los humildes que recibieron nobles atributos hacen lo mejor que pueden con lo que tienen, y son muy honrados y rectos; lo son, lo han sido y lo serán siempre.

1795-1860

Dejemos este asunto ahora, pues quiero volver a

la criatura que os mencioné antes. La Naturaleza realizó sus mayores esfuerzos; tomó una materia pura y bella. La Naturaleza nunca había hecho nada mejor: la niña era bella, y se hizo todavía más hermosa, pues su creadora —autora de obras extraordinarias— quería que fuera su mejor trabajo.

—Ya no voy a dudar más —dijo la ingeniosa Naturaleza— en utilizar esta materia, que es la mejor, y usarla: ahora la utilizaré para darle forma a esta niña. Cuanto más fina sea la materia, será más apropiada para realizar un trabajo bueno, para empezar bien y terminar mejor. He sido muy comedida a la hora de emplear la materia buena, y ya estoy cansada de obras toscas y vulgares. Quiero esforzarme verdaderamente con ésta; en ella sola pienso reunir más belleza que en mil de las más bellas muchachas que hay en el mundo, pues tal es mi deseo; de vez en cuando debo mostrar lo que soy capaz de hacer.

Fue a su taller secreto y lo abrió. Allá tiene más de mil moldes: todos los necesita, pues si sólo tuviera uno, todo el mundo se parecería tanto que no se podría saber quién es cada cual. Pero la Naturaleza tiene tanto cuidado que no se puede censurar su obra en nada. Tiene moldes grandes y pequeños, feos, defectuosos y perfectos, pues es así como se forma la gente: hay personas grandes y pequeñas, apuestas y corteses. Tiene tantos moldes diferentes... Pero entre todos ellos había uno que lo tenía reservado, nunca lo había utilizado. En ese momento, la Naturaleza juró por todo lo que había hecho que iba a mostrar su auténtico talento. Cogió ese molde y lo sacó; fue a su taller y comenzó por la parte de arriba: formó una bella cabeza, de pelo rubio que brillaba intensamente en la oscuridad de la noche y se ondulaba en rizos desde la raya hasta la oreja, sin desviarse, pues tenía firme pulso. Le ciñó el pelo a la cabeza: no sería necesario buscar la raya ni al peinarlo, ni al trenzarlo, pues la Natu-

raleza se lo fijó perfectamente. Le hizo las orejas pequeñas; luego, le dibujó unas cejas castañas bien trazadas: nadie vio nunca unas tan bellas.

1861-1920

—Sentiría que faltara algo, dijo la Naturaleza.

Después, con su dedo pulgar le formó el entrecejo y rápidamente le hizo el rostro: le dibujó bien el semblante, y se lo animó con color muy bien logrado. Luego, dijo la Naturaleza: «Ésta es mi hija». Después, le tiñó el rostro con rojo y siguió trabajando: le dio color a las mejillas, le dibujo la boca, pequeña y con labios bien proporcionados, le fijó los dientes, le hizo la más bella barbilla de cuantas se han visto. A continuación, le hizo un cuello blanco y largo; siguió por los hombros y los brazos, que fueron bien rectos; las manos pequeñas, con dedos largos. El seno bien formado, estrecha la cintura: ni siervo ni hombre libre han visto nunca nada mejor; le hizo las caderas redondeadas, los muslos suaves y bien hechos, las piernas derechas y los pies y dedos bien a medida. ¿Para qué voy a seguir? Pensaréis quizás que es un sueño. Jamás, en verdad, hubo nada comparable en belleza a esta niña, y nunca nació nadie más hermoso.

1921-1950

En mi opinión, no hay ningún defecto en esta niña, excepto que es demasiado bella. Es tan hermosa que se podrían haber hecho mil jóvenes bellas. La Naturaleza nunca se había aplicado tan a fondo con un mortal. La bella Eufemie dio a luz a esta niña, y al ver que su hija había nacido tan bella se le calmó un poco la aflicción, pues se sentía débil por los dolores que había pasado, pero esta belleza amortiguaba su angustia y sufrimiento.

Ahora os voy a contar la verdad de lo que ocurrió a continuación. La dama que estaba con la condesa, la prima del conde, a la que le habían hecho tantas promesas, fue a anunciarle al padre el regalo que Dios

le había hecho. Sonriendo entró en la habitación, y en presencia de todos los nobles exclamó:

—¡Alegraos, buen conde! Jesús el piadoso, el verdadero, el bueno, os ha concedido un bello hijo; a partir de ahora os aumentará el número de amigos por él.

1951-1974

Toda la corte se alegró al oír las nuevas; nunca habían tenido mayor gozo. El conde agradeció al Señor, que hace el viento, la lluvia y el calor, por lo que hubiera sido, varón o hembra, aunque acogería con más agrado a un hijo si Dios hubiera querido dárselo. Cometía un grave error porque ignoraba la verdad, y con el error se mezclaba la esperanza, y con ésta, la equivocación. El rostro feliz de la dama que sonriendo había anunciado la nueva, sacó sus dudas a la superficie, pero para sí mismo se seguía haciendo la pregunta, pues había pedido que le anunciaran que había tenido un hermoso hijo, fuera varón o hembra. La sala estaba llena de caballeros que hacían gran ruido celebrando el acontecimiento, por lo que un criado tuvo que gritar pidiendo silencio: «¡Tanto ruido le molesta a mi señora!»

Los caballeros abandonaron la sala y el conde pudo correr a la habitación para enterarse de la verdad. Cerró la puerta al entrar: su deseo de saber la verdad le privó de cualquier sentimiento de decoro que pudiese haberle impedido ir junto al lecho de la dama. Al llegar a su lado la tocó con la mano derecha; ella sintió una gran vergüenza por esto, pero el conde no se apartó, sino que le dijo:

—¿Cómo os encontráis, mi amada?

Ella le contestó que no había dolor que no pudiera soportar por el bienestar de su señor.

—Dulce amor, desearía saber si habéis dado a luz a un niño o a una niña; querría saberlo con certeza.

—Si no lo sabéis, señor querido, os diré que habéis tenido una hija. Es la criatura más bella

que la Naturaleza ha puesto en este mundo.

Entonces le mostró a su hija. El conde se alegró al verla, y luego dijo:

—Que Dios, que te ha creado y te ha dado tal forma, te conceda lo que deseéis tu madre y tú, y que te haga crecer y florecer, y que le dé salud a tu madre.

El conde juró que no daría nada por tener un hijo en vez de una hija, pues nunca había visto otra igual. Era del color del lirio y de la rosa. Como Dios le había dado la ocasión de encubrir y de esconder su sexo, tendría todo lo que quisiera.

1975-2036

—Tenemos que pensar —le dijo a la condesa— un plan para que nuestra heredera no pierda las tierras. Señora, quiero disfrazarla como ya os dije: quiero hacer un varón de una hembra. ¿Qué os parece, mi dulce amor? Como no hay modo de que sepamos si vamos a tener un hijo alguna vez, no podemos arriesgarnos. Si por fortuna tenemos un hijo varón, haremos que ésta vuelva a ser niña. De este modo nadie podrá acusarnos de traición o felonía, maldad o villanía. Pero si no tenemos heredero varón, esta niña se paseará con el viento y bajo el sol abrasador, con frío y con cierzo. Tendrá muy buenos guardas que cuidarán de ella. Le cortaremos el cabello en la frente; le daremos ropa de hombre: haremos que lleve calzas. Mi prima se ocupará de todo; por la estima y el amor que me tiene, será su nodriza. Si prospero, ella será rica; nunca sufrirá ultraje si me ayuda en esta labor. Ahora hagamos que bauticen a la criatura, y así disminuirán algunas de nuestras preocupaciones, pues cuando esté bautizada, podremos estar más tranquilos. Llamémosla Silence, el nombre de Santa Paciencia, pues el silencio acaba con cualquier ansiedad. ¡Que Jesucristo con su poder la mantenga oculta y en silencio para nosotros, según su voluntad! No se me ocurre mejor plan. Lo llamaremos Silentius, y si llega a suceder que

alguien averigua su naturaleza, cambiaremos el *—us* por *—a*; así no será difícil convertir su nombre en femenino. Si omitimos este *—us* será el nombre que le corresponde, porque este *—us* va contra la naturaleza, mientras que el otro modo sería natural.

—Tenéis razón —respondieron la condesa y la dama— en todo cuanto decís; que bauticen a la criatura de ese modo.

Vino pues el hábil conde y la arropó poniéndole una tela alrededor de las caderas, y a la vez le cubrió sus bellas manos, no fuera el sacerdote a darse cuenta de su condición. Antes de que el capellán le tocara, le diría que se diera cuenta en bautizarlo, porque estaba a punto de perder la vida y que podría causarle la muerte si le quitaban la ropa.

El conde era verdaderamente hábil. Él mismo llevó el recado; llamó al capellán, lo llevó a la capilla y le dijo:

—Mi hijo se muere.

El sacerdote se retorcía las manos. El conde continuó:

—Esto no sirve de nada. Vuestro pesar no hace ni mal ni bien. Mejor preparad el agua y la sal.

El sacerdote dijo a su sacristán:

—¡Deprisa! Ve y prepáralo todo.

Y éste así lo hizo; cogió agua de una pila de mármol y cogió la sal de una habitación cercana a la capilla. El conde llamó a su prima y ella se adelantó. Sostenía al niño entre sus brazos, pero sin sujetarlo bien, de tal forma que la cabeza colgaba como si estuviera muriéndose, pues la dama se la movía de tal forma que así pareciera, cosa que era muy astuta por su parte, pues había aprendido muy rápidamente a seguir el engaño. Entonces le dijo:

—Al niño le queda poca vida. ¡Apresuraos, todos vosotros, antes de que se muera!

El capellán, que se veía apremiado, lo bautizó sin

quitarle el trozo de tela con que le habían envuelto los riñones, pues temía que se le muriera entre las manos. A pesar de su naturaleza y de las costumbres, se llamó Silentius.

2037-2126

Se propagó rápidamente la noticia de que la criatura se moría, y no le fue grata a nadie porque se había oído que Nuestro Señor lo había hecho muy bello. Mucha gente palideció de pena, por el dolor tan grande que tenían. Dijeron que era hermoso y apuesto, y que de haber sido feo, jorobado o leproso no se estaría muriendo tan pronto. De hecho, lo que dicen es cierto: lo bueno y lo bello se muere en este mundo, mientras que lo malo y lo feo permanecen vivos. Pero la gente se disgustó sin motivo: el niño, que no estaba enfermo, se curó; es decir, no se curó, porque no estaba enfermo.

Había en aquella tierra un senescal, pariente de Renalt, que era ya anciano. Este hombre había educado a la joven condesa; amaba a la bella Eufemie más que a su propia hija. Vivía en un bosque cerca del mar. El conde lo estimaba mucho, pues había oído muchas cosas buenas de él, y sabía que era muy leal.

—Señora —dijo el conde—, mandaré a buscarlo y le confiaré la criatura. Haré que le construyan una casa en el bosque, aislada y solitaria. Mi señora prima estará con el niño y se encargará de que esté bien cuidado. Nadie lo verá y nadie podrá ir a la casa, ni pasará por allí. Con ellos habrá un criado de pocos años que les sirva; tiene que ser inocente, pues no debe entender nada, para que no revele el secreto: sólo tiene que estar con ellos todo el día. No hará falta un gran esfuerzo para mantener el secreto, pero el éxito de este plan depende de la primera semana. El senescal le llevará a la dama lo que ésta desee o le encargue, si es que necesita algo. Y si la gente indiscreta pregunta por qué se queda tan sola con la criatura,

diremos que está avergonzada de tener que ser la nodriza de un niño, ella que es de tan noble estirpe.

2127-2174

La dama que debía cuidar a la criatura estuvo de acuerdo con el plan, les aseguró con una certidumbre total que lo cumpliría, y les hizo solemne juramento de que, como nodriza, ocultaría la situación con tanto cuidado que todos estarían engañados y nadie se daría cuenta de la verdad, ni siquiera llegarían a sospechar nada. Ya que la dama estaba dispuesta a todo esto, hicieron llamar al senescal para que conociera el plan y supiera la razón por la cual escondían a la criatura. Cuando llegó lo recibieron con mucho cariño pero en secreto. Le revelaron todo el plan y le pidieron fervorosamente que los encubriera y que hiciera de tutor de la criatura para que no se supiera la verdad. El senescal se lo juró con mucha solemnidad y les aseguró que si era la voluntad de Dios no darle al niño más amigo que él, seguiría ocultando la verdad, para asegurarle la herencia. El conde dio licencia al senescal con una inclinación, y la condesa despidió a su primo.

2175-2202

Dieron muchos regalos a la dama y le prometieron grandes riquezas para acrecentar su alegría, para asegurarse de que no dudaría en criar a la niña como si fuera su propia hija. Yo, desde luego, no veo nada censurable en su actuación, si le dan valiosos presentes a la dama, pues de una niña obtendrán un muchacho, y en vez de una hija tendrán un heredero varón.

Todos se despidieron con afecto y se abrazaron con mucho cariño. El senescal regresó de inmediato, pues tales asuntos no admiten demora, y la dama se llevó a la criatura con todas sus cosas. Ahora dependía del senescal el ocultar el plan con esfuerzo e ingenio.

Regresó a su casa y se escondió de todos, tanto de la gente del lugar como de los forasteros. Cons-

truyó una casita agradable en el bosque, cerca de sus propiedades. ¿Creéis que hizo buen trabajo? Por supuesto que sí. Rodeó la casita de árboles, levantó un muro y una valla. Para que estuviera más a salvo, el senescal hizo construir una sólida verja, con el fin de saber quién llegaba, quienquiera que fuese, mucho antes de que se acercara al lugar. La verja era alta, tupida y bien hecha. Colocó dos buenas cerraduras, dos candados y dos sólidos cerrojos. Mandó hacer cuatro llaves para que ningún malhechor pudiera encontrar el camino adecuado. Se quedó con dos llaves y le dio las otras a la dama que custodiaba al niño, para poder entrar y salir cuando desearan. Llevó allí a los dos, e hizo amueblar y aprovisionar la casa con toda riqueza. También había una muchacha joven que les haría compañía, tal como habían convenido: no les faltaba absolutamente de nada. No designó a ningún hombre para que los sirviera porque pensó que podría descubrir la condición de la criatura, y quizás revelar el secreto de su naturaleza. El senescal se despidió, y la dama se quedó contenta, pues se daba cuenta de todo lo que debía a este hombre.

Os he relatado cómo aconteció este extraño suceso, cómo esta gente trabajaba contra Naturaleza, desviando al niño de su camino, según os acabo de contar.

Cuando Naturaleza se dio cuenta de que la habían engañado y traicionado al alterar su trabajo de la manera en que ella lo había dispuesto, ¿no creéis que se enojó mucho? ¿No creéis que deseaba vengarse de ellos por transformar a su hija en un muchacho? ¿No pensáis que el plan le causó un intenso desagrado? ¡Por supuesto que sí! Vais a saberlo inmediatamente.

—Me han insultado —dijo Naturaleza—, y se han comportado como si la obra de Educación fuese superior a la mía. ¡Por Dios, por Dios! Ahora, acordaos de mis palabras: no hay nada en este mundo que la Naturaleza haya creado, que pueda ser desnaturalizado durante mucho tiempo. El corazón se me ha vuelto más frío que el hielo. Estoy llena de cólera porque Educación está disfrazando mi obra. He puesto más belleza en ella de la que uno podría encontrar en mil doncellas, pues quería probar con esta joven mi habilidad: ahora me han causado un gran pesar. Lo mismo sucede con su fina piel, pues cuando le pinté el rostro, casé el rojo con el blanco, y los mezclé para suscitar la envidia de todos. Puse una buena cantidad de blanco para que no fuese demasiado roja, y una buena cantidad de rojo para que no estuviera demasiado pálida. Ahora han hecho de ella un varón que caminará con viento y bajo el sol abrasador, como si fuera de tosca fábrica. Suponed que no puedo desenmascararla con el tiempo, entonces se podrá decir que Educación ha sido más poderosa que yo.

2203-2295

¡Señores, por Dios, Naturaleza tiene razón! Ningún hombre tiene el poder —a la larga— de vencer y burlar a Naturaleza, o de alterar lo que se ha heredado. Yo sé muy bien que muchos se comportan de forma adecuada gracias a Educación y en contra de su naturaleza, sea porque alguien los fuerza a ello o porque no se atreven a comportarse de otro modo. Y quien se comporta bien por necesidad o por miedo, o por algo peor, finge lo que no le es natural; está gobernado por el miedo. ¿No creéis que su auténtico corazón no se dejará ver? Sí, pues en todo momento le estará diciendo que más valen mil marcos conseguidos con deshonra que unas pocas monedas menos logradas con honor, y que la suma más elevada vale más que la menor. Se ha visto a más de un hombre seguir el camino recto durante un año, dos, tres o cuatro, y comportarse correctamente debido a su crianza, a pesar de su vil naturaleza, pero después se arrepiente de ello: siente haberse comportado bien y

acaba entregándose al delito, que lo vuelve a hundir en la villanía. La causa de esto es que la Naturaleza vil permanecía en el fondo de él, y su corazón de arcilla tosca lo domina, y mancha su fino atavío. Y más de un corazón de Naturaleza noble empeora mucho a través de la Educación, y se endurece hasta la gran vergüenza, de modo que más tarde le cuesta mucho trabajo liberarse de sus efectos. Pues si un corazón noble se acostumbra a la maldad y a la amargura, una vez que éstas han comenzado a envenenarlo, sólo puede salvarse con gran dificultad, del mismo modo que es difícil extraer lo malo de lo bueno. Lo puedo probar con este ejemplo: un vasito de hiel perjudicaría más un modio de miel, de lo que un modio de miel a un litro de hiel, si es que alguien los mezclara. Por tanto, un poco de mala educación daña a una buena naturaleza más que una larga enseñanza de buen comportamiento ennoblece a un corazón de bajo origen. Está claro que hay mucho que decir sobre esto, pero debo ocuparme de mi asunto. Deseo hablar de la criatura por quien Naturaleza llora y se lamenta, grita y tiembla de rabia; está furiosa contra Educación, pero esto no sirve de nada. Silence, al cabo de un año ya no era una niña. Os puedo decir con certeza que la criatura creció mucho más en un año que las demás en tres. Nadie os podría dar tan buenas nuevas de ningún niño criado en el bosque. Como ésta es la manera en que se desarrolla la historia, he duplicado mis esfuerzos, ordenado mi rima, y la he mejorado.

2296-2358

Cuando le quedó pequeña la ropa infantil, la vistieron de forma que negara su naturaleza: con ropa de hombre hecha a medida.

El senescal iba y venía continuamente, y mantenía en el bosque al niño y a la dama de modo muy honroso. Era muy sensato en lo que hacía: hizo que Silence aprendiera las letras en cuanto tuvo uso de

razón; de este modo quería refrenarlo y forzarlo a que se quedara en la casa, y que no pasara la niñez en otros sitios donde, por ignorancia, pudiera revelar su naturaleza a alguien, y mostrar cómo había sido alterada por la educación. No tenía a nadie, sino a la dama para enseñarle, y ésta lo hacía bien, más allá de todo reproche. Nunca habéis visto tan buena nodriza como ella. Le instruyó y le enseñó que la conducta adecuada era honrar por igual al poderoso y al humilde. Le enseñó e instruyó bien y la criatura era muy respetuosa y aplicada; se alegraba con las cosas que le enseñaban: tal es el efecto de la buena naturaleza. Además, el niño tenía tales cualidades innatas que se podía instruir a sí mismo. A menudo os han dicho que un buen pájaro se enseña a sí mismo: esta criatura aprendió más él solo que cualquier otro niño de su edad. Había otros muchos críos en la región, nativos y llegados de fuera; eran más o menos parecidos unos a otros, pero ninguno podía compararse a Silence en bondad y en sabiduría. Bastará que os diga lo siguiente: lo mismo que era el más bello de todos, también era más valiente y noble que todos los demás. Ahora ya os lo he dicho como yo lo veo.

2359-2400

El senescal habló al padre y a la madre de las buenas cualidades de la criatura: les dijo que eran dones debidos a la gracia de Dios. ¿No os parece que esto les alegró? Sí, nunca tuvieron tanta alegría como cuando vieron que era verdad. El senescal los llevó allí y la criatura se esforzó más por comportarse bien cuando lo alabaron. Pero cuando los niños malos oyen que los demás los alaban se ponen tan vanidosos y tan llenos de desatino que no valen ni una urraca. Para ellos, el orgullo es como el moquillo de pájaro que les aprieta la garganta, como sabéis. ¿Qué decís? ¿Qué somos? Señores, por lo que yo puedo juzgar, el que tiende a la maldad se empeora sin razón alguna:

ni por alabanza ni por reproche puede un hombre malo evitar lo que su corazón le aconseja que haga. Y por lo tanto, digo que Naturaleza es superior a Educación. Y si un hombre persiste en su mal comportamiento, si ve y sabe que está haciéndose daño a sí mismo y si continúa haciéndolo, pienso que está loco. Y si su corazón vil hace que no pueda cesar en su comportamiento, entonces su corazón es su señor, y él es su sirviente: observad cómo lo domina un corazón malo.

El conde contempló a su hijo. Con muy buen sentido percibió que la criatura estaba dotada de sabiduría. Se arrodilló y le pidió a Dios que no lo abandonara y que lo conservara juicioso por largo tiempo.

2401-2438

Cuando la criatura llegó a tener tal entendimiento que sabía que era mujer, su padre le dijo la verdad y le explicó la razón por la cual habían ocultado su sexo:

—Si el rey Ebain supiera, querido hijo, lo que estamos haciendo con vos, os quedaría muy poca herencia de todo cuanto tenemos, porque el rey, querido hijo, desheredó a todas las mujeres de Inglaterra a causa de una disputa entre dos condes que murieron por unas hermanas gemelas que eran herederas. Querido hijo, no hacemos esto por nosotros, sino por vos. Ahora sabéis toda la historia, hijo; si estimáis el honor, ocultaréis vuestra naturaleza a todos.

Respondió con dulzura, con pocas palabras, como corresponde a un niño de buena educación:

—No os preocupéis lo más mínimo. Así lo haré, con la ayuda de Dios. Les ocultaré mi verdadera naturaleza a todos.

Su padre le daba muy buenos consejos, al igual que su madre, el senescal y la nodriza, y todos lo exhortaban a hacer el bien. Él era tan inteligente que prestaba mucha atención a sus advertencias. Con el fin de educarlo bien y de enseñarle a cabalgar, el senescal lo llevaba por los montes y arroyos que abundaban en el campo. A menudo lo hacía salir con el calor abrasador para endurecerlo. Estaba tan habituado a las costumbres masculinas y había rechazado de tal modo las de mujer, que poco le faltaba para ser hombre. Todo lo que se podía ver era ciertamente masculino. Pero había harina en el cubo de agua: era mujer bajo la ropa.

El senescal se ocupaba de todo durante los primeros años, pero a medida que crecía, más ligera era su carga. Al no tener que temer una insensatez por su parte ¿cuál hubiera sido el motivo de refrenarlo? El temor a perder lo que le correspondía en justicia, le hacía ser más sensato; su propio corazón le enseñaba a evitar un comportamiento alocado, y por eso, le daban mucha libertad. Y cuando pasó el undécimo año ya nadie lo dominaba. Cuando practicaban ejercicios, él solo hacía temblar a sus compañeros en las justas y escaramuzas.

2439-2496

Silence estaba muy molesto al comportarse de ese modo, pues su corazón le decía que estaba ocultando la verdad. A partir de los doce años, vino Naturaleza y le atacó con violencia, diciéndole:

—Está muy bonito que te comportes como un hombre y que salgas al viento y al sol abrasador, cuando yo usé un molde especial para ti, te formé con mis propias manos y acumulé en ti toda la belleza que tenía reservada. Mil personas me consideran tacaña porque a ellas les privé de la belleza que he puesto en ti, pues a ellas les quité la hermosura que te di a ti. Hay mil mujeres en esta vida que te tienen una gran envidia por la hermosura que ven en ti, pues creen que eres algo que no eres en realidad y hay quien se considera una gran amiga tuya, pero que te odiaría de todo corazón si supiera la verdad. Se consideraría engañada, y perdería todas sus esperanzas. Me estás ha-

ciendo algo muy feo al mantener este modo de vida. No debes frecuentar el bosque, ni ir a justas ni de montería, ni cazar con arco y flechas. ¡Desiste de todo esto! ¡Vete a tu habitación y ponte a coser! Eso es lo que Naturaleza exige de ti. ¡No eres Silentius!

—Nunca oí tal cosa —respondió la joven—. ¿Qué no soy Silentius? Entonces, ¿quién soy? Silentius es mi nombre, creo, o soy diferente a lo que era antes. Pero hay algo que sé muy bien, por mi diestra: no puedo ser otra persona, por lo tanto, o soy Silentius —tal como yo creo— o no soy nadie.

Pero luego se persuadió a sí mismo de que el argumento de Naturaleza era convincente: como el —*us* era contrario a la usanza, su nombre no era Silentius. Quería ir y aprender a coser, como le exigía Naturaleza, porque ni por feudo ni por herencia, debía cultivar una manera de ser tan salvaje.

2497-2546

Pero en esto se presentó Educación y, al ver que estaba hablando Naturaleza, dijo:

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Me está riñendo Naturaleza —respondió Silence—. Y pienso que no se equivoca al querer acostumbrarme y habituarme a modales adecuados, pues este comportamiento no es natural. Ninguna mujer de mi condición se ha comportado nunca de este modo y yo tampoco pienso seguir haciéndolo. Desde ahora, seguiré las costumbres femeninas. No quiero cortarme el cabello, ni llevar ropa corta y calzas, ni vivir como un muchacho con mi arco y mis flechas. ¿Alguna vez le ha ocurrido esto a alguien? ¡No, nunca! Ahora, al vestirme como lo hacen los muchachos, a veces tengo que dejar algún juego y todos mis compañeros se burlan de mí y dicen: «Éste será un gran cobarde, si vive lo suficiente». Pero no saben lo que me sucede. Si me llego a desvestir, temo revelar mi naturaleza. Ellos se divierten juntos de modo muy distinto. En poco tiem-

po hablarán del asunto. Voy a apartar de mí todo esto y a vivir con tranquilidad. ¡Que el buen Dios que me creó me alimente y me cuide! ¿Acaso no he oído decir que está lleno de bondad y que otorga a cada criatura lo que necesita según su naturaleza? ¿Ha estado alguna mujer tan atormentada por tan vil intriga para hacer lo que yo hago por codicia? ¡Jamás oí tal cosa!

2547-2586

Cuando Educación le oyó decir esto, ¿pensáis que se alegró? No, al contrario, tembló y le regañó; se enojó mucho con Naturaleza y le lanzó una mirada penetrante. Luego le dijo con mucha dureza:

—¡Dejad a mi ahijado tranquilo, Naturaleza! Si no, os maldeciré. Lo he desnaturalizado, y por lo tanto, siempre se os resistirá. Si no dejáis de perseguirlo, poco motivo de vanagloria os quedará, cuando haga que mil personas obren en contra de su naturaleza a través de Educación. Yo siempre venzo cuando quiero hacer de un niño noble un hombre malvado. Destruiré todo tu trabajo, Naturaleza, ¡marchaos, villana!

Cuando Naturaleza descendió de su roca y se marchó de donde la había atacado Educación, reanudó el combate contra Silence, porque entonces llegó la Razón y expuso su caso, argumentándole que más le valdría la muerte que abandonar su educación y adoptar las costumbres de su naturaleza:

—Escucha mi consejo, amigo Silence, y ten dominio de ti mismo. Haz una fortaleza de tu corazón, porque si Naturaleza, que te angustia ahora, se apodera de él, créeme, nunca te entrenarás para ser caballero más adelante. Perderás tu caballo y tu carro. No creáis que el rey cuando se entere de tu verdadera naturaleza te va a honrar, pues habéis cometido perjurio.

2587-2624

La Razón estuvo con él tanto tiempo y le hizo tantas advertencias que Silence vio con claridad que había prestado oídos a un consejo insensato cuando pensó

olvidar y abandonar sus costumbres para adoptar hábitos femeninos. Luego empezó a recordar los juegos que suelen tener en las habitaciones de las mujeres, según le habían contado a menudo, y consideró en su corazón las costumbres femeninas y las comparó con su modo de vivir, y pronto se dio cuenta de que, en definitiva, los hábitos masculinos son mejores que los de la mujer.

—Es evidente —se dijo— que sería mala suerte si descendiera ahora que estoy en la cima. Y si estoy en la cima ¿por qué voy a descender? Ahora soy muy valiente y noble pero no tendría valor sino deshonra si quiero ser una mujer. Estaba tratando de facilitarme la vida, pero tengo una boca demasiado dura para dar besos y los brazos demasiado fuertes para abrazar. Cualquiera podría engañarme en un juego bajo las sábanas, pues soy un muchacho y no una doncella. No quiero perder mi gran honor y cambiarlo por uno menor, ni quiero que mi padre quede como un mentiroso. ¡Antes habría de matarme Dios! Haga lo que haga Naturaleza, nunca revelaré el secreto.

2625-2656

Si es cierto lo que dice la historia que conserva los hechos, nunca habréis oído de alguien que tuviera el dominio de sí mismo tan grande como el que tenía Silence. Yo no digo que él no tuviera pensamientos diversos y opiniones contrarias como consecuencia de su situación, pues tales dudas se tienen cuando se es una tierna criatura y se desconocen las costumbres. Y el corazón es de naturaleza extraña y maravillosa, pues piensa sin cesar y le da vueltas una y otra vez a los profundos pensamientos que encubre y que le hacen penar a menudo. Y por eso digo de Silence que tenía un gran dominio de sí, porque sus pensamientos lo atormentaban, y él lo sentía y sufría. Siempre estaba dispuesto a contradecir lo que su corazón quería que hiciera, y quien obra en contra de su voluntad con

frecuencia siente aflicción, por eso Silence tenía el corazón dividido. Esto ocurría en invierno, cuando ya había cumplido doce años. El muchacho era bello y valeroso, generoso, cortés y amado por todos. Cuando lo deseaba iba a ver a sus padres y pasaba con ellos varios días.

2657-2688

Oíd ahora la extraordinaria aventura que ocurrió, según la cuenta la historia. Había en el país dos ministriles, los mejores que se habían oído. Uno de ellos era el mejor juglar del mundo, el otro tocaba el arpa. Dieron la vuelta a Inglaterra y adquirieron muchas riquezas.

Cuando llegaron a Cornualles, fueron bien recibidos por el conde; pasaron ocho días en su corte y fueron ricamente recompensados; luego decidieron partir. Se dirigieron hacia el mar, pues querían pasar a Bretaña; pero la noche les sorprendió en una llanura, junto a un gran bosque: era el bosque en el que se encontraba la casa, y en donde vivía el senescal del que me habéis oído decir que había criado al hijo del conde. El torreón mayor parecía encontrarse a un tiro de piedra a través del bosque, pero la niebla era tan densa que apenas lo podían vislumbrar porque ya había caído la tarde y empezaba a anochecer. Vieron que el bosque se iba haciendo cada vez más espeso, y no sabían cómo entrar o salir de él, y no conocían nada de aquella tierra. Entonces se dijeron:

—Señor San Julián, concedednos esta noche un anfitrión que no nos dé ni nos quite nada, que mala gente no nos robe lo que hemos adquirido en tan largo tiempo. Sálvanos, Dios, a nosotros y a nuestras pertenencias.

La niebla se disipó por un momento y vieron la torre perfilada por encima de los árboles, estaba a un tiro de piedra y quedaba a la derecha del bosque, mientras que el camino seguía por la izquierda. Se

metieron por un sendero hasta que llegaron a una torre lóbrega. ¿Qué importancia tenía, con tal de haber llegado? No se entretuvieron más, desde abajo dieron voces preguntando:

—¿Quién vive?

—¿Quiénes sois —les preguntaron a su vez los de dentro—, y qué queréis?

—Abridnos y os lo diremos.

El portero les abrió la puerta y ellos se dieron a conocer, diciendo:

—Somos juglares. ¿No hay alguien dentro que nos pueda dar albergue por esta noche?

—Sí, amigos, a mi parecer nunca habréis tenido tan buen alojamiento.

—Bendito sea el señor de este lugar, y todos los suyos. Nunca hubo tan buen guardián en una puerta, y por el servidor de la casa se puede saber si el dueño es un hombre de bien. Hemos oído decir frecuentemente que un buen señor hace buenos criados, sin necesidad de golpearlos con varas. A su vez, los buenos criados hacen bueno a un señor.

El portero le tendió la mano al primero de ellos. Tras ocuparse de los caballos, acompañó a los ministriles arriba. Allí encontraron al senescal, que les demostró que era buen hombre. Cuando terminaron de comer, se apresuraron a practicar, sin más demora, su arte. Uno de ellos les tocó un lai bretón con su viola, y el otro tocó el de Guerón al arpa. A continuación, escogieron otro ritmo y tocaron sus instrumentos al mismo tiempo. Interpretaron acompasados el lai de Mabon, pieza que sigue siendo popular hoy en día. Tocaron tan dulces melodías que no hubo nadie que no dijera:

—Es seguro que Dios los ha encaminado hacia aquí; bien haya quien los guió hacia nosotros.

Antes de que transcurrieran dos noches cantarían

otra canción que entristecería al senescal como si hubiera visto matar a su propio hijo.

2689-2774

En mala hora vio el senescal a los ministriles. Después de tocar bastante rato, el señor de la casa se retiró a descansar. Esa noche perderá al ahijado de su corazón. Los ministriles tampoco permanecieron despiertos mucho tiempo, fueron a reposar: lo necesitaban pues estaban cansados de cabalgar. Silence estaba allí, ayudándoles a desvestirse. No había nadie más que él esa noche, y no hubiera permitido que ningún otro —gustara o disgustara a quien fuese— les ayudara o interviniera de algún modo. Se acostaron y él los tapó; hizo este trabajo con mucha delicadeza, y les llevó una almohada a cada uno. Ellos se quedaron muy sorprendidos de que una criatura de tan tierna edad supiera servirles tan bien. Nunca hubo un niño de tan noble carácter ni que prestara tan buenos servicios.

—¿Quién es tu padre?, le preguntaron.

—Un vasallo; mi madre es la nodriza de un niño de más edad, que es el hijo mayor del señor.

—Tu señor tiene —comenzaron a decirle— dos hijos muy apuestos y, sin embargo, te honra más a tí que a ninguno de ellos. Dinos, por favor, por qué se comporta de ese modo; pues nos hemos dado cuenta al punto de que no te estimaría más si fueras hijo de persona importante.

—¡Sabéis más de lo que revelan vuestras palabras!, exclamó el muchacho. Un hombre juicioso suele ser más duro con el que más aprecia. Sin embargo, es un hecho que no se trata de dureza sino de afecto. El senescal es un hombre muy sensato, no lo hay más juicioso de aquí a Roma: no quiere ponerles buena cara a sus hijos, ni atraérselos con caprichos, no vaya a ser que crezcan con villanía o altivez. En cuanto a mí, soy su ahijado.

—Amigo —le dijeron—, quienquiera que seas, no

eres ni villano ni tonto. ¡Que Dios, que te creó, te proteja!

—Señores, que Dios os bendiga.

2775-2882

Silence se acostó después, pero no pudo dormir bien aquella noche. Su conciencia le remordía terriblemente, a la vez que su corazón le decía:

—Escucha, Silence, esa ropa que vistes y esa cara morena hacen que la gente crea que eres varón, pero lo que tienes bajo la ropa no tiene nada que ver con eso. Si llegase a suceder que muriera el rey Ebain hoy o mañana, las mujeres heredarían de nuevo, y ahora estás tan salvaje que no sabes nada del comportamiento femenino. En realidad, te convendría aprender algo para poder comportarte como es debido, por lo que pueda ocurrir. Y si sucede que has de conservar esta clase de vida por largo tiempo, bien sé que te harás caballero, y entonces quizás resultes cobarde, porque nunca he visto a una mujer que pueda llevar armas con valor. Todo esto bien pudiera suceder; entonces, si no conoces algún modo de distraer a tus compañeros, no van a querer pasar su tiempo contigo. ¿Por qué no vas a otra tierra a buscar y a adquirir juicio y saber? Entretanto, te pueden llegar buenas noticias. ¿Qué dirá el conde, tu padre? ¿Qué le sucederá a tu madre? ¿Qué dirán cuando se enteren? ¿Qué importancia puede tener? Te han de recobrar si Dios lo ha decidido y ha determinado que así sea. Debes irte con estos juglares; si los sirves bien y te esfuerzas mucho, aprenderás a tocar instrumentos. Si eres lento en la caballería, te vendrá bien la juglaría. Y si llega a morir el rey, podrás utilizarla en las habitaciones de las mujeres. Tu arpa y tu vihuela compensarán el hecho de que no sepas bordar cenefas o ribetes. Así te aburrirás menos si tienes que servir, ya que tendrás un pasatiempo.

2823-2872

Silence estaba preocupado, porque pensaba viajar deprisa y cubrir dos leguas antes del amanecer. Ensilló su caballo de caza, que era muy hermoso, y se equipó de forma adecuada. Fue al lecho de los juglares y les dijo:

—Señores, ¿estáis dormidos?

—No lo estamos, amigo.

—Amigos, me voy a cazar al bosque. Pero si os place permanecer aquí otro día más, me quedaré yo también, por vosotros.

—Esto os viene —le contestaron con buenos modales— de vuestro buen corazón. Vuestro ofrecimiento nos conmueve profundamente, pero os diremos que incluso por un gran haber no nos quedaríamos en esta tierra dos días enteros, por nuestra voluntad. Anoche salimos tarde de Tintaguel para llegar al mar, porque tenemos grandes deseos de estar en Bretaña.

—Señores, Dios os proteja y os salve de la muerte. El viento sopla del norte; si salís pronto, podréis llegar esta noche porque el mar es estrecho por aquí. Con buen viento, si se aprovecha bien al navegar, se puede llegar con facilidad en medio día. No habrá ni diez leguas de aquí al puerto.

2873-2906

Al momento partió Silence, pues no quería detenerse por más tiempo. Con una hierba que encontró en el bosque, se tiñó la cara y se disfrazó: quien le mirara bien el rostro pensaría sin temor a equivocarse que era de origen humilde. Llegó a la orilla del mar con la primera marea: pensaba escaparse de todos los suyos. Escogió un navío y subió a bordo. Luego llegaron los juglares, pagaron el pasaje y embarcaron. Los marineros levaron anclas, izaron las velas y partieron camino de Bretaña.

2907-2920

Antes de llegar a la costa, los juglares hablaron mucho del joven:

—¡Dios! —decía uno—, ¿será él?

—Por supuesto que no —respondía el otro—. El color de éste parece muy malo en comparación con el de aquél.

El muchacho no tenía intención de decirles quién era, ni lo que estaba haciendo. No les contaría sus planes hasta que estuvieran en Bretaña y hubieran desembarcado.

Salieron de las naves acompañados por Silence. Cuando estuvieron en tierra, les preguntó que a dónde se dirigían, a lo que ellos le contestaron que iban a Nantes, y que procurarían hacer el viaje lo más rápidamente posible.

—¡Apresurémonos pues! —exclamó el joven—, el que encuentre posada primero tendrá cena sabrosa.

Llegaron a Nantes y hallaron a un hombre de cabello canoso y de venerable aspecto. Pues bien, éste les dio alojamiento enseguida. Tuvieron una velada muy agradable. Silence permaneció con ellos durante toda la noche, y los juglares empezaron a mostrarse extrañados:

—Así me ayude Dios —le decía uno al otro—, espero que éste sea nuestro muchacho de anoche. Sirve exactamente del mismo modo, aunque su apariencia sea diferente. Y, por cierto, es extraño: el de anoche era de color de rosa, y éste es pajizo, como si se hubiera teñido con ortiga o con hollejo.

2921-2956

Silence los vio perplejos, se daban codazos continuamente y se dio cuenta de que era por él.

—Señores —les dijo—, ¿qué decís del que os sirvió tan bien anoche? Si me he descuidado en algo, lo haré mejor la próxima vez; todavía no soy demasiado viejo. Si os dignáis en enseñarme algo, lo aprenderé de buena voluntad. El que os sirvió anoche estaba mejor enseñado que yo, espero.

Sonrió y ellos se dieron cuenta de que habían sido

engañados por el color con el que se había teñido el rostro. Uno alabó su habilidad en pintarse, el otro, el color mortecino que había conseguido. Del mismo modo que la rosa brilla por encima de la ortiga, así reluce el color natural: mezcla de blanco y negro. Si alguien duda en creerlo, os diré que era superior al lirio y a las rosas.

Cuando supieron los juglares que era él, se alegraron mucho. Decidieron que los acompañaría como servidor. Con esa condición, le instruirían. Se marcharon muy pronto de aquel lugar, para que nadie fuera y los encontrara allí.

2957-2986

Ahora quiero volver con el senescal que tenía bajo su cargo al niño. Como Silence solía salir de caza, no pensó nada malo hasta que empezó a oscurecer. Entonces le llegó la preocupación, y como vio que el joven tardaba como nunca lo había hecho, no dudó que los ministriles se lo habían robado. Entonces se podía ver cómo corrían las lágrimas, cómo se tiraba de los cabellos y se los arrancaba, cómo se retorcía los puños, y cómo se golpeaba el pecho; cómo lloraban las damas, desgraciadas, rompiendo los anillos de los dedos al retorcérselos. ¡Y eso era lo de menos! La dama y el caballero que lo habían criado se desmayaron, cosa que causó gran consternación. Cuando volvieron en sí, enviaron a cien hombres por las tierras a buscar a Silence y llevarlo de vuelta.

2987-3008

La noticia de que había desaparecido el muchacho, que era tan valiente, encantador y apuesto, se propagó rápidamente y no tardó en llegar a la corte. Cuando lo oyeron su padre, el conde, y su madre, Eufemie, sintieron tal dolor y tal tristeza en el corazón, que no se os podría contar ni decir, ciertamente, en su centésima parte. Por poco se mueren de aflicción: a menudo se desmayan, a menudo vuelven en sí. Los

nobles que les ayudan, resisten con esfuerzo para no desvanecerse. Y para que no se desmayaran más los padres, los nobles procuraban no manifestar su dolor, pero esto les torturaba más; no obstante, todos los nobles ocultaban sus sentimientos, pues cuando se siente tristeza en el corazón, sin duda, se sufre mucho menos si se revela esta tristeza por el gesto o la expresión del semblante, que cuando se debe guardar silencio y no hablar libremente; o si se le hacen confidencias a un amigo, o si se habla cuando hay que dar una apariencia de felicidad, o cuando es adecuado hablar para que lo oiga la gente, porque alguien lo está difamando. Es mejor abrir el corazón según lo requiere el asunto, y de modo apropiado a la ocasión. Pero estos nobles no se atrevían a hacer el menor ruido por temor a que murieran la condesa —a quien no se veía respirar— y el conde, que también sufría: el menor sobresalto podría haber causado que entregaran el espíritu.

3009-3048

Su desmayo fue largo y doloroso, más de lo que pueden expresar las palabras. Cuando se recuperaron un poco, escuchad cómo reaccionaron: gritaron con grandes voces, lamentando la pérdida del niño:

—Bello hijo, Silence, ¡qué penitencia tan dolorosa nos has buscado! Estamos tan enloquecidos por el dolor, que estamos más muertos que vivos. Cuanta más alegría vemos en torno, más deseamos afligirnos. ¿Cómo podía habernos sucedido algo peor? No lo puedo imaginar. Todas las penas nos vinieron encima con la pérdida de nuestro hijo. Era el espejo del mundo. En el fondo del mar deberíamos buscar nuestro merecido: deberíamos ahogarnos y vivir poco tiempo. Cuando ocurren tan grandes calamidades, una vida corta es bienvenida. Sería sorprendente si después de habernos quedado sin Silence —nuestra alegría— deseáramos una vida alegre. Si se ha ahogado, nos ahogaremos también. Nuestra alegría se ha ido hacia el mar: si fuera posible que no se hubiera ido al fondo, no estaríamos tan afligidos. ¿Pero por qué tendríamos la menor duda? Nuestro mal no viene gota a gota, sino que cae a chorro. ¿Por qué vamos a consternarnos, puesto que sabemos que no puede suceder nada peor? No tememos lo peor, ni esperamos nada mejor. Anoche perdimos al mismo tiempo el temor y la esperanza.

Todo el país lloró a Silence. Los que tenían poco dominio de sí y no podían contener las lágrimas, se apresuraron a abandonar la corte; huyeron lejos, a llorar, a gemir, a lamentarse en voz alta. Tuvieron largo duelo porque habían perdido a su heredero.

3049-3094

Señores, ya habéis oído el duelo. Hicieron muchos así todos los días: y eso no era más que broma y risa al lado de lo que os podría decir, aunque a menudo se desconfía de los que dicen a la gente toda la verdad. Y tampoco quiero hablar demasiado.

El senescal, aterrorizado, no se atrevía a ir a la corte, pues no sabía cómo justificar lo que había ocurrido con el hijo del conde. No quería dar una explicación hasta que no le hicieran presentarse.

Lo deseara o no, le ordenaron que dijera la verdad, y que explicara exactamente lo que había sucedido. No se atrevió a omitir una sola palabra, y su explicación sólo sirvió para confirmar la desaparición del muchacho y para renovar la tristeza y el dolor de los padres. El conde supo que habían sido los juglares los que se habían llevado al espejo del mundo. ¿Queréis saber lo que hizo? Por este motivo, expulsó a todos los juglares de su tierra, para que nunca volvieran. Si llegase a caer uno en sus manos, lo quemaría vivo o haría que lo ahorcaran. Quien lograra atrapar a uno y lo dejara escapar, recibiría el mismo castigo que si fuera un ministril.

3095-3126

Ya habéis oído cómo mil personas pueden morir por culpa de un hombre; es decir, porque erraron dos, sucedió que mil fueron maltratados. En mi opinión, a pesar de lo que digan, no se debe censurar a los juglares, pese a lo que haya podido sufrir el conde, pues ellos no sabían que el muchacho era su hijo. Ignoraban la verdad y fuera quien fuera el que se lo jurase, no se lo creerían, porque Silence los servía con extrema humildad.

Si no miente la historia, se esforzó mucho el joven y llegó a aprender a tocar los instrumentos de forma tan perfecta, que antes de que hubiera transcurrido el tercer año, había superado a sus maestros y les había ayudado a ganar grandes sumas de dinero. Esto les humillaba de tal modo que ninguno de ellos dos sabía qué hacer, y como el joven había conseguido ganarse más favores que ellos en la corte, temían que el muchacho pudiera cambiar de idea y que no quisiera permanecer por más tiempo con ellos, e incluso podría enorgullecerse de que él solo sabía más que ellos dos juntos. ¿No pensáis que le odiaron mucho por esto? ¡Por supuesto que sí! Temieron posibles pérdidas. ¿No creéis que se les llenaría el corazón de rabia y de odio? Sabed que les hirió profundamente el hecho de que el joven pudiera tocar el arpa y la vihuela todo el tiempo que quisiera en presencia de un rey o conde, y que les mandaran a ellos guardar silencio mientras tanto. Se sentían tan humillados que ninguno de los dos sabía qué hacer. Tenían la frente mojada con el sudor de la rabia, de pensar que habían sido marginados a causa de un niño.

3127-3162

Silence era ya tan apuesto que resultaba evidente que no era de origen modesto, sino de noble estirpe. Era el cuarto verano que había permanecido con sus maestros. Su padre, todos los de la tierra y su madre se desesperaban porque, a pesar de que muchos ha-

bían viajado por todo el país, nadie había podido regresar con noticias del joven.

—He visto a vuestro hijo —decían algunos viajeros— en tal o tal sitio, sabedlo.

Sin embargo, el conde enviaba a buscarlo, iban los mensajeros de condado en condado y los esfuerzos resultaban vanos, pues el muchacho se había cambiado de nombre. Llevaba un nombre extraño: en la corte se hacía llamar Malduit, pues se consideraba mal enseñado con respecto a su naturaleza. Este cambio de nombre también fue llevado a cabo con la intención de ocultarse.

Era muy servicial, y se esforzaba de todos los modos posibles en servir a los ministriles según sus deseos, y les ayudaba a ganar abundantes riquezas. Como era tan apuesto, tan valiente y tan experto en su arte, fácilmente se convertía en el señor de todas las cortes de nobles por las que pasaban. Sin embargo, nadie podía decir que se descuidara en servir a sus maestros y en descalzarlos, pues no deseaba volverse vanidoso. Los servía bien y con eficiencia, pero de nada le valió, pues el buen servicio y las buenas acciones nunca han conseguido conquistar un corazón vil, y el corazón que se abre a la sinceridad sólo puede ser vencido por una gran necesidad. La virtud del muchacho aumentaba a medida que crecía la villanía de sus amos.

3163-3200

La nobleza de carácter de Silence crecía a la vez que la maldad de los juglares, del mismo modo que los buenos tienden hacia el honor y los malos hacia la deshonra. ¡Oíd qué terrible discordia surgió entre ellos! Si Dios, al que debe el mundo su armonía, no hubiera ayudado al joven a escapar, lo habrían hecho caer en una trampa, pues a cambio de sus muchos méritos, ellos planeaban darle la muerte. Lo hablaron durante mucho tiempo y decidieron hacerlo, mal

aconsejados por el Enemigo, que les cubría con su sombra.

3201-3214

Un día regresaron de Gascuña y se dirigieron a la corte del duque de Borgoña. Fueron muy bien recibidos, y al punto procedieron a tocar sus instrumentos. Silence era más solicitado y más favorecido que ellos, pues era un excelente ministril. En el palacio jamás habían oído a otro igual: era bello y hábil y se esforzaba mucho más que los otros en ofrecer una buena representación. De estas cualidades derivaba en gran manera la gracia por la que tanto se le alababa, pues todos sus actos los realizaba con un gran encanto, ya fuera al esforzarse por adquirir dominio de sí mismo o ya fuera honrando a otros; en todo era inigualable.

3215-3232

Antes de que partieran los ministriles, y antes de que pudieran despedirse, el duque les dio una gran fiesta. Tenía predilección por Silence, a quien mantuvo a su lado durante todo el tiempo. Los juglares tocaron sus instrumentos, pero se quedaron tan desconcertados que no se atrevían a decir palabra, cuando se enteraron de que el duque no quería escucharlos: sólo deseaba oír a Silence, y ése mismo era el deseo de todos los demás que estaban presentes. Sintieron rabia y vergüenza, mucho más de lo que se puede expresar. La ira les corría por lo más hondo de su corazón porque su arte era despreciado, todo por culpa de un glotón que no valía nada.

—No tiene ni cuatro años de práctica y lo prefieren a nosotros —exclamaron los dos ministriles.

—¡Por compasión, quién ha visto alguna vez nada semejante! ¡Es la espina de nuestro costado, y sólo un hombre va a seguir hiriéndonos! Es como quien alimenta a un cachorro, que luego se vuelve contra él mordiéndole la pierna y el palo con el que le golpea. De nuestro servidor hemos hecho nuestro amo. Jamás

ha sentido nadie mayor vergüenza que la que nosotros sentimos ahora. Hemos sido engañados, y esta situación no puede durar, ya sea porque sabemos menos de lo que sabíamos, o porque este vasallo, cuando actúa, supera completamente a cualquier otro juglar. Este muchacho nos ha robado nuestros conocimientos y, de hecho, cuanto más mejora él, peores parecemos nosotros. Nuestro saber se multiplica en él. ¡Ay, Dios, cómo me enfurece esto! Lo han alabado en la corte, ¿ha sido injustamente? Sí, pues nos ha quitado todo nuestro saber, y si quiere puede coger parte de nuestras ganancias: nuestras pérdidas se doblarán porque cogerá más de lo que le corresponde. Nuestro destino será que nunca nos escuchen en una corte donde él haya demostrado su arte; la gente lo quiere tanto que nos robará todos nuestros beneficios.

—Si yo pudiese confiar en vos —dijo uno de ellos—, y si estuviese seguro de que me guardaríais el secreto, que no se lo diríais a nadie, os confesaría algo.

—¡Vamos! —dijo el otro— ¿yo, decirlo? Si dudáis de mí por algún motivo, no seréis mi amigo: la más mínima duda es una falta a nuestra amistad. ¡No dudéis de mí, compañero!

—¡No lo haré! Ahora, escuchadme: si a través de un mal se pueden evitar quinientos, compañero ¿debe uno abstenerse de hacerlo?

—¡Claro que no, amigo! ¡Naturalmente que no!

—Pues en este momento os juro que mataré a este malvado niño, porque mientras viva él, nosotros no tendremos sino tristezas. Decid, compañero, ¿qué os parece? ¿Hacemos esta labor juntos?

3233-3300

El otro era igual o peor que éste, pues era hombre inspirado por el Enemigo.

—Compañero —le dice—, juro por estas dos manos que no quiero ni más ni menos, ni en mi mente ni en mi voluntad. Lo que más me aflige es que aún esté

vivo. Compañero, lo deseo tanto, pues el corazón casi me estalla cuando delante de nosotros lo alaban y lo honran, y cuando nos hacen guardar silencio para que él pueda actuar. Compañero, que el fuego de San Antonio me consuma si alguna vez pensé que podría aprender ni la mitad de lo que sabe, o que nos explotaría de este modo. ¿No os sucede lo mismo, compañero?

—Nunca lo hubiera pensado. Lo aprendió todo solo, o se lo enseñaron los demonios que le han dado tan buena fortuna, la suficiente para volvernos locos a nosotros. Tengamos cuidado de que no se dé cuenta de nuestras intenciones: hablémosle con más amabilidad de la que solemos, y a menos que sea muy astuto, podremos hacerle caer en una trampa. Sólo necesitará un abrigo sin capucha porque perderá la cabeza en nuestra emboscada. Nos despediremos del duque de inmediato. ¿Para qué molestarnos en ir a España a buscar ganancias, cuando nuestra esperanza está en matarlo inmediatamente? Nuestro sendero atraviesa un bosque, se tarda todo un día en llegar. Daremos un rodeo por el bosque y luego fingiremos perdernos donde la espesura sea mayor, y cuando veamos la oportunidad le haremos una mala jugada.

3301-3338

Tramaron todo este asunto, y estaban ambos tan inspirados por el demonio, que les incitaba a acometer esta acción malvada, que la compasión les parecía innecesaria. La misericordia parecía amarga y estéril a los que iban a asesinar al inocente joven. Cuanto mayor era su odio hacia el muchacho, más le sonreían. Con engaño y falsedad, trataban de esconderle sus intenciones. El día les pareció durar un mes; no se le veía el fin. Por la noche se despidieron del duque, ya no podían esperar más. El duque les dio un marco de plata a cada uno, pero a Silence le dio dos. La envidia les corroía y les atormentaba; sin embargo, todo lo

que recibieron era de los tres, porque Silence lo compartía todo. Entonces se despidieron y se pusieron en marcha.

Esa noche Silence soñó que unos perros querían despedazarlo, y como se asustó de que le hirieran, se despertó de su sueño tan sobresaltado que ya no pudo volver a dormir más. ¿Queréis oír lo que hizo? Toda la noche permaneció despierto escuchando, porque estaba preocupado por su sueño. Prefiguración

3339-3368

Los juglares, por su parte, tenían una gran angustia que les ardía en el corazón, pero es justo que un hombre malvado y lleno de perversas intenciones nunca esté en deuda, sino que tenga que pagar por adelantado, por lo tanto, antes de hacer el daño, sus pensamientos malvados le atormentaban. Lo mismo ocurrió con nuestros juglares. Cada uno de ellos pensaba cómo podría cometer la maldad que le atormentaba. ¿No pensáis que los tres debían estar intranquilos y por eso no podían dormir esa noche? Dos de ellos por el crimen que pretendían cometer, y el tercero porque temía ser descuartizado. Ciertamente, había tenido un sueño espantoso; ahora, ¡que Dios impida que se cumpla! Permaneció inmóvil escuchando, y los otros no sospecharon nada, al contrario, pensaron que dormía como siempre, como muchacho que necesitaba reposo.

—Yo le asestaré —dijo uno de ellos— el primer golpe, de este modo, mi parte será mayor.

—Compañero, sé más razonable —respondió el otro—, ni éste es el momento, ni el lugar para discutir. Compartiremos sus ganancias y sus beneficios, y también el pecado, mi buen amigo. Ahora, hagámosle creer que comienza el día. Nos pondremos en camino aunque sea de noche, pues tales hechos no deben ser vistos.

3369-3402

Silence estaba oyendo todo. No tenía duda de que los crueles traidores podían hacer realidad su sueño de los perros, si se les presentaba la ocasión. Pero Dios no lo permitiría. Silence no quería pronunciar ni una palabra, y se mantuvo en silencio y atento, escuchando.

Los juglares no se entretuvieron más. Llamaron a Silence y se vistieron, diciendo que despuntaba el alba y que deseaban ponerse en camino:

—¡Levantaos —le dijeron—, os espera un viaje muy duro!

—Esto no necesita explicación —dijo Silence—, tan penoso viaje es mala cosa, y quien vaya de grado a ese valle bien merece su infortunio.

Los juglares cambiaron su explicación. Dijeron que el viaje era duro porque el camino era difícil y que la jornada sería larga y ardua. Por lo tanto, pusieron buena cara y se reservaron la maldad para su interior. Poco importaba, Silence no tenía miedo, y Dios le favorecía y protegía.

—Señores —les dijo—, antes de ponerme en marcha, tenéis que decirme a dónde pensáis ir, pues podrías querer ir a algún sitio donde alguien me hiciese una mala jugada, si me consiguieran atrapar antes de que yo me escapara.

3403-3436

—Amigo —le contestaron—, no te preocupes, te queremos y tú nos quieres a nosotros. Si dices que podrías estar en peligro, también nosotros tememos que alguien te sorprenda a traición. Si los malhechores están a la derecha, escogeremos el sendero de la izquierda. Si por casualidad nos los encontramos y quieren desahogar su ira con nosotros, estaremos allí para ayudarnos mutuamente. Si nos golpean, también lo haremos nosotros.

—Tengo algo que deciros —les advirtió Silence—, creo, o mejor dicho, sé muy bien, que seríais capaces

de golpear con gusto a un enemigo, y más vale que quien tenga que mirar por sí mismo, lo haga bien, de lo contrario, sería tonto. Señores, os hablaré abiertamente: encontraría a mis enemigos si fuera con vosotros a Francia. Tened por seguro que ocurriría lo mismo que si fuera con vosotros a España, a Auvernia o a Alemania. Por lo tanto, será mucho mejor permanecer aquí que ir a otro sitio y estar peor. He decidido quedarme, y vosotros os marcharéis como hombres sensatos y buenos, ¿comprendéis? Que Dios os recompense tratándoos tan bien como vosotros me habéis tratado a mí: vuestro comportamiento merece ese premio. Es mucho lo que habéis hecho por mí, y hubierais hecho mucho más si hubieseis podido. Yo, sin embargo, no he podido hacer bastante por vosotros.

Los juglares estaban vencidos; sacaron las ganancias y le dijeron que tomara la parte que le correspondía.

—Señor, querido amigo, coged lo vuestro.

El joven tomó cien marcos y a cada uno de ellos le quedaron más de cien; luego, se apresuraron a irse.

3437-3476

Silence permaneció unos días con el duque, y le hicieron grandes honores. Entonces se acordó de sus padres y sintió gran pena por ellos y por sus parientes: con sus cien marcos, se despidió del duque y emprendió el camino. Atravesó el mar hacia Inglaterra y llegó allí tan rápidamente como le fue posible; ya estaba en el sitio que más deseaba, pero más de uno se enojaría con su llegada, antes de saber quién era.

El muchacho se dirigió al mejor alojamiento que encontró. El dueño le recibió con gran amabilidad, hasta que vio su equipaje y sus instrumentos musicales.

—¡Santa María! ¡Qué gran desgracia, amigo!, dijo. ¡Qué tristeza haber recibido a tal huésped!

Silence se sorprendió al oír estas exclamaciones y

se preguntó si el hombre estaba en su sano juicio.

—Amigo —le dijo el hombre—, las lamentaciones que hago son por vos. Mejor dicho, son por los dos: por mí y por vos. Escuchad lo que os tengo que decir, y comprenderéis por qué. En cierta ocasión vinieron unos juglares. El conde los honró mucho, y ellos le raptaron al único hijo que tenía. No sabemos adónde se lo llevaron, pero en cualquier caso, fue muy lejos de nosotros. Por esa razón, el conde expulsó a todos los juglares de su tierra para impedir que volvieran a suceder hechos semejantes. Todo el que vea a uno deberá capturarlo y entregarlo, si no, perecerá en la horca. Yo preferiría entregarte, y no perder la vida por ti. De todos modos, no te preocupes, tienes hasta mañana de plazo.

—No me preocuparé —le contestó Silence—. Así me salve Dios, aunque la tregua de la noche me cueste cien marcos. Ahora, gocemos de la vida, pues cualquiera que sea su duración, será muy corta.

Entonces, tomó su arpa y su vihuela y se acompañó de su bella voz. No hubo persona en los alrededores que no fuera corriendo a la casa. Allí se reunieron los habitantes del lugar, pues desde que fue raptado el hijo del conde, no habían oído ni arpa, ni rota, ni vihuela, ni canción, ni tan siquiera una nota.

—Nunca —decían todos— hemos visto a un hombre semejante. ¡Ay, desventurada será su estancia, pues lo han de colgar mañana por la mañana!

Todos estaban muy sorprendidos porque Silence no prestaba atención a sus palabras: lo estaba pasando muy bien. El dueño de la casa pasó muy mala noche, pues no dejó de vigilar al joven, al que quería entregar al conde.

3477-3538

¿Para qué voy a alargar más el cuento? Al día siguiente, el señor de la casa llevó a Silence ante el conde. El muchacho iba tocando la vihuela por las calles.

Cuando llegó ante el conde, lo saludó; pero éste no quiso devolverle el saludo, porque pensaba hacerlo matar.

—Señor —le dijo Silence—, tened compasión, porque si pierdo la vida aquí no ganaréis nada, ni seréis más rico por ello.

El conde oyó sus palabras y suspiró profundamente. Sentía tal dolor que no podía pronunciar una sola palabra. Los nobles no eran capaces de esconder su aflicción, y la condesa lloraba amargamente. El conde prometió entonces que no lo ahorcaría de inmediato, y se lo agradecieron todos profundamente. Sentían tanta alegría como pena, por el placer que habían recibido de Silence.

3539-3558

Un hombre de edad había observado al conde de cerca y se había dado cuenta de sus intenciones. Le reveló sus sospechas.

—Estáis viendo a vuestro hijo Silence, que ha aprendido a tocar instrumentos de este modo.

—¡Traidor, mentís! Creo —respondió el conde— que estáis diciendo disparates; mal momento es éste para decir tonterías.

El anciano no renunció, y le respondió:

—Es una lástima vivir en la pobreza. Hubiera sido mejor haber permanecido callado. Se le hace más caso a un ignorante si tiene dinero, que a un pobre que tenga gran saber.

El conde le dijo al anciano que estaba hablando demasiado, y que había perdido la razón. Entonces, el anciano se acercó al muchacho y le preguntó cómo se llamaba, cuál era su nombre.

—Señor, no trataré de ocultarlo: me hago llamar Malduit.

—Sé muy bien lo que significa vuestro nombre —le respondió el anciano—, porque Malduit quiere decir «mal enseñado». Es exactamente lo que sois, por-

que ni os habéis honrado, ni habéis honrado a vuestra familia al llevar una vida tan depravada. Pero ¿qué importancia tiene eso? Después de haber sufrido tanto, os habréis vuelto más sensato, pues en la corte no habríais podido aprender todo lo que el hombre debe saber. Es verdad que nunca se verá a un hombre sabio en una corte. Cualquier error que hayáis cometido, amigo Silence, lo habéis expiado instruyéndoos, y si viviérais mil años, todavía valdríais más.

3559-3592

Silence fingía no comprender palabra de todo lo que el anciano decía y hacía, pero él ya sabía quién era Malduit, y fue al conde, que le acababa de hablar de modo grosero y descortés. Escuchad lo que le dijo:

—Señor, sé que he cometido un error en lo que os dije hace un momento. Así me conceda Dios tal alegría, estoy seguro de que este joven, aunque no sea vuestro hijo, os dará buenas nuevas. Él conoce la verdad de lo que le ocurrió a Silence, de modo que os sacará de dudas.

3593-3610

—¡Por Dios! ¿Lo sabrá él? —preguntó el conde.

—Sí, por Dios que creó este mundo.

El conde quiso que nadie viera que se reunía con él. Hizo que llamaran al juglar y lo llevó muy discretamente a su habitación, cerrando la puerta tras él. Se sentó en un escaño elevado e hizo que el muchacho se sentara en el suelo. Lo cogió con la mano derecha, a la vez que le preguntaba dónde podía estar su hijo en ese momento. Mientras lo tenía así le preguntó por su hijo. Anhelaba tenerlo a su lado y, sin embargo, no lo conocía. Era una dura prueba para el conde que amaba a su hijo Silence más que al bienestar o las riquezas, y no obstante se negaba a aceptar su presencia. Examinaba el semblante del muchacho con cuidado; y cuanto más lo miraba, más cariño sentía hacia él. En un momento dado pensó: «¡Dios mío, es él!» Y después, «¡Dios, no estoy seguro!» Su corazón quería encontrar cosas que sus ojos no podían ver y que su pecho no se atrevía a aceptar. Lloró por no tener a su hijo, y éste, que lo estaba viendo, no pudo esperar más. A los pies de su padre lloró y exclamó:

—Señor, vuestro hijo os ruega que tengáis piedad de él. Reconozco que os he hecho sufrir, querido padre, a vos, a mi familia y a mi madre. ¡Tened compasión de vuestro hijo! Conozco bien mi naturaleza. Soy, no lo dudéis, comparable al paño de mala calidad que parece bueno y que, sin embargo, no lo es. ¡Soy yo! Sólo tengo la ropa, el semblante y el color moreno que me dan la apariencia de hombre.

Entonces le mostró al conde una cruz que tenía en el hombro derecho, como marca de nacimiento. A partir de ese momento, el conde le creyó y se apresuró a besar a su hijo. Una intensa alegría se apoderó de él. Besó al muchacho tantas veces que he perdido la cuenta, porque tanta profusión me hace perder el tiento.

3611-3654

Gran alegría tuvo el padre, así como los habitantes de la tierra y la madre. Entonces podíais ver el regocijo que hacía la gente: todos acudían a contemplar al joven, y a oírlo. Silence se sentó a los pies de su padre, y le dijo:

—Señor, sé tocar el arpa, y me gustaría serviros haciéndola sonar esta noche. Por el amor de Dios, os ruego que no os moleste el deseo de ser recompensado por mis servicios: concededme que, de ahora en adelante, los juglares tengan paz en vuestras tierras, ya que los desterrásteis sin culpa. Ellos jamás me raptaron.

—Por el amor que siento hacia ti —replicó el conde—, tendré una gran satisfacción aceptándolos de nuevo en mis tierras.

El conde hizo un rico regalo al anciano que le había dado las nuevas: por haber dicho la verdad, le dieron

diez marcos de herencia. Todo el país supo que Silence había vuelto a aparecer.

Las nuevas del regreso de Silence llegaron al rey, que se alegró mucho. El conde recibió órdenes de presentarse ante el rey, acompañado por el muchacho, y así lo hizo, yendo tan pronto como pudo. Toda la corte salió a saludarlos.

3655-3682

Le dieron la bienvenida a Silence, y el rey Ebain lo retuvo a su lado, pues quería que el muchacho formara parte de su corte. Esto entristeció a su padre el conde, pero como no podía ser de otro modo, le dio la mano derecha a su hijo, le besó la cara y la boca, y le rogó que se portase con honor, cuidando de mantenerse bien oculto. Él regresó y el joven se quedó con el rey, y le sirvió bien en muchos aspectos.

La reina se enamoró profundamente de él por sus modales corteses y por su hermosura. Ahora, oíd qué deslealtad y qué desgracia ocurrieron, qué rabia y qué ardientes deseos inflamaban a este Satanás con forma de mujer. Nunca sintieron Tristán por Iseo, ni Iseo por Tristán tanta angustia y aflicción como Eufeme, la reina, sentía hacia el muchacho, que en realidad era una doncella. Ni siquiera José, que fue encarcelado por el rey Faraón, como cuenta la historia, experimentó tal angustia o sufrimiento a causa de la esposa del senescal, como Silence tuvo por la reina. Lo váis a oír de forma bien clara antes de que termine la obra.

Un día, el rey se llevó a unos caballeros ingleses con él y se fue al bosque. Eufeme, que era muy hábil para estas cosas, fingió sentirse enferma e hizo que Silence, al que deseaba en su interior, se quedara junto a ella, tocando el arpa para distraerla. ¡Hoy sí que le podía haber perjudicado el haber cambiado de naturaleza! Si se hubiera mantenido como una doncella, la reina habría podido recuperar su salud.

La reina hizo que llamasen a Silence a su alcoba, y

para disfrazar sus intenciones, le hizo llevar el arpa, como para aliviarla. En su habitación, bajo el techo cincelado y dorado, quería confesarle su amor en secreto, y por lo tanto, hizo que todos salieran, para evitar que el muchacho sintiera vergüenza. ¡Fingió tan hábilmente ese día! Aparentó que no podía comer, que no podía soportar el ruido y que no quería a nadie cerca de ella, sólo al que tocaba el arpa: dijo que él le aliviaría los dolores. Sin embargo, estaba equivocada, pues no recibiría más alivio de él que un beso. Esto la encolerizó mucho, ya que deseaba el resto y nunca lo podría poseer.

3683-3710

El muchacho había afinado el arpa; al hacerlo, le había causado tan gran dolor a la reina, que se inclinaba hacia él, que estaba tocando el instrumento con tanta dulzura: la dama deseaba cada vez con más intensidad al joven.

—Ahora le confesaré —pensaba— mi amor y se lo contaré todo. ¿De veras se lo quieres decir —se preguntaba luego—, te quieres rebajar de este modo? ¡Sí! No me pararía ni el miedo al desprecio, ni a la crítica, ni a la negación, ni al perdón. No puedo dejarle sin saber que puede tener mi amor inmediatamente.

A continuación, le abrazó y le besó, diciéndole:

—Estad tranquilo ahora, besadme. No seáis tímido. Por cada beso que me déis, yo os devolveré dos, ¿no os parece que ganáis mucho en el cambio?

—Sí, le respondió el joven.

—Entonces, besadme, dijo la reina.

El muchacho le dio un solo beso, en la frente, bajo la toca, pues no tenía intención de besarla como ella deseaba que lo hiciera. La reina, que no quería ser besada de tal modo, le dio cinco largos besos, muy apasionados y llenos de amor. Además de los besos prometidos, le dio otros muchos más, tantos, que él se encontraba muy molesto.

—Por Dios, ¿estáis tratando de escaparos? —le pre-

guntó la dama—, ¿por qué, es sólo un capricho? ¿No os gusta el cambio?

—Sí, mi reina, me encanta, pero dejémoslo hoy.

—¿Dejarlo? ¿Por qué? ¿Ha recibido algún hombre de vuestro rango un favor real semejante? ¡Os estoy ofreciendo mi cuerpo!

El joven, que era doncella, estaba pasando un momento difícil; hubiera preferido estar a cien leguas de allí, donde encontraría paz y descanso, cosa que en esa habitación en la que se encontraba era imposible hallar.

La dama se quitó del cuello su magnífico broche de oro. Tenía la piel blanca como la nieve fresca. No estaba marcada de arrugas, porque todavía era muy joven para tenerlas. Era redondeada, delicada y tierna. Inflamada de amor, le dijo al joven:

—¡Mirad qué brazos y qué formas!

—Señora —le contestó Silence—, ¡por Dios, apartaos! Os pido que tengáis compasión, en nombre de Dios. Si traiciono mi lealtad en este momento, seré deshonrado y me habré comportado como el peor hombre del mundo. No hay mayor crimen que el amaros, pues soy vasallo de vuestro señor, y también soy pariente suyo, aunque ignoro en qué grado. ¿Quién podría absolverme?

3743-3807

—¡Absolveros! Por Dios, ¿qué me decís? ¿Qué queréis ser, monje o ermitaño? Informad a vuestro padre el conde, y a vuestra madre, la condesa, de que os pensáis hacer ermitaño, y que llevaréis una vida religiosa. ¡Seréis un excelente abad!

—Mi reina, estáis burlándoos de mí.

—No es eso, si se tratara de otro caballero, no sería extraño, pero un joven santo es igual que un viejo diablo. Olvidad todo esto, buen hombre. Es mejor que nos quedemos aquí, que vayamos a retozar al bosque.

Entonces empezó a abrazarlo de nuevo, pero el joven se mostraba desganado; su naturaleza no se lo permitía.

—Mi señora —le dijo—, ¡calmaos!

—¿Estáis comprometido, o le debéis lealtad a alguien? ¿Quién os persigue? ¿Quién os maltrata? ¿Quién os amenaza? Aquí no hay ni leones, ni lobos. ¿Teméis quedaros a solas conmigo? No soy una bestia que muerde; por mi cabeza, sois un villano. ¡Os estoy haciendo mi igual y debéis amarme! No temáis ni os preocupéis; la corte entera será vuestra de ahora en adelante; seréis mío y yo seré vuestra. Dulce, bello amigo —continuó la dama—, echadme toda la culpa a mí, pero por piedad, no nos van a poder criticar, pues nadie se enterará, nadie, en verdad, si así lo deseáis. Para encubrir la situación, venid a verme menos de lo que soléis, pero si vais demasiado lejos en vuestro fingimiento, podría ocurrir que la gente se imaginara algo a pesar de las apariencias, bello amigo, y se diera cuenta de la astucia. Si os abstenéis totalmente, y no venís a verme nunca más, ni a hablarme o a bromear y reír conmigo, la gente podría reflexionar y decir:

—Estos dos no se ven adrede, por eso no los vemos juntos.

Por otra parte, si nos viéramos demasiado, sería una locura, me parece, porque en cualquier asunto la moderación es esencial. Dejemos que la discreción oculte nuestros hechos, dulce amigo. Lo manejaremos bien, no temáis.

3808-3858

La dama se estaba esforzando inútilmente, y el joven estaba muy molesto. Pensó que si ahora pudiera escaparse de sus manos, no volvería a pisar la habitación en muchos meses, pero el azor que atrapa a un pato salvaje no lucha para sujetar a su presa cuando está hambriento, más de lo que lo hacía la reina con este joven; ni un pez cogido en el anzuelo hace más esfuerzos por escaparse, que los que hacía el muchacho que se encontraba apresado. No podía hacer nada por ella, y ella no podía dejar de amarle. Ni este muchacho, que era doncella, quería explicar su situación y revelar la verdad

acerca de su naturaleza, pues entonces perdería su herencia.

La frialdad del joven inquietaba mucho a la dama, y los locos deseos de la reina causaban grandes tribulaciones al joven: le molestaba y le angustiaba demasiado. Se retorció hasta que ella soltó la presa, y se levantó, pero la reina se agarró a él con firmeza, loca de deseo; gemía y suspiraba profundamente.

—¿Estáis haciéndoos el difícil? Si sabéis venderos con tanta habilidad, deberíais estar en el negocio de compra y venta. Es evidente que imitáis bien a un villano bajo y de mal origen. Sólo hice esto para poneros a prueba. ¡Mucho debería enojarme si fuese cierto! ¡Dios os dé malas pérdidas, pues os habríais comportado de otra manera si tal hubiera sido mi deseo, y nada más!

3859-3894

Entonces dejó libre al muchacho, y éste se escapó. A partir de ese momento la dama intrigaría y trataría de destruirlo. ¡Que Dios le mande algún mal! Antes, lo amaba más que a nadie, ahora lo odia más allá de toda medida, porque una mujer no se cansa nunca de cambiar de sentimientos. Puede odiar al hombre que más ama, tenga razón para ello o no.

La mujer se atreve con mucha facilidad a enamorarse apasionadamente de un hombre. Aunque nunca lo deje, por temor a las habladurías, su amor no tiene constancia; es más bien irracional e inconstante; odia y ama con mucha facilidad. Si comienza a encontrar defectos al que más ama en el mundo, empieza a odiarlo con tanta saña como si hubiese matado a toda su familia. La menor crítica le hace olvidar todo el bien que puede haber hecho por ella. Cuando la domina la cólera, hay en la mujer falta de toda moderación. Sin embargo, no hay una que ame demasiado: se cuidan mucho de hacerlo. Y añadiré algo más; tan pronto como siente odio hacia un hombre, lo odia profundamente.

3895-3924

La dama pensaba sin cesar en qué modo podría perjudicar al joven. Su corazón la aguijonaba: no le dolería si lo colgaban, pues esto es lo que ella deseaba. Luego, pensó:

—Si sintiera algo hacia las mujeres, nada le hubiera impedido gozar antes de mí. Si puedo, haré que quede deshonrado, y si no lo consigo, nunca más tendré un momento de paz. Me vengaré de su comportamiento insultante. Creo que es afeminado, porque no siente ninguna atracción hacia una mujer. Cuando le mostré mi cuerpo bien proporcionado, me dijo: «¡Por Dios, parad!» ¿No es eso prueba definitiva de que odia y desprecia a las mujeres? Afirma ser vasallo leal del rey, pero no le pertenece más a él que a mí. No me abandonó por estar emparentado con el rey, sino porque tiene otro pensamiento en el pecho. Silence es muy amable con los muchachos y adora su compañía: es afeminado, estoy segura, y lo he descubierto al intentar darle mi amor. Quiero verlo humillado.

El rey regresó de la caza, y anunciaron su llegada haciendo sonar el cuerno. Esa noche, la corte tuvo una alegre velada, todos disfrutaron, excepto la dama que era reina y el joven que era doncella.

3925-3954

La reina estaba enfurecida y tramaba cómo deshonrarle. Esto ponía a Silence en gran estado de tensión, porque no sabía cómo conseguir su benevolencia. Ella sabe que tras escapársele no lo podrá volver a atrapar en la habitación, pues ya está prevenido. Pero para su gran desventura, volverá a entrar, aunque ahora afirme y jure que ni por un cesto lleno de dinero volvería a hacerlo en un mes. Cuando pasaba por allí, nunca entraba. Se quedaba siempre un poco detrás de la reina, llegaba hasta la puerta y luego daba media vuelta. Esto hacía que la dama se sintiera desgraciada y humillada: pensaba que pronto se vengaría o dejaría de considerarse reina y señora. El corazón le abrasaba, estaba en ascuas.

3955-3976

La dama estaba invadida por una terrible rabia. Escuchad ahora cuáles eran sus intenciones. Fingiría ser amable con el joven para atraerlo a su habitación de nuevo, y una vez que hubiera caído en la trampa, y antes de que pudiera escapar, haría lo que ella deseaba, o lo lamentaría para siempre.

Silence resistió durante cinco meses sin entrar en la habitación de la reina, y ésta no se lo tomó a la ligera. Un día, cuando encontró la oportunidad, le habló con palabras llenas de falsedad, ¡y qué bien lo hizo!

—Silence, os he puesto a prueba y he visto que sois digno de confianza. Os digo esto de mi parte y de parte de mi señor el rey. ¿No recordáis que bromeé con vos en mi alcoba y os supliqué que me amarais como un amante, y vos protestasteis con indignación? Desde entonces tuve la seguridad de que erais leal hasta el final, pero, ¿sabéis por qué lo hice? El rey, mi señor, desde hace un año me pide que lo haga: me ha rogado repetidas veces que ponga a prueba al joven más leal, y que luego le cuente los resultados. Como Dios es mi testigo, no sabía qué decirle, y todos los días venía a mí con esta petición. Os vi como un simple muchacho, con la apariencia de ser digno de confianza, y me fue evidente, amigo, que había más lealtad en vos que en cualquier otro joven de este reino. Me pregunté si estaba equivocada, pero ahora sé muy bien la verdad, y aunque en realidad no sé por qué el rey mi señor me ha pedido esto, sí que estoy segura de que tiene algún premio reservado para el que le sea más leal. Y seréis vos, es lo justo.

—Señora, ¿no era más que una prueba?

—Por supuesto, ¡que Dios me salve del mal!

El joven le dio las gracias haciendo una inclinación.

3977-4026

Ahora la reina tenía ocasión de deshonrar al inocente muchacho, pues el joven volvía a ser su servidor, se acercaba a ella e iba a su habitación como solía hacer antes. Un día, sucedió que el rey quería ir de caza, como

hacía frecuentemente. Oíd qué miserable trampa le estaba preparando la reina al joven. ¡Que Nuestro Señor le ayude!

El rey se había ido de caza. Silence había bajado con la reina los escalones que conducían a la habitación de suelo empedrado. Ella se apresuró a cerrar la puerta con llave, y el joven, muy sorprendido, corrió a abrirla, pero la reina lo sujetó por la cintura y le dijo:

—¿A dónde queréis ir ahora?

—Quiero salir, mi señora.

—Todavía no. ¿Por qué tomas esta actitud? Durante mucho tiempo te he amado, y tú me has insultado gravemente. Yo te alenté mucho, y tú me has rechazado de continuo. No hace demasiado tiempo te revelé mi amor, y te negaste a recibirlo. Ni siquiera me escuchaste y te apartaste de mí. No te has dignado en volver por aquí; no sé cómo mantenerte a mi lado, pero con mi astucia he logrado que vuelvas de nuevo, por Dios. Por el derecho de posesión que tengo sobre ti, te ordeno que tomes mi hermoso cuerpo aquí mismo; actuemos como amantes.

—Mi reina, no haré tal cosa. Por la fe que os debo, vuestro esposo no será deshonrado por mí. ¡No, no, por Dios celestial!

—¿Cómo? ¿Es tu última palabra?

—Sí, por el Dios que me creó. Ya os he dicho lo que siento.

La dama vio que el joven se le había negado de nuevo; temía que pudiera acusarla ante el rey y decir que no le había hecho caso porque la despreciaba, y por tanto, procuró volver la situación en su propio beneficio. Comenzó a tirarse del pelo, como si estuviera bajo el poder del diablo; se golpeó la nariz con los puños, hasta que la sangre la cubrió; lloraba sin hacer ruido y sin gritar, porque quería mantener ese comportamiento hasta que regresara el rey de cazar. Sólo quería que lo supiera él. Pisoteó su tocado y siguió

sujetando firmemente al desafortunado muchacho:

—¡Hijo de canalla, loco! ¡Maldito seas hoy! ¡Hijo de un desvergonzado villano! El rey no desea compartir a su mujer de este modo; sería muy malvada y cobarde si no te hiciera desollar vivo por haber querido violarme así. ¿Me tomas por mentirosa? Si Dios quiere, seré vengada tan pronto como llegue el rey y me dé el derecho de ocuparme de ti.

4027-4096

La reina hacía un gran planto, sudaba con angustia y se retorcía las manos, gemía y se estremecía, llorando amargamente. El rey Ebain llegó entonces; desmontó bajo un árbol, en una grada de mármol, y subió a la puerta de su habitación que estaba revestida de madera.

—¡Abrid! —dijo— ¿Hay alguien dentro?

—Sí, una que ha sido afrentada gravemente. Mi buen señor, hay alguien aquí dentro que desea vuestra presencia y que tiene gran necesidad de vos. Alguien que no quisiera estar aquí ni por una medida llena de finos besantes.

La reina hizo la labor de portera: abrió la puerta y entró el rey; luego, cerró y le siguió hacia dentro. El rey vio a su esposa completamente ensangrentada y con aspecto de haber sufrido mucho: se había arrancado los cabellos y arañado el rostro. En realidad no parecía broma, ni provocaba risa.

—Bella, ¿quién os ha hecho esto?

—Señor, os lo diré todo. Véis frente a vos a quien me ha hecho este agravio. Pensó que había encontrado en mí a una loca que lo igualara, y me ha puesto a prueba varias veces. Yo pensaba que lo hacía por divertirse, pero hoy, cuando os fuisteis a cazar, encontró el momento oportuno, subió la escalera, entró en la habitación y cerró la puerta. Señor, mirad lo que me ha hecho desde ese momento. Silence lo ha hecho, señor, en su locura y demencia; no olvidaré nunca su temeridad; os lo contaré todo. Señor, después de golpearme y de dejarme en

este estado, después de destrozar mi toca y después de comprobar mi castidad, me suplicó que le perdonara por tan vil y miserable locura, y que le permitiera ir. Pero yo no he dejado que se marchara, pues rebajaría vuestro honor al hacerlo. Señor, para impedir que la gente vuelva a cometer un ultraje y una afrenta semejantes, vengaos de este hombre de inmediato, con un castigo ejemplar, y no demoréis tanto su escarmiento como para esperar a un juicio.

4097-4148

El rey estaba tan afligido que no podía pronunciar palabra sin poner los ojos en blanco. La reina se arrodilló a sus pies y lloró y gritó porque tardaba en cumplir su venganza. Quería engañarle con sus lágrimas, para que creyese que ella era inocente, porque la mujer utiliza el llanto con astucia cuando quiere satisfacer su maldad.

El muchacho estaba muy acongojado; no sabía qué hacer, sólo pensaba que se moriría del disgusto. La reina, por su parte, se retorcía en la agonía que mostraba. Él sufría al ver el odio que la reina sentía hacia él.

—Está haciendo mal —decía el joven en voz baja, entre dientes—, pero haga lo que haga, es mi señora; no debo culparla de ningún modo. Incluso si le dijera la verdad al rey, no me creería, a menos que supiera mi verdadera naturaleza. Entonces perdería mi secreto, el honor de mi padre y mi herencia. Estoy segura de que la reina sería castigada y deshonrada.

Ciertamente, —continuaba el muchacho— haga lo que haga, aunque me busque el odio del rey Ebain, no haré nada que pueda perjudicar a la reina, a no ser que me encuentre en situación de gran necesidad. Dios, que todo lo sabe, me puede proteger, pues a quien Él ayuda, sale adelante.

La reina estaba terriblemente encolerizada. Debéis daros cuenta de que estaba muy enojada porque el joven aún no había sido quemado y convertido en cenizas, o ahorcado a la fuerza. Pero el rey era un hombre

bueno, sensato y moderado en su naturaleza: siempre escogía con acierto el menor entre dos males. Pensó que si no se vengaba, no haría justicia; sin embargo, le parecía aún peor deshonrar a este muchacho, porque él mismo quedaría deshonrado si la vergonzosa noticia —que todavía no se sabía—, se difundía. Por todo esto, prefería hacer una justicia clemente a llevar a cabo un castigo ejemplar.

Cada hombre debe luchar y hacer lo mejor para salvaguardar su honra; y si ve que ha de escoger entre dos males, debe usar su inteligencia para discernir y tomar el menor. Un hombre no debe dejarse vencer por un agravio que le hayan hecho. ¿Quién le respetaría si se envileciera? A través de su locura, uno podría destruirse y decir cosas que le harían parecer de menos seso que un niño. Nadie puede vivir en este mundo y gozar de la libertad por mucho tiempo, pues siempre aparece algún obstáculo. ¿Es ésa razón suficiente para gritar y llorar cada vez que algo vaya mal? Si lo hace, lo oirán los enemigos, se mofarán y se burlarán de él. El rey se daba cuenta de esto, y no era propenso a la ira, como los irlandeses, que exageran todo cuanto les aflige. Hizo que se llevaran al muchacho y a continuación le dijo a la dama:

4149-4225

—Bella amiga, creedme, hablaremos del asunto y tomaremos una decisión.

—¿Qué, por qué no mandáis que lo cuelguen?

—¡Oh! No va a sufrir tal tortura.

—¿Y qué queréis hacerle si no, señor? ¿Quemarlo vivo? ¿Lo arrastrarán los caballos?

—Ninguna de las dos cosas, amada; a menudo hay que obrar contra la propia voluntad. El joven viene de una familia muy noble, y es hijo de un hombre muy importante. Veamos la situación: lo que hizo, se debe a su juventud, y vos sabéis muy bien que si hago que lo quemen o lo cuelguen, la gente creería que lo encontré

con vos en la habitación y lo descubrí *in fraganti;* por Dios, éste es un asunto tan delicado que cuanto más se mueve, más sórdido se vuelve. Recurramos más bien a un embuste. Mi dulce amiga, pensemos que todo no ha sido más que un sueño: nada sucedió en la realidad, no ha pasado nada, olvidadlo.

La dama quedó extremadamente contrariada, pero no se atrevía a discutir las decisiones del rey. Escuchad ahora lo que le dijo su señor:

—Estáis disgustada, y yo lo estoy todavía más, pero oíd: enviaré a Silence como mensajero al rey de Francia, que es señor mío y yo soy su vasallo. Cuando haya leído mi mensaje, os aseguro, por Dios, que no dejará de hacer lo que diga la carta, ni aún a cambio de todas las riquezas de Montmartre. Querida, seréis bien vengada.

El rey la había halagado mucho porque deseaba quitarle a Silence de las manos. Ni estaba loco, ni era lo bastante ruin como para destruir al muchacho por la furia de la reina, a pesar de lo que ella pudiera decirle. Sin embargo, no quería condenar sus palabras, porque cuando una mujer desea la venganza es muy astuta y demasiado rencorosa y esto lo sabía el rey. Cuando se le ordena guardar silencio, más se esfuerza en hacer ruido. Por todo esto, el rey quería apaciguarla permitiéndole que continuara desahogando su rabia, pero sus tentativas fueron vanas, porque la reina era tan astuta como una zorra, y tenía la intención de apoderarse del mensaje que el rey iba a enviar sellado con cera. Ella misma pensaba escribir una carta que debía causar grandes pesares al muchacho.

4226-4280

—Dulce amiga —le dijo el rey—, ¡animaos!

—Señor, así lo haré, de todo corazón.

—Será necesario que mientras tanto, amada, conservéis las apariencias y que ocultéis la conducta de este joven. Lo enviaremos al otro lado del mar, al rey que me quiere, el rey de Francia, mi leal amigo, en quien puedo

confiar —bien lo sabe Dios—, pues de él recibí a Inglaterra como feudo. Mirad, haré escribir una carta en pergamino y haré que el muchacho se ponga en marcha.

A continuación, se dirigió al joven, le aseguró que no le ocurriría nada, y le indicó a dónde tenía que ir, qué debía hacer y cómo había de llevar la carta. Luego, llamó al canciller y le dijo:

—Amigo, escribidme una carta de inmediato. En ella, enviad quinientos saludos a mi señor, el rey de Francia, en quien tengo mucha confianza. Escribid que le ruego y le solicito, como vasallo suyo que soy, que reciba bien a Silence y lo haga miembro de su mesnada. Puede armarlo caballero cuando lo desee, y cuando el momento y la ocasión lo requieran. Cuando yo se lo indique, que lo haga regresar, y mientras tanto, que lo mantenga a su lado.

Tales fueron las palabras del rey. Después se marchó y el canciller se dispuso a escribir.

4281-4314

Encerrada en su alcoba, la reina había escrito algo en una carta que, si Dios no lo impedía, haría mucho daño a Silence. Nunca oísteis mayor crueldad. Usando el nombre de su señor, el rey Ebain, le había escrito al rey de Francia una carta diciéndole que hiciera decapitar al portador del mensaje y que por ningún motivo debía dejarlo con vida, porque le había causado tal vergüenza que no quería ni hablar de ello. El joven era de linaje muy noble y, por eso, le había ordenado que llevara el mensaje. El rey no se atrevía a ejecutarlo porque era persona de suma importancia.

Esta era la carta que escribió la reina.

—Peor para el joven que me rechazó, ¡por mi cabeza!

Dobló la carta y, ocultándola en la mano, fue al canciller, que ya había terminado de escribir la misiva del rey Ebain.

—Amigo —le dijo—, ¿qué estás haciendo?

—Señora —le contesto—, os lo voy a decir: Silence es enviado por el rey a Francia, para que allí aprenda las costumbres y un comportamiento cortés.

—Me entristecerá —dijo la dama, llena de maldad— si parte.

—Por supuesto. También me entristecerá a mí, señora.

—Creo que es una broma.

—Por Dios, mi reina, no lo es, y debe llevar estas cartas.

—Amigo creo no lo hará. No pienso que se vaya como habéis dicho.

El canciller le enseñó la carta, para que comprobara la verdad de cuanto había dicho, y añadió:

—Comprobad vos misma las palabras del mensaje, ya que ponéis en duda lo que os digo.

La reina no necesitaba preguntar más. Ahora tenía la carta en su poder; se apresuró a mirarla. No quería tenerla en las manos durante mucho tiempo, así que desdobló el pergamino rápidamente, lo miró y lo volvió a cerrar de inmediato. Lo guardó y le entregó al canciller la carta falsa, sin que éste se diera cuenta. El hombre la selló de buena fe. De tal modo lo había engañado la reina, que no se dio cuenta de que la carta sellada no era la misma que él había escrito.

El canciller no se entretuvo más; fue al rey, le dio la misiva y éste se la entregó al joven que —si Dios no le ayudaba— le llevaría a su perdición. El rey hizo que le prepararan bien, y el muchacho no se entretuvo por más tiempo; tomó el arpa y la vihuela y salió por la puerta llorando. Bien debía llorar y lamentarse, pues llevaba su propia sentencia de muerte sellada con cera; sólo Dios —que creó e hizo el mundo con todo lo que contiene— lo podía impedir.

La mayor parte de la gente sentía gran pena porque se marchaba el doncel de Tintagel, que se había hecho querer por todos. Atravesó el mar tan pronto como pudo

y fue derecho a Francia. Sin dificultad encontró al rey. Cuando estuvo en su presencia le saludó con buenos modales, como persona criada:

4315-4384

—Señor, que Dios omnipotente, que siempre ha existido y siempre existirá, que tiene el mundo entero en su mano, os salve de parte del rey Ebain.

—Amigo —le respondió el rey—, que Dios le dé felicidad a mi vasallo.

Silence desdobló la carta sellada, se la dio al rey; éste rompió el sello y pidió que se la leyeran de inmediato. El canciller al que se la entregó no tardó en ver su contenido, y cuando vio la condena a muerte del joven, sintió tal pena que casi murió. El dolor lo torturaba, mientras que pensaba:

—¡Dios, qué criatura! Ha de venir de muy buena familia. ¡Qué gran pérdida para su familia, que le hayan mandado con tal mensaje! No quisiera estar obligado a leer la carta, ni aún por todas las riquezas de Montmartre. Si la leo en voz alta ahora, causará gran aflicción, porque matarán y ejecutarán al joven. La compasión me impulsa a mentirle al rey, pero el miedo no me lo consiente. Me da pena que muera y, por otro lado, temo que se salve por mí. Debo elegir entre dos males; tengo que determinar cuál de los dos es el menos grave. Si no leo el contenido de la carta, el rey ordenará que me decapiten; por lo tanto, me perjudica menos decir la verdad que sufrir martirio por este joven que acaba de llegar.

4385-4416

Los franceses se habían prendado de la hermosura del joven.

—Amigo —le dijo el rey—, hermano, decidme, ¿quién es vuestro padre?

—Señor, el conde Cador de Cornualles, bien lo sabe Dios, es mi padre.

Entonces el rey le dio un abrazo y le besó con tanta fuerza que casi se le olvidó la carta, pues sobre todo

quería estar con el joven y oír nuevas del rey Ebain. Un poco más tarde ordenó al canciller que leyera la carta:

—De todo corazón, señor —le contestó éste—. Me pedís que lea la carta y lo voy a hacer; pero me cuesta un gran esfuerzo, buen señor. Pero no debo esconderos nada, señor, en contra de vuestra voluntad y vuestros hombres, vuestros parientes y vuestros amigos. El rey Ebain os ha enviado este joven, al que acabáis de abrazar, para que lo matéis. Lo ha enviado como mensajero, señor, para deshonrarlo y destruirlo. ¡Dios, en qué mala hora nació esta criatura! La carta dice que le ha causado tal afrenta al rey que ni siquiera se atreve a contarla. Confía en que vos podáis vengarlo si su honor os importa y no queréis que lo pierda o se rebaje. Es un joven muy distinguido y por eso lo envió con una misiva para vos, y por ser de alto linaje, el rey no quiere destruirlo personalmente. He sido muy cruel al hablaros así, pero por la fidelidad que os debo no puedo mentiros por nada.

El rey inclinó la cabeza. Sintió tal dolor que no pudo pronunciar palabra en un buen rato: nunca antes había sentido tal tristeza.

4417-4458

—Tengo una gran angustia —dijo el rey—, no sé qué hacer, pues el hombre que más quiero en el mundo me envía esta queja. Creo que hace mal: no comprendo por qué me pide y ruega que le vengue por los muchos servicios que me ha hecho. Me equivoqué y me engañé al recibir tan afectuosamente al muchacho. Su hermoso semblante me conmovió hasta el punto de que lo abracé y besé. ¿Quién iba a pensar que lo enviaban para que le diera muerte? Si soy justo, no puedo hacerle daño, ni tampoco puedo dejar de hacer un favor al rey que siempre me ha servido con tanta lealtad. Si le fallo en este momento en que me necesita, podrá decir que soy el peor hombre del mundo, puesto que no puede encontrar ayuda en mí ni por amabilidad ni como acto de nobleza. Si le doy muerte al muchacho, habré cometido

un gran daño y un pecado. El mundo entero tendrá derecho a odiarme si le traiciono ahora. Le besé, sí, es verdad. ¿Quién podría volver a creerme? Nadie deseará volver a verme. El beso significa paz y no puedo deshacerlo o volverme atrás sin degradarme. No sé qué hacer ante esta duda que me acongoja, ante esta angustia.

Entonces llamó el rey a tres condes para exponerles lo ocurrido. Alguien me contó quiénes eran: uno de ellos tiene el condado de Blois; el otro era señor de Nevers; el tercero, era de Clermont, según oí decir.

4459-4498

El rey no les dijo nada más que unas pocas palabras:

—Señores, vasallos, parientes, amigos: el rey Ebain me ha enviado este mensajero. ¿Sabéis por qué? Me lo ha mandado para que le dé muerte, pues este joven, que ignora su propio destino, le ha hecho un gran agravio al rey Ebain, una afrenta tan vergonzosa —según dice la carta— que no se atreve a ponerlo por escrito. Sabéis que Ebain ha sido mi vasallo leal y que le estimo más que a ninguno otro. Todos vosotros conocéis la amistad que creció entre nosotros. Él me ha prestado ya varios servicios, y ahora pone mi lealtad a prueba. Por todo lo que le debo, quiere que le recompense decapitando a este muchacho. Pero por otra parte, habéis visto con toda claridad cómo lo he saludado: no se debe traicionar a alguien a quien se ha besado. Señores, no sé qué hacer, pues no me esperaba que el mensaje contuviera tales ruegos. Por Dios, ¿qué debo hacer? De acuerdo con mi obligación para con el rey y por el beso que de buena fe le he dado a este joven, considerad el modo mejor de comportarme, o el que me permita salir más airoso de esta situación.

—Así lo haremos —le contestaron los condes—. Mientras tanto, regresad con vuestros nobles, señor, pues tendremos que hablar durante mucho tiempo.

4499-4530

El rey salió y los tres consejeros se quedaron. Cada uno estuvo pensando qué era lo mejor. El conde de Blois era el más anciano y por eso le concedieron la oportunidad de hablar el primero, como era razonable:

—Señores, ¿queréis que hable?

—Sí, señor.

—Entonces, lo haré con gusto. Comprended esto: si me equivoco debéis corregirme, porque aquí no estoy pronunciando sentencia, más bien estoy intentando encontrar solución a este asunto que nos ha planteado el rey, nuestro señor. Su amigo, el rey Ebain de Inglaterra, le ha pedido mediante una carta sellada con su sello, que le corte la cabeza al muchacho. Sabéis, por Dios, que el rey Ebain nunca le había pedido nada a nuestro rey. Creo que no lo hubiera hecho si hubiera podido evitarlo y si no estuviera sumamente preocupado en este momento. Los amigos verdaderos se reconocen en los momentos de apuro. El rey Ebain se ha esforzado por mi señor más que nadie. Los servicios se prestan a cambio de servicios, con más facilidad que con amenazas, y un buen servicio se merece otro. Sabéis muy bien a lo que equivale: quien honra a mi amigo, me honra a mí también; quien le afrenta, me afrenta a mí también; quien daña a mi amigo no tiene en cuenta mi poder. La carta atestigua que el muchacho hizo tal daño al rey que prefiere no decírnoslo; por lo tanto, ha deshonrado también a nuestro señor. Toda ofensa ha de ser vengada, y el honor de un amigo debe ser defendido. Este joven ha caído en una trampa de la que no veo cómo puede escapar; pero no se le puede hacer ningún daño durante la próxima cuarentena; en cuarenta días, no más, debe tener paz por el beso que le ha dado el rey, pues el beso le garantiza la paz al menos por cuarenta días. Nuestro rey debe esperar todo ese tiempo y, si después hace que lo cuelguen o que arda en una hoguera, no se le podrá censurar. Éste es el mejor consejo que se me ocurre.

4531-4581

El conde de Clermont se encolerizó. Tenía un bastón corto en la mano, no cesaba de hablar entre dientes y apenas podía pronunciar palabra del enojo que sentía por lo que acababa de oír, pero refrenó su ira, como hombre sensato que era, y empezó a hablar despacio. No quería ni contradecir, ni asentir de inmediato a lo que el primer conde había propuesto, pues el que trata de acabar desde el primer momento con su contrario, sólo está echando leña al fuego. El que hace eso perjudica a su propia causa, y haría mejor si al principio diera la apariencia de estar de acuerdo con todo, y así ablandaría a su adversario. Esto es lo que hizo el conde de Clermont. Nunca hubo hombre más moderado. Accedió a todas las sugerencias del conde de Blois para que éste, a su vez, aceptara las suyas. Y sin embargo, sabía muy bien que el conde había hablado con mala intención.

—Yo sé —comenzó a decir— que el conde de Blois ha hablado con sensatez. Ninguno de los otros podemos hablar con tan gran saber; mucho se debe odiar a quien ha pretendido traicionar a su señor. Sin embargo, el rey no sabía lo que estaba haciendo cuando envió al muchacho: su gesto le dio la libertad al joven. Ahora el rey, mi señor, lo ha recibido besándolo, y no puede hacer nada que le dañe por ningún motivo, mientras esté en la corte. Nosotros, que somos tan leales condes, no debemos tolerar la deshonra de nuestro señor. Si el rey Ebain hubiera sido nuestro padre, y si el muchacho le hubiera dado la muerte a un hermano nuestro, no deberíamos aconsejar, ni siquiera a nuestro rey, que lo desterrara. No hay mayor lealtad en el mundo que la de salvaguardar el honor de su señor. Es deber del señor comportarse con rectitud hacia sus hombres. Es el responsable en lo que a su parte toca, nosotros, respondemos de la nuestra. Señores, ¿qué decís?

4582-4628

Cuando lo oyó el conde de Nevers, lo miró con enfado:

—Conde de Clermont, ¿qué estáis diciendo? ¿Vamos a dejar que se vaya libre? Cuidad vuestras palabras, ¿no está escrito en la carta que le causó tal afrenta al rey, que no quiere contársela a nadie? Por lo tanto, deshonró a mi señor, si lo que dice la carta es cierto. No veo por qué vamos a permitir a este joven que se vaya en completa libertad; sin embargo, no se le debe hacer ningún daño, ni perjudicarle de ningún modo durante la primera cuarentena. Cuando haya pasado el plazo, el rey podrá enviar al muchacho a que lo mate uno de sus amigos que viva lejos. El rey Ebain, que nos lo hizo llegar porque pertenece a un importante y noble linaje, no quiere ejecutarlo para evitar vergüenza pública.

4629-4648

El conde de Clermont respondió entonces:

—Conde de Nevers, eso no puede ser. ¿Aconsejaríais al rey que se degradara en provecho ajeno? Lo que el rey de Inglaterra no se atrevió a hacer por vergüenza, tampoco lo debe hacer el rey de Francia. ¿Por qué va a envilecerse? Si el rey Ebain se queja de haber hecho grandes gastos por nuestro rey, dispongamos que se le devuelva lo suyo. La mejor solución que se me ocurre es que de ahora en adelante se le devuelva el dinero doblado: dos marcos por cada uno recibido. Es mejor eso a que el rey de Francia tenga que cometer un acto deshonroso por él. Más vale dar sin regateos que cambiar la honra por dinero. Algunos pierden bienes y los recuperan más tarde, pero no veo de qué modo se puede recuperar la honra que se ha perdido obrando mal. Del mismo modo que la plata vale menos que el oro, el honor vale más que todas las riquezas, y aunque mi señor no hubiera besado al joven, no podría hacer que lo mataran, ya que vino aquí como mensajero. En mi opinión, el rey Ebain se equivocó. Perdió su derecho a la cabeza del muchacho al enviarle con una carta al rey de Francia, para que éste lo matara. ¿No habéis oído decir, además, que no se puede juzgar si no se conocen los

hechos de antemano? El hombre es juzgado por sus hechos, como es cosa sabida. Es evidente que el rey, mi señor, debe salvar al muchacho: ésta es la mejor solución que se puede ofrecer. Que salve al joven porque lo besó de buena fe. El rey debe advertirle que se ha vuelto enemigo. He explicado este asunto según lo veo, no pienso decir más, con el debido respeto. ¿Estáis de acuerdo con mis palabras?

—Sí lo estamos, señor. Pero esperemos que el rey lo acepte.

Señor, yo no he dicho que el rey no pueda obrar según su voluntad y en contra de la mía. Incluso después de que yo le dé el mejor consejo que se me ocurra, él es libre de obrar según desee. ¿No es esto razón de más para darle un buen consejo, si lo solicita? Naturalmente, por mi fe. Si me lo ordena, es mi obligación darle consejo, y luego que obre según es digno de un rey. Aunque el diablo intentara volverme loco, seguiría revelándole mis pensamientos a mi señor, a quien he de servir, puesto que él mismo me lo ha pedido. Si yo le digo lo que considero que es la mejor solución, ¿qué culpa puedo tener si él elige la peor? Y aunque mi consejo no le gustara, no me desviaría del buen camino a ningún precio, mientras sea capaz de discernir. Llevemos aparte al rey y digámosle a qué conclusión hemos llegado.

Así, se retiraron con el rey, y el que había dado el mejor consejo, el conde de Clermont, dijo:

4649-4717

—Señor, prestadnos atención, por favor. Hemos seguido vuestras órdenes lo mejor que hemos podido. Los tres sabemos muy bien que si tuvierais algo que el rey Ebain deseara, y si él os lo hubiera hecho saber, aunque valiera más de mil marcos, se lo daríais, sin que se os ocurriera negárselo. Pero no debéis caer en la deshonra por nadie del mundo. A pesar de todo lo que el rey de Inglaterra ha hecho por vos, y de cuanto os ha ayudado, no podríais permitir, señor, que alguien pudiera decir

que no tenéis honra. Aunque un hombre tuviera toda la riqueza del mundo, en modo alguno podría vivir más que otro; por eso, nadie debe renunciar a la honra a cambio de riquezas. Quien por riquezas pierde el honor, no obra sabiamente, por más que necesite el dinero: la riqueza sin honra luce menos que un cirio sin llama. Por nada que ninguno de nosotros diga, buen señor, no podéis causarle al mensajero el daño que se pide en la carta. Y aún más, bien sabéis que como le habéis besado, aunque hubiera sido un ladrón, descubierto y juzgado, tampoco podríais darle muerte. Habéis de saber que el asunto es muy serio; no se debe matar a un hombre sin conocer su culpa, porque un veredicto justo se basa en el perfecto conocimiento de los hechos. Oídme, señor, debéis amar sinceramente a vuestro amigo el rey de Inglaterra, pero debéis odiar su insensatez. Por supuesto, no os niego el derecho a cumplir esta extraña solicitud, si vuestro corazón os aconseja en ese sentido. Nadie envió jamás un mensaje semejante.

—Entonces —preguntó el rey—, ¿qué es lo que me aconsejáis que haga? Como sois leales y me habéis hablado con prudencia, no quiero cometer un crimen, pero temo que el rey de Inglaterra me acuse de villanía. Por tanto os pido que me aconsejéis.

4718-4770

El conde de Clermont tomó la palabra y se dirigió al rey, diciéndole:

—Señor, si lo deseáis, permitidme que hable. Teméis cometer una villanía con el rey de Inglaterra en este asunto, pero quien quisiera defender vuestra actitud, podría hallar que el rey Ebain ha cometido mayor villanía que vos, ya que os ha pedido que cometáis esa traición. Aceptad tal crimen, señor, es vergonzoso; por el contrario, es honroso negarse.

4771-4780

—Si tengo —continuó— un buen amigo, le debo honor y él me lo debe a mí. No es vasallo mío, ni yo soy

vasallo suyo: sólo honores, servicios y riquezas nos hacen unirnos y someternos en amistad. Pero si él me pidiera algo que él mismo viera que me podría causar afrenta, esto haría que terminara nuestra amistad. Yo, por salvarlo a él no querría cambiar mi honor por su riqueza, y en este caso, no valoro su afecto en dos endrinas, porque es como miel sobre espinos. Como quiere avergonzarme, sus favores son como los de un enemigo: a no ser por el bien que me hizo en el pasado y por los lazos de amistad que nos unieron, lo debería odiar como a quien busca mi afrenta, pero lo salvo sólo en recuerdo de lo que fue. Ahora ya os lo he dicho todo. Ni he de quererle, ni le odiaré, a menos que empiece a atacarme, pero si me deshonra y me pide más de lo que debe, le heriré, puesto que él me hiere. Un hombre al que no le debo homenaje, y que por arrogancia me pidiera cometer un acto vergonzoso, me dolería mucho, pero lo tendría que hacer. Si fuera mi señor no le podría negar fácilmente una petición, incluso si me amenazara la deshonra, debido al amor que le debo; y si me enviase a un lugar vergonzoso, no me sentiría avergonzado, pues ¿no me la ha quitado mi señor, a quien he de servir incondicionalmente? Así como él recibe las alabanzas por las hazañas que realizan sus hombres, del mismo modo, si me obliga a ir a un lugar vergonzoso, la afrenta debe ser para él, que me ha llevado como vasallo suyo. Pero si me pide que cometa un acto demasiado deshonroso, bien podría yo abandonar su vasallaje; es más, puedo y debo abandonarlo, si también amo el honor y la fidelidad, y si quiero a Dios más que a mis posesiones, por mi cabeza que debo dejarlo todo antes de hacer una cosa por la que me odiarían Dios y los hombres. Quien convoca a un hombre para que cometa hechos dignos de vergüenza, está haciendo un gran daño. El rey Ebain es vasallo vuestro, señor; por lo tanto, Dios Nuestro Señor me hace que lo ame ahora menos que antes, pues ha cometido este acto ultrajante y lleno de orgullo. Sin

embargo, pienso que el rey es tan sensato que no creo que sea capaz de tal injusticia. Hasta ahora, él nunca hubiera pensado en tal exceso; por mi cabeza, no creo que la carta que nos ha llegado sea suya.

—¿Quién podría haberla enviado entonces, señor conde?

—Podría ser, señor, que uno de sus hombres le haya cambiado el sello, acuciado por el deseo de quitarle la vida al muchacho, porque lo odie a él o a su familia. Pero ahora, enviad un mensajero con una carta vuestra dirigida personalmente al rey Ebain; advertirle que no sabía bien lo que hacía cuando os envió a este joven, y que vos no recomendáis que Silence pierda la vida o algún miembro. También debéis sellar con cera la carta que el joven trajo aquí, señor; enviadle al rey de Inglaterra vuestra carta y devolvedle a la vez la suya, diciéndole que ha dañado su propia reputación al escribir tal cosa a un hombre de vuestra categoría. Nunca habéis descuidado vuestra valía ni vuestra reputación dándole una importancia secundaria al honor: os ha costado demasiado en el pasado como para perderlo de este modo. Quien busca honor y reputación, hace mal si los pierde por una nimiedad. Su petición es un ultraje demasiado grande. Señor, ¿por qué no enviáis este mensaje? Mientras tanto, que el muchacho permanezca con vos; honradle y tratadlo bien, sin que sepa nada de este asunto; hasta que vuelva vuestro mensajero, es mejor ocultarle los hechos.

Llamaron al canciller, que escribió la carta en pergamino, tal como había aconsejado el conde. Añadió la carta falsa y puso el sello de cera a la misiva.

4781-4878

El rey le confió las cartas al más sensato de la corte, y el muchacho viajó sin desviarse hasta que llegó a Inglaterra. No tenía que ir más allá de Southampton para encontrar al rey. Cuando llegó a donde él estaba, dijo que quería verlo en privado. Le dio las cartas y lo saludó

afectuosamente. Esta vez, las cartas no fueron cambiadas, pues el rey mismo rompió el sello y leyó el contenido de la misiva. Primero vio la carta larga y después la corta. La carta larga contenía una queja: el rey de Francia, su aliado ponía reparos al mensaje contenido en la carta breve. En ésta estaba escrita la muerte de Silence, que el rey de Francia debía haber llevado a cabo. Si todo Londres, sobre el Támesis, hubiera sido totalmente destruido o si se hubiese hundido en un abismo, el rey no hubiera sentido mayor dolor. Nunca había sufrido tan gran pesar. Estaba muy afligido de pensar que el rey de Francia le podía haber considerado capaz de semejante locura y de un comportamiento tan extraño. Enrojeció de aflicción, angustia y cólera. No sabía qué decir; quería esconder la misiva y no podía hacerlo. El canciller tenía que saber algo: él, que podía recibir tan gran castigo, tenía que revelarlo inmediatamente. Así son las cosas: tantos hombres quedan perjudicados por crímenes ajenos, por los pecados de otros, mientras que los que comienzan el daño se quedan sanos y salvos...

4879-4918

El rey llamó al canciller para darle la noticia. Los ojos se le ponían en blanco y le temblaba la cabeza de rabia.

—¿Reconocéis esta carta?, le preguntó. Ya la habéis visto —añadió luego severamente—, creo.

El canciller vio la misiva y le tembló el corazón.

—¿Qué pensáis?, le dijo el rey.

El canciller no sabía qué hacer, pues era difícil saber si le agradaría más al rey que hablara o que se mantuviera en silencio. Ni aun bajo amenaza de descuartizamiento podía recordar el origen de la carta que el rey tenía en las manos. Profundamente perturbado, le contestó:

—Amado señor, así me ayude Dios, nunca he visto esa carta, y pongo a Dios por testigo.

—¿Cómo? Sois culpable, clérigo falso, probado. ¿Negáis que el otro día os pedí que escribierais un

mensaje —cosa que hicisteis—, que me lo entregasteis en la mano y se lo di a Silence para que lo entregara lo más rápidamente posible?

—Señor, es verdad.

—Bien, pues si escribisteis la carta que me disteis, y que fue la que yo le di a Silence, entonces, vos escribisteis esta carta, porque ningún otro pudo sustituirla —por mi cabeza— después de que se la confié al muchacho. ¡En verdad has llevado mal este asunto!

El canciller no sabía qué decir. El rey, que estaba muy enfadado, hizo que lo encarcelaran. Quería acusarlo de traición, pues decía que por su culpa Silence casi había perdido la vida. Pero nadie en la corte del rey conocía la razón por la que el canciller estaba en la cárcel. En mala hora fue escrita aquella carta causante de sus aflicciones. Esto puede decirse tanto de Silence como del canciller, pero éste estaba ahora en peor situación y su suerte podía empeorar más todavía.

Silence ya no temía; se hallaba en Francia a gusto, satisfecho y completamente en paz. Allí todos lo querían y le honraban, y bendecían la hora en que había atravesado el mar, pues era cierto que se hacía querer por todos. Con su arpa y su vihuela, el muchacho, que era una hermosa doncella, servía bien al rey y a la reina. Sin embargo, ignoraba el secreto de la carta falsa que él mismo había llevado a toda prisa, ya que el rey de Francia le había hecho creer que le habían enviado con una recomendación para que lo educaran. No le habría dicho ninguna otra cosa por nada del mundo.

El canciller estaba encarcelado en Winchester. Sufría grandes tormentos y pensaba sin cesar, día y noche, de dónde había llegado la carta, y cómo la habían cambiado por la suya. No cesaba de darle vueltas al asunto, y así, al cabo de tres días se acordó de que la reina había tenido la carta en las manos.

4919-4987

—Sé que no la leyó de arriba abajo, ni siquiera pudo

leer la mitad. Por mi fe, cuando la dobló y la cerró tuvo cuidado de que yo no viera la escritura. Si de algún modo pudiera saber que estaba enfadada con el muchacho, bien podría estar seguro entonces de que no fue otro el que tuvo la carta entre manos. ¡Ay, qué pecado he cometido para ser traicionado así! Que yo sepa, nunca le tuvo aversión, sino más bien —a mi parecer— le mostraba mucho más favor que a otros. Ningún hombre puede comprender la mente de una mujer que quiera ocultar algo o fingir. Con su bello semblante, la mujer le quita al mundo todo buen sentido. La razón de un hombre sensato es muy poco poderosa frente a las artimañas de una mujer falsa. Sospecho que no hay nada bueno en su bella sonrisa. Por tanto, me pregunto si la reina trató de hacer algún disparate con Silence y luego se enojó como para querer vengarse del joven. La mujer no tarda en ingeniárselas con disimulo. Emplea más astucia para dañar a un hombre que para enseñarle algo bueno. ¡Ay, tengo una terrible angustia! No sé de quién debo desconfiar, pero no veo como buen signo que mi señora se acercara tanto a mí, y cogiera la carta que yo acababa de escribir. Sólo de ella puedo desconfiar. ¡Por mi cabeza! Nunca antes había venido a leer mis cartas, ni a cogerlas. ¡Maldita sea la hora en que vino esta vez! La razón por la que la carta fue cambiada se ha de descubrir, si Dios quiere, porque Dios no es ni sordo ni mudo. Si es verdad, Dios, que lo ves todo, y que eres eterno, y que has de ayudar a los que te llaman de corazón, no permitas bajo ningún precio que por el pecado de otro me culpen injustamente de modo tan vil. Los viejos pecados que me agobian creo que van a acabar conmigo; son una fuente de constante vergüenza para mí, y mi deshonra queda de manifiesto. Confío en que el Señor, a quien nada se le puede esconder, garantice mi salvación.

Entonces llamó al carcelero y le dijo:

—Amigo, por la misericordia de Dios, dile inmediatamente al rey que estoy perdiendo la vida aquí. Me está

tratando con injusticia; haz que me permita hablar con él antes de morir. Pero por Dios, que no se enoje, no vaya a ser que no tenga compasión de mí.

El guardia se lo hizo saber al rey, y éste le concedió permiso para hablar. Cuando el prisionero fue ante el rey, estaba completamente confuso y no conseguía pronunciar una sola palabra; cayó a los pies del rey y se humilló como un necesitado.

—¡Piedad, señor! Nunca he tenido por costumbre sellar cartas falsas, señor.

—¿Cómo? ¿Vienes aquí a decirme eso? ¿No hay nada más?

—Señor, que Dios me guarde del mal. Quería venir a deciros esto y más. Que Dios me salve, pues en verdad no puedo saber con certeza el origen de esa carta; sin embargo, tengo un vago recuerdo, pero os temo tanto...

—Habla pronto, habla, habla.

4988-5068

—Señor, mi señora la reina vino a mí. No tengo idea de por qué, ni para qué; se acercó mucho a mí y cogió la carta, señor. Me la devolvió de inmediato, doblada y cerrada, y yo me apresuré a cerrarla. No puedo estar seguro, pero tampoco estoy completamente en la duda: mi señora no me permitió volver a ver la carta. Que me consuma un mal fuego por decir esto, ignoro si odia al muchacho, pero a mí me traicionó de mala manera. Así me ayude Dios, señor, no puedo daros otra explicación, y si me permitís probar mi inocencia, haré lo que queráis y lo que me digáis.

El rey, que no era ni loco ni tonto, tuvo buen cuidado de no hacer nada que pudiera dañar su reputación. Tampoco quería empezar algo que podría terminar mal. No deseaba venganza, pues esto sólo le traería deshonra. Pidió al canciller que ocultara el asunto, si quería salvar su vida: sabía muy bien que había sido la reina la que había escrito la carta falsa movida por el odio, y que no podía hacer nada, pues se volvería en afrenta para él.

Le ocultó su vergüenza al canciller, y le dijo que la carta venía de un conde que odiaba al muchacho y a su familia.

Le dio al mensajero del rey de Francia una carta que era mejor aún que la primera. Éste se despidió del rey Ebain y regresó lo más rápidamente que pudo. No se detuvo hasta que llego a París; halló al rey en un prado y le entregó la carta, dándole saludos de parte del rey de Inglaterra; luego le contó en secreto cómo había sido entregada la carta original, y que un mal conde traidor había sustituído la carta original porque sentía envidia del muchacho y quería acabar con su vida.

5069-5114

Al rey le resultó muy grata la noticia. En verdad se alegró mucho al oír la carta que le leyeron. Ahora deseaba que Silence permaneciera allí, pues se había comportado con gran nobleza, honradez, cortesía y amabilidad. Puedo deciros que sus compañeros no eran nada en comparación con él: su mérito los rebajaba a la vergüenza. Su reputación era tal que nadie hablaba de otros, sino exclusivamente de él. Las noticias de su éxito alegraban a sus amigos y afligían a sus enemigos.

A los diecisiete años y medio, el día de Pentecostés, le pesara a quien le pesase, el rey lo armó caballero, junto a otros diez, para honrarle. Cerca de San Germain des Prés podríais haber visto quiénes eran los que sobresalían al llevar armas, en el ataque y en el torneo, pues hubo numerosas justas organizadas en honor de Silence, que ganó el premio ese día, mientras que fueron muchos los que quedaron desarzonados.

5115-5144

En la liza Silence sobresalió tirando al muñeco que habían puesto como blanco entre dos hileras. Nunca una mujer fue menos reacia a armarse de tal modo. Quien la viera justar sin protección, con el escudo en el brazo izquierdo, y atacar con la lanza en el fieltro del arzón, podría decir que si se pudo enseñar a una tierna y

débil mujer con tanto éxito, Educación es más poderosa que Naturaleza. Más de un caballero desarzonado por Silence se hubiera avergonzado, si hubiera abatido a Silence —y, por tanto, descubierto la verdad—, al ver que una débil, tierna y delicada mujer, que llevaba ropas de hombre y que tenía semblante y porte masculinos, lo pudiera haber derribado con su lanza. Y, ¿sabéis lo que pienso? Que se han de gastar buenos modales porque refinan el comportamiento y le hacen llevar a uno una vida cortés: quien mantiene una vida sin reproches y rehúye la villanía, tiene buena educación, y si los que cometen actos deshonrosos todos los días, hubiesen probado y guardado la honra desde la infancia, no desearían la villanía. Los que se comportan con desvergüenza se limitan a poner en práctica lo que han aprendido. Silence no se arrepentía de su modo de vida, pues se encontraba muy a gusto. Era un caballero bueno y valiente: ni rey ni conde engendraron uno mejor. No puedo contaros ni la mitad de las hazañas que realizó; antes de que terminara el año, todos los del país lo consideraban un caballero ejemplar.

En esto, sucedió que estalló en Inglaterra una encarnizada guerra: hombres hostiles y ruines se rebelaban contra el rey por orgullo y desatino.

5145-5190

Habían llegado a muchas tierras las noticias de la buena reputación de Silence. Todos habían oído, o lo sabían por haberlo comprobado, que era valiente, sensato y atrevido. Cuando se enteró el rey Ebain, no permaneció en silencio, sino que le dijo a la reina:

—Dulce amada, escuchadme un momento. Tengo que pediros un favor.

—Os será concedido —le contestó la reina—. ¿De qué se trata?

—Si os lo digo, ¿me lo concederéis? —le preguntó el rey.

—Señor, os lo prometo.

—No os pido más. Ahora, por favor, no os ofendáis, mi dulce amiga, bella Eufeme. Quiero volver a tener a Silence aquí, pues me han informado de que no hay caballero en Francia que sea tan valiente como él con la espada y la lanza; ya podéis ver cuánto lo necesitamos.

Entonces se enteró la reina de las hazañas del joven, y supo que su cambio de cartas no le había causado ningún daño. Cuando se enteró de que estaba sano y salvo, se afligió tanto que apenas pudo contenerse; pero, por otra parte, seguía un poco enamorada de él por su noble naturaleza y por su gran reputación. Su amor no era más que una forma de odio. Como él se había negado a ser su amante, la reina no tendría reparos en acosarlo e intentar destruirlo cuando regresara a Inglaterra. Amar de este modo es muy amargo. Este amor es la amargura misma. ¡Maldito sea su comportamiento! Un amor como ése es, en realidad, odio: es traicionar y dar muerte a un hombre. Cuando una mala mujer quiere acabar con un hombre, el desmayo y las lágrimas son sus métodos; sin embargo, si un hombre no deseara su amor, no cejaría hasta hacerle daño. Una mujer falsa no ama, sólo engaña para alimentar su desatino. Se podría decir mucho sobre las mujeres falsas, pero me contendré, pues debo volver a mi historia.

—Señor —dijo la reina Eufeme—, si necesitáis que venga, no debéis pensar que le guardo rencor.

—Dulce amada, ahora habláis como mujer discreta.

—Señor, ¿pensáis que soy lo bastante insensata como para odiar a un hombre que os puede ayudar de algún modo? Si pudiera traerlo aquí sólo con desearlo, lo haría al instante.

Entonces, el rey hizo que sellaran una carta en la que enviaba saludos al rey de Francia, y le agradecía que hubiera honrado a Silence en recuerdo de su

amistad; pero ahora, le pedía que permitiera a Silence regresar de inmediato. Sus amigos tenían que ayudarle, pues los vecinos se le habían vuelto hostiles. Rodeado de enemigos, necesitaba ayuda con apremio, ya que sus agresores eran muy numerosos en esta cruel guerra.

El mensajero no tardó en salir de Inglaterra. Se apresuró a atravesar el mar y desembarcó en el puerto más cercano. Llegó a Mont Laon, en Francia, donde el rey tenía una gran fiesta, y ansioso de cumplir su misión, le presentó las cartas que traía del rey Ebain. Dijo lo que tenía que decir, el que debía leer la carta la leyó e informó al rey de que el rey de Inglaterra le pedía que permitiera a Silence regresar a su tierra, y que necesitaba, también, a otros caballeros, debido a una rebelión importante.

5191-5274

El rey de Francia le dijo a Silence que debía regresar. Éste se mostró ansioso por partir, y pronto estuvo dispuesto, con treinta caballeros más. Toda la corte estaba hundida en el dolor; lloraban desconsoladamente la marcha de Silence, al que tanto estimaban.

—¡Ay! —decían— ¿Véis lo que sucede cuando se recibe y se educa a un extranjero? Siempre ocurre lo mismo: parte cuando ya está crecido y educado.

Pero a Silence no lo pudo detener ni el amor ni el odio, y cabalgó hasta que llegó a orillas del mar. Al desembarcar en Inglaterra se dirigió directamente al campo de combate, en Chester. Fue rápidamente a unirse a las fuerzas del rey, llevando a su lado a todos sus compañeros. ¡Sería una gran desgracia para él! En ese momento empezarían sus dificultades.

Se había unido al rey con treinta hombres, y entró en lo más recio del combate. Fueron muy bienvenidos, y todos se alegraron de su presencia, como debía ser. No os podría contar la alegría que tuvieron.

5275-5298

Al tercer día, después de la llegada de los caballeros franceses, un poco antes del amanecer, el rey hizo que sus hombres se prepararan, porque quería atacar a un conde que le había afrentado, deshonrado y agraviado. El rey ya había vencido a otros tres condes rebeldes y había jurado que ahora se vengaría de éste o se vería desprovisto de todo cuanto poseía en el mundo.

El rey llegó a las tierras del conde que lo había afrentado y se dispuso a tomar su desquite. Él aguardaba a sus hombres en una pendiente de la montaña, y cuando bajaron, se armaron todos. ¡Muchos golpes se asestarían antes de la caída de la noche!

El conde, a quien atacaba el ejército del rey, había tomado Chester, pero lo habían reconquistado con grandes esfuerzos: hubo muchos heridos y muertos antes de que el conde se marchara de allí. Pero ahora el rey sabía que el conde tenía una fortaleza que no podían tomar fácilmente, a no ser por sorpresa, arriesgando perder a muchos caballeros.

5299-5326

Señores, el rey Ebain y sus hombres se estaban armando tanto en las montañas —que ya os he mencionado— como en el valle, porque estaba seguro de que el conde se enfrentaría con él en combate tan pronto como lo viera en su tierra.

Si os parece bien y si os divierte, os hablaré de Silence y de sus treinta franceses. Por encima de la túnica de seda acolchada, Silence se había puesto una loriga de fina malla que el rey de Francia le había prestado y que no se separaría de ella por nada del mundo. Era ligera y no podía romperse por nada. Le colocaron calzas de hierro tejidas con la misma malla. Sus espuelas, de la mejor calidad, eran de oro y muy valiosas. Después de ajustárselas, dos de sus mejores criados le pusieron la loriga; uno de ellos le tendió la cortante espada, y se la ciñó, y antes de partir, le cerraron la visera. Le enlazaron el yelmo: no había otro más valioso en el reino; tenía piedras preciosas engarzadas en el cerco de oro, y un carbunclo resplandeciente adornaba el nasal. Bien valía un tesoro. Se lo había regalado el rey de Francia, que a su vez lo había recibido de un tío suyo. ¡Que haya tenido mucho bien por dárselo a Silence! Le llevaron el caballo de combate; uno de sus mejores donceles se lo sujetó mientras le daba las riendas; el joven montó de un salto, sin agarrarse a la silla. Como entendido que era, tocó los flancos del caballo con sus espuelas de oro, y el animal dio un salto de catorce pies.

5327-5368

Los treinta franceses fueron tan rápidos como él o más, a la hora de armarse, y montaron: todos ellos habían jurado que no volverían a entrar en una iglesia si se comportaban con cobardía. Silence les dirigió la palabra como hombre prudente:

—Señores, habéis aceptado seguirme hasta aquí. Ahora quiero pediros que os comportéis de modo que nadie os pueda acusar de orgullo, exceso o desatino, a menos que lo digan por pura envidia. Soy vuestro y sois míos.

—Señor, todos somos uno, y nos enfrentaremos juntos al bien y al mal —le respondieron como leales compañeros.

5369-5386

Los franceses eran una tropa bien disciplinada y compuesta: se veía sin dificultad que habían sido enviados por un buen rey. Iban perfectamente guarnecidos: lorigas, relucientes yelmos y escudos hechos con oro español, que resplandecía por toda la llanura.

Os digo, escuchad bien, que el conde había huído de Chester, porque no estaba fortificada, y uno de sus hijos había perdido allí la vida: esto le pesaba y le hacía sufrir. Ahora había reunido más gente y había acumulado y almacenado provisiones. Había jurado ven-

garse del rey, que le había causado tan terrible pérdida. El conde tenía a su lado a mucha gente hostil al rey, y de su parte estaban también los otros tres condes, a quienes el rey Ebain ya había derrotado en otra ocasión. Todos ellos —ya os lo he dicho— eran los causantes de la guerra, porque tanto ellos tres como el conde de Chester querían usurparle el poder al rey, que no quería ceder en modo alguno. Sin embargo, ocurrió lo contrario de lo que pensaban, pues él fue el que les causó pérdidas. Ellos le amenazaban continuamente.

5387-5412

El conde se enteró de que el ejército del rey avanzaba hacia él cuando aún estaba bastante lejos: le dio tiempo a armarse a toda prisa, y se dispuso a partir con los otros tres condes, que habían reunido a todos los enemigos del rey y los llevaban con ellos. Cabalgaron sin parar, y cuando ya estaban cerca ambos bandos, fueron informados. La hueste del rey estaba montada a caballo cuando llegaron las noticias de que se aproximaban los condes y sus fuerzas. Entonces se oyeron los temibles sonidos de cuernos y bocinas. La tropa real no se detuvo hasta llegar a la colina. Sus enemigos en la llanura vieron que las montañas estaban tomadas: alguien tenía que perder. El odio que les impulsaba y el ansia de enfrentarse y de combatir que les dominaba, hicieron que allí no hubiera moderación. No había pausa para reagruparse: cada ejército se lanzó hacia el otro, con gran furia.

5413-5436

Los ejércitos se encontraron en un campo que era extraordinariamente bello. Pesara a quien le pesara, y costase lo que costase, nadie rehusaba el combate. Todos dieron el primer golpe, o todos fueron los últimos en golpear, pues todos lo hicieron a la vez. Nunca se había oído tal estruendo de armas. Cuando llegó el momento de bajar las lanzas, mil decidieron golpear a

muerte. Allí podríais ver volar los trozos de asta y a muchos jóvenes con los escudos quebrados, enloquecidos por el dolor y la rabia, o muertos. Una vez que comenzó la batalla, no se podía determinar quién llevaba la mejor parte o la peor. Pero quienquiera que fuese, las lanzas se juntaban de tal modo que los escudos y las lorigas de fina malla no ofrecían más defensa que si hubieran sido de paja.

Quien cayera bajo el filo de las armas, no se podría librar de ser destripado; cuando se quebraban las lanzas, se desenvainaban las espadas. Al juntarse las cortantes espadas, se veía quiénes eran los de más valor. El combate era tan violento que incluso los más valientes sentían miedo. La hoja de acero pictavino fue mala amiga para más de mil caballeros que nunca relatarían en su tierra quién había sido el vencedor y quién el vencido. Os puedo decir con toda honradez que nunca he oído hablar de mayor matanza ¿Mayor? ¿Cómo puedo decir mayor? Mil nobles con castillos y honores hallaron la muerte, tuvieran la razón o no, junto con muchos otros.

5437-5474

Los cuatro condes desleales habían causado ya tanto daño que las tropas reales estaban seriamente debilitadas, pues los enemigos les habían atacado con fiereza. No hay nadie que pudiera contar el valor con que se defendía el conde que se había apoderado de Chester. Pero esta vez había provocado tal situación que nunca regresaría allí, a no ser que el mismo rey de Inglaterra lo llevara como prisionero.

5475-5484

El rey estaba henchido del mismo frenesí de combate que el conde. Éste vio al rey, y el rey lo vio a él; uno debía herir al otro; ninguno quería tener compasión o piedad del otro. Tan pronto como los pudo llevar el galope corto de los caballos, se abalanzaron el uno contra el otro, golpeándose con las lanzas que

sabían manejar con gran habilidad. Volaron los trozos de las astas. El rey fue desarzonado y cayó a tierra. El conde saltó por delante: no había sentido el golpe de un adversario ruin. El rey Ebain estaba en el suelo, entre los combatientes: cien morían sin confesión. Al defender a sus señores, murió un vasallo del conde, y cuatro del rey. El conde era valiente, aunque fuera un traidor; siguió combatiendo contra el rey, que le descargó un golpe que casi lo mata, pues no había sido un ataque en broma. El rebelde pudo recuperarse, mostrando a los que fueron a ayudar al rey que su espada estaba bien afilada: los atacó como un lobo a las ovejas. Les golpeó el yelmo, haciendo caer gemas y flores. Les atacaba sin piedad alguna, asestándoles duros golpes, que hendían yelmos y acababan con los caballeros: la sangre y los sesos se desparramaban por todas partes. Imitaba al rey Alejandro. Si el rey de Inglaterra no recibía ayuda pronto, el enemigo acabaría con él allí mismo.

5485-5520

Silence, que estaba al otro lado del campo de batalla con sus franceses, había hecho que los enemigos tuvieran que defenderse y dejaran de atacar. Ya hacía un buen rato que las lanzas se habían quebrado en pedazos y que habían desenvainado las espadas. Entre Silence y sus franceses, el enemigo estaba pasando grandes dificultades. Ya habían dado muerte a cien rebeldes antes de tener nuevas —buenas o malas— del rey. Hicieron que las filas del enemigo mostraran importantes claros, pues no se estaban comportando con cobardía, como habría hecho gente malnacida; limpiaron las sillas de aquellos que jamás volverían a montar. En ese momento, dos caballeros le dijeron a Silence que el rey se encontraba en apuros. Se dirigió a él de inmediato. Llevaba una espada hecha por un árabe. No se dirigió hacia las alas de la batalla, sino hacia el centro: ése fue el infortunio del enemigo. Les

hizo sentir el acero de su espada e hizo que sonaran los yelmos. Ya nada les podía proteger. Silence atacó a uno de los sobrinos del conde, dándole tal golpe que cayó muerto a los pies de su tío; los franceses siguieron el ejemplo de su jefe y redoblaron sus esfuerzos al ver las hazañas que llevaba a cabo.

—Tal hombre —decían—, se hace querer. Hicimos bien viniendo con él. ¡Monjoie! —gritaron— ¡Dios nos valga, es el doncel de Cornualles!

5521-5556

Uno de los franceses, Gui de Calmont, uno que se llamaba Roger, nacido en Beaumont, y Hyelbes de Castiel Landon, desmontaron, poniéndose en gran peligro; fueron a ayudar al rey, para que montara de nuevo. Silence les abrió paso. Dio muerte a uno que, ansioso de luchar con él, le había acometido con furia.

Ahora las cosas le iban mal al conde. Tenía el corazón lleno de odio hacia Silence y le resultaba imposible querer a sus franceses: aunque no sabía quiénes eran, los odiaba profundamente. Un rato antes, en el combate, había oído que lo llamaban «el doncel de Cornualles», pero no supo toda la verdad hasta que uno de sus hombres se inclinó ante Silence, preguntándole:

—¿De dónde venís? ¿A cuántos franceses traéis?

Después de estas palabras habían recomenzado el combate que sería un desastre para algunos antes de que anocheciese. El conde estaba luchando con gran furia: antes o después debía encontrarse con los franceses. Tomó la lanza de un joven. Silence ya tenía una lanza en la mano; espoleó al caballo y fue al galope contra el conde, que había hecho lo mismo y atacaba a Silence a toda la velocidad de su caballo. Ni las cinchas, ni los estribos pudieron impedir que cayeran ambos en el fango. Volvieron a ponerse en pie con un salto y se atacaron el uno al otro fieramente con las cortantes hojas de acero de sus espadas. Pero si Dios

no quiere, a Silence no le valdría ni yelmo, ni brocal, ni escudo. El conde estaba lleno de ira, y bien sabéis que por su parte, tenía gran valor. Hubo terribles golpes cuando se encontraron en el ataque: cada uno acometió al otro con tal violencia que sus escudos se hicieron astillas.

—¡Dios mío, te lo ruego, Tú que me has salvado de muchas penas, dame poder contra este enemigo! —rezaba Silence en voz alta—. Que su intervención fortalezca lo que Naturaleza ha hecho débil en mí. Si me das fuerza, nadie me hará daño, ni rey, ni emir con todo su imperio.

En ese momento, el conde rajó el yelmo del joven y le destrozó las joyas y flores que llevaba. Y lo hubiera matado de no ser porque la cortante espada se le volvió y dio de plano; sólo eso salvó a Silence de la muerte. Entonces dijo el joven:

—El conde Conans es despiadado al tratar de herirme. Debo vengarme por ese tormento y por su falta de lealtad hacia el rey.

Por lo tanto, Silence atacó al conde con furia. Con su espada de acero lo golpeó y le cortó el brazo derecho. La espada se le cayó del puño desmembrado y el conde se derribó, perdió la fuerza y se desmayó de calor. Silence le había herido de gravedad: ahora estaba el conde terriblemente angustiado. ¿Por qué alargar más el cuento? Silence le hizo volver a montar, lo llevó ante el rey y regresó a la batalla. Pero los enemigos, en cuanto supieron que su señor había sido hecho prisionero por Silence, huyeron ignominiosamente y los tres condes huyeron con ellos.

5557-5638

Silence no se alegró; no quería glorias por una guerra que podía costar a alguien una pierna, un pie o un puño.

Los franceses entraron en el combate. Cuando gritaron «¡Montjoie!» ninguno de los enemigos tardó

en huir o en esconderse. Era evidente que Dios estimaba a Silence, que había conseguido dar fin a la guerra.

Cuando la reina oyó las noticias y se aseguró de la verdad, se enfureció de tal modo que casi se vuelve loca. Pensó que si Dios había salvado a Silence, a ella tenía que curarla de su dolor. Cambió de color mil veces en un solo instante.

—Tendrá que consolarme —se dijo— o se verá castigado por su atrevimiento.

5639-5656

La reina reflexionaba profundamente, se impacientaba por saber si aceptaría ser seducido y poder así gozar de él o si se negaría a ello de nuevo, en ese caso, tendría que destruirlo. Volvió a sus locuras pasadas. ¡Maldito sea el corazón que hay dentro de su cuerpo! ¡En mala hora vio a Silence por primera vez!

Silence había dado fin a la guerra del rey, había cogido a los cuatro condes y con su esfuerzo habían muerto muchos de sus enemigos. Cuando llegó, fue muy bien recibido en la corte. El rey lo quería más que a ningún otro.

Poco después regresaron a Chester, y allí viejos y jóvenes iban a ver y contemplar a Silence. Los franceses tenían permiso para despedirse y marchar cuando quisieran; el rey les recompensó bien, así que partieron con alegría. Ahora Silence estaba entristecido, pero todavía había de sufrir más. Su bondad no le había servido para mucho, pues Eufeme le haría pagar los buenos golpes que asestó con su espada de acero, porque estaba llena de rabia. Silence estaba en gran peligro: cuando uno está más seguro de sí es cuando ataca la mala fortuna. A veces, el hombre es castigado por los pecados cometidos, pero otras veces lo es por los pecados que nunca cometió. Pero nuestro señor Jesucristo bien sabe que el hombre puede caer en el pecado cuando se encuentra en un lugar y en un mo-

mento apropiado; por eso, Dios lo disuade castigándolo antes de que caiga en la tentación. Pero Silence nunca había cometido ni cometería —aunque viviera mil años—, los pecados que la perversa dama quería que cometiera. ¡Dios misericordioso, lleno de paciencia, acuérdate de Silence, pues no sabe cuidar de sí mismo!

Eufeme pensaba deshacerse de él de forma violenta antes de que anocheciera, si no lograba cumplir sus propósitos. Ya le había conseguido arrinconar, a fuerza de hablarle.

—¿Os acordáis ahora —le decía— amigo, de nuestro amor de antaño?

—Señora —le contestó—, ese amor era igual a odio, pues vuestro amor es tan insensato que me acusó sin motivo. Bien se debe odiar vuestro amor, porque equivale a traición, a muerte y a descuartizamiento.

—Amigo, recordáis demasiado los errores del pasado. Ahora somos diferentes, somos más sensatos y tenemos más dominio que antes sobre nosotros. Yo os encontré reacio y vos me considerábais hostil. Éramos adversarios; no os preocupéis ahora.

—Pues sí me preocupo, no os lo oculto. Nunca os amaré, pues me he enamorado de otra mujer. No puedo cambiar mi corazón, lo mismo que vos no podéis cambiar el vuestro; no podéis impedir que vuestro corazón me ame, pero yo tampoco os puedo dar mi amor, pues ya se lo he dado a otra dama. Nunca lo tendréis, nunca, nunca, y Dios lo sabe. ¿Lo entendéis?

—¿Creéis verdaderamente —le preguntó la reina—, pensáis que os hablaría de este modo con sinceridad? Antes me mande Dios una desgracia que forzarme a escucharos. ¡Antes me dejaría quemar hasta convertirme en cenizas! ¡Qué gran placer podríais darme!

Se dirigió a la cama, temblando de pasión y de ira.

—¡Ay —exclamó—, ¿dónde está mi señor?

—Mi señora —le contestó su camarera— el rey se ha ido al río.

5657-5746

Al caer la noche regresó el rey. Fue hacia la perversa dama y la halló con el cuerpo encendido e inflamado.

—Bella amada, ¿cómo estáis?

—Señor, pronto lo sabréis, pero no os importa mucho lo que yo haga, ni lo que suceda, ni quién me odia. Como habéis visto, señor, Silence quería matarme porque yo me negaba a amarle. No os importó mucho, pues le hicisteis venir del otro lado del mar. En poco me valoráis, pues le toleráis en vuestras tierras. Sólo porque dio fin a vuestra guerra quiere vender sus servicios demasiado caros. Está tratando de rebajar el precio de vuestro honor, cueste lo que cueste y no quiere dejarme en paz.

5747-5766

El rey la oyó y se llenó de tal ira que resulta difícil de expresar. Resopla de cólera y le dice a la reina, completamente enfurecido:

—Tranquilizaos; más de un hombre persigue su propia deshonra por locura y se transtorna, tal como lo he hecho yo por mi propia insensatez. Ahora sé muy bien, me doy cuenta y no me cabe duda, de que estaba equivocado y vos estábais en lo cierto. Ahora, si sabéis algún modo en que pudiera vengarme sin deshonra, os agradecería que me lo dijérais.

5767-5778

La dama está llena de gran rabia. Tenía un plan astuto, y se lo confió al rey:

—Lo haréis tan bien, que nadie se atreverá a criticaros por ello.

—¿Podré hacerlo sin ser censurado?

—Sí.

—¿Cómo?

—El rey Fortigierne hizo construir antaño una to-

rre, pero no pudo encontrar albañil capaz de hacer que se mantuviera en pie. Por mucho que se edificara, el trabajo del día se derrumbaba por la noche. Escuchad, señor, si os place. Nadie podía lograr que la torre se mantuviera en pie, a no ser Merlín, que es hijo del diablo, pues no tuvo otro padre.

Merlín —continuó la reina— era un niño en aquel tiempo, y sin embargo, consiguió que se mantuviera firme la torre del rey, y después se marchó de aquellas tierras. Antes de partir, antes incluso de bajar de la torre, dijo que viviría como un salvaje, y que sería un fugitivo en el bosque, que nunca jamás lo atraparían —os estoy diciendo la verdad— a no ser por la astucia de una mujer. Señor querido, dijo Eufeme, la profecía sigue siendo cierta, pues nadie ha conseguido atrapar a Merlín. ¿Sabéis lo que podéis hacer? Pedirle a Silence que lo atrape y que lo traiga prisionero para que os interprete un sueño. Entonces oiréis lo que os responde. Si no puede hacerlo, dadle a entender, señor, que hará mal si regresa a esta tierra. Podrá buscar durante mil años antes de capturarle, pues o lo que dijo Merlín no era una profecía, o Silence no regresará nunca. Si es cierto que Merlín mintió, que lo coja: es justo que sufra las consecuencias.

—Bella amada, habéis hablado muy bien. Si Dios no me lo impide, obraré de inmediato de acuerdo con vuestros planes astutos.

Le dio en la mano y se despidió. Al día siguiente hizo llamar a Silence.

—Amigo —le dijo—, no puedo negar que me habéis prestado un gran servicio. Ahora, por la nobleza de vuestro carácter, os pido un favor mayor: quiero que me ayudéis a salir de una grave duda.

—Señor, sabéis muy bien que lo haré de todo corazón. No hay nada en el mundo que no haría por vos.

—Así sea —le respondió el rey.

5779-5834

Ahora, escuchad lo que os voy a decir. Voy a confiar en vos por completo. Mi esposa y yo estábamos dormidos el otro día cuando me vino una visión que me llenó de espanto. Si pudiérais capturar a Merlín, él me podría revelar el significado del sueño, pues él sabe muy bien cómo interpretar los sueños.

—¿Cómo puedo hacer tal cosa, señor? ¿Cómo puedo atrapar a alguien que nunca ha permitido que nadie le bese o le sujete, le toque o, incluso, que se le acerquen?

—Es una aventura adecuada para vos —le respondió el rey—. No hay nadie que os lo pueda impedir, mientras mis tierras estén bajo el cielo. Si llega a suceder que por mala fortuna no me traéis a Merlín, no habréis sido muy sensato no cumpliendo mis órdenes.

Silence no tuvo un momento de respiro. Fue a su alojamiento, se equipó, montó a caballo y partió solo, triste y pensativo, llorando amargamente y pidiéndole a Dios que aligerara su tarea para que pudiera hacer caer a Merlín en una trampa, y vengarse así de la dama que le acosaba sin motivo.

La dificultad del trabajo y el duro lecho que tenía atenuaban su alegría. ¿La atenuaban? No del todo, pues el desdichado no conocía el placer, y como no tenía ninguna alegría, tampoco tenía felicidad, pues todo ello va junto. Estaba cansado y descorazonado.

Había transcurrido poco más de medio año cuando un hombre de larga cabellera blanca que le caía por la espalda, le salió al encuentro en el lindero de un bosque. La saludó con gran cortesía. Escuchad lo que ocurrió.

5835-5878

—¡Que el que hace brillar su sol conceda que nada os haga daño y os otorgue el que obréis de modo que podáis encontrar a Dios!

—Señor, habláis bien —respondió Silence—, que Dios os recompense por ello.

—Amigo, Dios os salve. ¿Qué os trae a este bos-

que? Aquí no hay ni caminos ni senderos. Transcurren años enteros sin que pase nadie por esta densa maleza; debéis hallaros en un gran apuro.

—Es cierto que lo estoy, buen señor, porque desde tiempos del viejo Aymón, no creo que haya nacido hombre que esté pasando tantos sufrimientos inmerecidos como yo estoy padeciendo.

—Si merezco vuestra confianza, decidme qué es lo que queréis y si de alguna manera os puedo ayudar, os aseguro que lo haré.

—Por mi vida —respondió Silence—, en realidad no sé qué deciros de lo que estoy buscando. Como el rey me odia, me ha enviado a buscar a Merlín y atraparlo, como forma de exiliarme de sus tierras. «No regreséis —me dijo— hasta que encontréis a Merlín». Y por los dos ojos de mi cara, no sé si se trata de un hombre o de una bestia salvaje. Nadie ha sabido nada de él después de que Forgiernes le hizo construir la torre. Me esfuerzo en vano.

5879-5912

El anciano contempló al muchacho con toda detención, y luego le aconsejó que se alegrara, consolándole con las siguientes palabras:

—Amigo, dejad de lamentaros. He visto a menudo un brote joven plantado en patrón estéril; con tal arte y habilidad que el patrón y el injerto crecieron muy pronto y se desarrollaron. De igual modo, sería posible que de vuestro dolor naciera tal alegría que disminuyera la pena que sentís ahora. Amigo, no os preocupéis, pues estoy seguro de que conseguiréis atrapar a Merlín. Yo os diré todo lo que le concierne, cuáles son sus costumbres y su escondrijo. Es un hombre cubierto completamente de pelo, parece un oso peludo; es tan veloz como un ciervo del bosque, y se alimenta de hierbas y raíces. Hay unos bosques por aquí, a los que iba a beber cuando tenía sed, pero hace cinco días que no viene, porque el agua se ha acabado. El lugar

está seco, no hay nada que beber. Si queréis engañarle bien, haced lo que os voy a decir: permaneceréis aquí cuando me vaya; os prometo que regresaré al amanecer.

Ahora —continuó el anciano—, no os aburráis esperando; traeré vino, leche y miel en tres recipientes distintos, y carne fresca. Coged mi yesca y el pedernal, y encended una hoguera esta noche o mañana para que vuestra espera sea más cómoda. Cuando tengáis encendido el fuego, asad la carne lo mejor que podáis, sin llamas y sin luz, sobre las brasas, pues así se formará más humo. Cuando lo huela Merlín, tratará de buscar la carne de inmediato. Si hay algún sentimiento humano en él, vendrá aquí —pienso— porque olerá el humo y el aroma en el aire. Retiraos un poco del fuego, salad mucho la carne, y cuando se la haya comido junto al fuego alimentado con espinos, sentirá una enorme sed. Poned la miel cerca, de modo que se la beba antes de ver la leche; colocad la leche un poco más lejos: si se la bebe después, se pondrá todavía más hinchado y su sed aumentará; estará más incómodo que antes. Por último, poned el vino un poco más allá: si se lo bebe habrá caído en la trampa, pues pronto se quedará dormido por efectos del vino, ya que no está acostumbrado a beberlo. Si se duerme, estad preparado para cogerlo antes de que despierte, amigo.

Así habló el hombre de pelo blanco, y después se alejó. Al poco tiempo regresó con leche, miel, vino y carne. Volvió sin detenerse al lugar en el que había dejado a Silence, entre unos bosques, en un claro. ¿Qué puedo deciros? Se lo entregó todo y se apresuró a mostrarle los setos por los que Merlín acostumbraba a pasar. Luego, se despidió y partió.

5913-5986

Silence comenzó los preparativos. Ahora, que Dios haga que fructifiquen. Colocó la miel, la leche y el

vino exactamente donde le había dicho el hombre de cabello blanco. Asó la carne bien salada, y el aroma no tardó en extenderse a izquierda y derecha por todo el bosque. Merlín, que estaba cerca, lo olió y siguió el rastro, pero Educación intentó desviarlo:

—¡Ay! —exclamó Educación—. ¡Cómo son traicionados los que enseñan a la gente a obrar en contra de su naturaleza! Todo cuanto enseño me lo quita Naturaleza en un solo día. Merlín se ha alimentado en los bosques durante tanto tiempo que debería haber olvidado su naturaleza de hombre y debería seguir comiendo hierbas, según es su costumbre.

Mientras tanto, Merlín estaba librando un duro combate consigo mismo.

—¿Qué vas a hacer —le preguntó Educación— con esa carne asada? ¿Eso es lo que quieres? Hierbas y raíces son tu alimento.

5987-6010

Entonces, Naturaleza se encolerizó y dijo:

—¡Ay, ay, Educación! ¡Me has causado tantos disgustos y me has estropeado a tantos hombres!

—¡Yo, no! ¡Tú has hecho eso! Si alguien tiene un noble cuerpo y corazón malvado y obra con desvergüenza, ¿qué puedo hacer yo? Ni él ni yo podemos hacer nada; sólo puede modificarlo Naturaleza, que fue quien lo hizo. No quiero a un hombre que tienda hacia el mal porque no puedo ir contra su naturaleza, prefiero enseñarle a ser malo, puesto que no quiere mejorarse. De igual modo, no enseño la deshonra a muchos que valoran el honor. Por un hombre malo debido a Educación hay mil que lo son por culpa de Naturaleza. Haces muy mal atacándome de ese modo, pues el mal que inicialmente deshonró a Adán vino por Naturaleza. Tus derechos son contrarios a los míos; toda la gente desciende de un hombre y de una mujer, eso es lo esencial.

6011-6034

—Adán fue el primer padre —continuó Educación— y Eva la primera madre. No hubo hombres antes de ellos que pudiesen enseñarles a traicionar. Por su naturaleza corrupta empezaron a pecar y a engañar, y a mentir a su señor, Dios. Todo eso fue causado por ti, Naturaleza, y no por mí.

—Ahora he de decir —replicó Naturaleza—, como sabe Dios Nuestro Señor, que has ido en contra de mí desde que pecó el primer hombre al comer la fruta prohibida. Por supuesto, Dios hizo al hombre a su imagen y semejanza, limpio, sin pecado, hermoso y bueno. No es cierto que haya sido por Naturaleza por lo que Adán fue por mal camino, pues si hubiera sido por Naturaleza por lo que pecó bajo el árbol, podría probarse y poner en evidencia que sólo había de hacer el bien, ya que era parecido a Dios: no había nada en Adán que no fuera creado por Dios. Dios no hubiera dejado en él una naturaleza mala, ni hubiera hecho nada desafortunado que lo empeorase del modo que fuera. Como Dios nunca ha hecho semejante cosa, Educación, ¿por qué no te calmas? Lo que Adán hizo de malo fue —ciertamente— por tu culpa, Educación. Como el diablo le crió con sus malos y podridos consejos, le atrajo y le engañó de tal modo que fue vencido por la manzana. Cualquier villanía que haga la gente, proviene de ese pecado. Algunos cometen tantos delitos, como los granujas y los cobardes, que se comportan así como si ésa fuera su naturaleza, pero todo proviene de Educación, de quien Adán bebió el veneno cuando fue engañado con la manzana. De este pecado y de este vicio nacieron la envidia y la avaricia, la miseria y la gula, la malevolencia y la traición. Te ordeno que te vayas y que no permanezcas aquí ni un momento más: no vas a ser tú quien se apodere de Merlín.

Al oír tales palabras, Educación palideció y cedió el terreno, y Naturaleza, que la había vencido, pensó

que Merlín era un loco maldito, y por tanto, lo cogió por el cuello e hizo que se apresurara de tal modo que fue tan rápido hacia el asado que las zarzas y los espinos le arañaron los costados y la espalda; ninguna parte de su cuerpo permaneció entera, porque no había seguido ni camino ni sendero. Un ciervo silvestre no podría haber aguantado tanto, estaba ávido por esta comida. Llegó a la carne y se la comió toda.

—¡Oh! Esto parece delicioso.

6035-6104

Silence estaba escondido en el bosque, viendo cómo Merlín se disponía a comer el trozo de carne. Si Dios ayuda a Silence, creo que Merlín pagará antes de partir de allí. Merlín tenía tal ansia por comerse la carne caliente, que se quemó al cogerla del fuego. No le importaba si estaba bien hecha o cruda, salada o sosa: la tomó con las dos manos y se la comió. Se quedó saciado y sediento; deseaba beber. Miró a un lado y vio miel; se llevó el jarro a la boca y bebió más de una libra esterlina. Deberíais haber visto cómo se hinchaba, y cuanto más tragaba, más necesidad tenía de beber. De este modo se preparó una trampa a sí mismo. Merlín ya estaba muy incómodo, con una gran angustia. Entonces vio la leche y se la bebió: nunca había sufrido tal dolor; cualquiera que hubiera visto su vientre tan inflado, crecido, hinchado y dilatado, no hubiera podido contener la risa. Fue su propia mala suerte de comerse la carne asada y la miel, como si fuera un escocés. Creo que le saldrá caro. Cuando vio el vino, fue hacia él y se lo bebió a grandes tragos, y después, con un sopor de borracho, se adormeció. Silence aprovechó ese momento para dar un salto y capturarlo. ¡Ahora estaba Merlín en apuros!

—Amigo —dijo—, ¿cómo te llamas, y por qué me apresas de este modo?

—Silence tengo por nombre, y he dejado mi hogar para capturarte. Desearía tu muerte.

—¿Mi muerte? ¿Por qué?

—Tú mataste a mi antepasado Gorlain, duque de Cornualles. Ahora pagarás por ello, pase lo que pase. Merlín lo mataste al dar a Uterpendragón el aspecto de mi antepasado el duque, cuando tú te transformaste en su senescal, tomando su figura. Llevaste a Uter al lugar en el que yació con la mujer del duque, y ésta concibió al valiente Arturo.

—Fue para bien el nacimiento de Arturo. Fue tan valiente que no avergonzó al duque en ningún modo, a pesar de su nacimiento.

Silence se llevó a Merlín, que no se preocupó porque sabía cómo iban a acabar las cosas.

6115-6160

Silence llevaba preso a Merlín. El regreso les resultó muy difícil, pues lo había cogido muy lejos de donde estaba el rey Ebain. Si Dios quiere, que nunca ha mentido y que por nuestros pecados consintió que Longinos le atravesara el costado, la maldad del rey quedará de manifiesto. Si Merlín hace lo que dice, el asunto se aclarará pronto.

Llegaron a la corte las noticias de que se acercaba Silence con Merlín. Ni por cien mil libras esterlinas deseaba el rey que regresase Silence. Estaba desilusionado con Merlín, pues había dicho que jamás lo atraparían si no era por la astucia de una mujer. Eufeme también estaba muy disgustada por ello.

6161-6180

Merlín estaba ahora en muy mala situación. Más de setecientas personas fueron a contemplarlo, y se quedaban admiradas al verlo; todo el país estaba en alerta. Tomaban a Merlín por un insensato, pero éste les revelaría la verdad, incluso aunque les disgustara a algunos. En una colina, los habitantes del lugar se acercaron a Merlín y a Silence que lo llevaba. Merlín vio a un campesino que llevaba en la mano un par de zapatos nuevos, bien remendados con cuero de una

piel nueva. Merlín lo vio ir por medio del campo y empezó a reírse con grandes carcajadas, pero se negó a revelar la razón de su risa. Un rey llamado Ris estaba allí, y fue de los que más le pidieron y solicitaron que explicara el motivo de tan gran risa, pero todo fue en vano.

Llegaron después a una abadía y vieron a un leproso que hacía sonar sus tablillas, pidiendo limosna en nombre de Dios. Merlín se rió como un loco, y cuando los pobres le preguntaron y le rogaron que les dijera la causa, no accedió, con lo que cambiaron la alegría en rabia y en cólera para con él.

Había un cementerio cerca, junto a una iglesia. En una esquina, Merlín vio que enterraban un cadáver entre dos piedras. Un sacerdote cantaba en el entierro, mientras que un hombre estaba sollozando y gimiendo. Merlín se rió de nuevo al ver esto. Hubo muchos que le preguntaron por qué se reía, por qué razón, pero él no les dio ni una palabra de respuesta para explicar su risa. Se disgustaron mucho y lo llevaron ante el rey, que también le preguntó, pero él se negó a decir palabra.

6181-6224

Enojado, respondió el rey:

—Si no lo explica ahora, haré que lo torturen.

Merlín comenzó a reír ante el rey, mostrando que le importaban poco tales amenazas. El rey Ebain se encolerizó pues estaba muy airado de que no quisiera responder. No puedo ni empezar a deciros cómo se rió Merlín ante esto. Ni heridas, ni golpes, ni la persona del rey hicieron que dejara de obrar como un demente. El rey estaba como loco de ira, porque Merlín no le decía una palabra. Luego, Merlín empezó a mirar a Silence, y aunque lo fueran a quemar vivo, no hubiera podido contener la risa. Sin embargo, y a pesar de todo, no pronunció palabra, y la cólera de los otros iba en aumento.

Los que habían presenciado la ira del rey, empezaron a zaherir a Merlín, uno lo zarandeaba, otro le daba patadas, toda la corte estaba pendiente de que hablara; uno le empujaba, otro le golpeaba...

Con la reina había una monja que también insultó al loco Merlín:

—¡Bribón! ¡Vaya profecía que hizo!

Merlín la miró y se echó a reír. Tenía tal deseo de hablar que apenas podía aguantarse. Le preguntaron en vano por qué se había reído de la monja.

—¡Ay, —dijo la reina—, qué vasallo, qué predicciones hace! ¡Qué espléndido joven guerrero nos lo ha traído, y qué hazaña, traer a semejante adivino a la corte! ¿Quién es este viejo borracho? Quien trajo aquí a tal vasallo, ha tenido poco éxito.

6225-6264

—Os equivocáis —respondió Silence—, mi señora reina. ¿Acaso no sabéis que el rey quería que lo trajese? Esto me ha hecho pasar grandes penas y difíciles momentos. Es pobre la recompensa que me dais a cambio, llena de mala actitud. Pero Dios padre, que lo ha creado todo, lo ve todo y sabe la verdad.

La enojada dama respondió entonces:

—Silence, ya habéis hablado demasiado. Deberíais hablar menos de lo que acostumbráis.

Merlín se rió tanto que casi estalla; pero siguió sin dar explicaciones, por lo que todos pensaron que estaba loco, ya que no conocían el motivo de su hilaridad, y cuanto más le preguntaban, más se mantenía en silencio. Estaba tan contento manteniéndose callado, que hablar no le podía producir mayor placer.

Escuchad lo que ocurrió entonces: volvió a reír y, decidió hablar explicando que le resultaba difícil empezar. El rey no tenía deseos de discutir, nunca le habían gustado las disputas. Ahora, si podía, encarcelaría a Merlín y le haría morir de hambre. Hizo que lo metieran en la cárcel e hizo que ayunara durante tres

días. Al cuarto día, reunió a los nobles y a los príncipes que estimaba más. Ellos decidirían el destino de Merlín: si no se cumplía su profecía, moriría a filo de espada, o colgado en la horca, y de ningún modo escaparía vivo.

6265-6298

Llevaron a Merlín a la plaza. No creo que se odiara a sí mismo tanto como para no salvarse la vida hablando.

El rey tenía una espada desenvainada en la mano, y empezó a decir:

—O hablas, loco, o te corto el cuello.

6299-6304

Merlín se dio cuenta entonces de que si no hablaba, moriría; sólo hablando podría salvar la vida. Sin dudar por más tiempo, le dijo al rey:

—Escuchadme, señor. Al guardar silencio, ni os sirvo ni os complazco. No obstante, si os digo lo que sé, deberéis contener vuestra ira, y no descargarla sobre mí, por más que os pese.

—No sufriréis mi ira si habláis, por mi fe.

—Entonces, os diré por qué me reí, señor. Cuando entré en la ciudad me encontré con un loco campesino que regresaba del mercado. Llevaba un par de zapatos que le habían remendado hasta dejárselos como nuevos. Pero nunca se los podría poner, por eso tuve una buena razón para reírme: antes de que llegara a su casa, el campesino murió.

El rey se apresuró a informarse sobre el asunto, y se enteró de que había sucedido tal como había dicho Merlín. Entonces le pidió que le dijera la verdadera razón por la que se había reído cuando pasó cerca de la abadía.

—Señor, por Dios que aconseja a todos, me reí —y no debe sorprender— de los pobres de ese lugar que estaban pidiendo limosna en nombre de Dios. ¡Pedían tan poco y tenían tanto a su alcance! Tenían un

tesoro bajo los pies: grandes cantidades de plata y oro sólo a dos pies y medio bajo tierra.

El rey envió a alguien a que buscara el tesoro: no tardó en hallarlo, y luego hizo lo que le ordenó el rey con las riquezas.

6305-6340

—Merlín, Merlín —dijo el rey—, ahora te aprecio un poco más porque me has dicho la verdad. Pero, por otra parte, así me guarde Dios mi herencia, sigo enfadado contigo, pues dijiste que nunca te atraparían, a no ser por la astucia de una mujer. Por la fe que debo a Eufeme, has de sufrir por tu embuste; tus palabras no eran más que un insensato disparate.

—No temáis —respondió Merlín—, a la hora de vísperas uno alaba la luz del día. Aún no estoy pensando en huir.

—Merlín —dijo el rey—, el otro día viste el entierro de un cadáver en una esquina del cementerio. ¿Por qué comenzaste a reír?

—Ahora lo vais a saber señor —contestó Merlín—. Un sacerdote cantaba por el muerto, y un hombre estaba llorando amargamente. El hombre debería haberse alegrado porque la criatura era del sacerdote, que debería haber llorado, y el hombre, cuya esposa era la madre de la criatura, debería haber estado dándole gracias a Dios. Yo os resolveré el misterio: el hombre no clavó el clavo con su martillo, sino que el sacerdote le ayudó a procrear. Dios padre se vengó de él.

—¡Merlín —dijo la reina Eufeme—, cómo te gusta denigrar a las mujeres! ¿Qué placer sacas con tus calumnias? Mi señor no debería tolerar tus impertinencias, sino que debería hacer que te matasen o que te arrojasen a algún sitio del que no pudieras salir.

6341-6376

Merlín se preocupó poco por la amenaza de la reina, por más que ésta lo considerara mentiroso, calumniador y traidor; pero él pensaba cumplir su pro-

mesa, y ella, que había dicho que no podía adivinar, quedaría por mentirosa.

El loco Merlín ahora se disponía a hacer un vaticinio, bien creo que va a predecir el futuro, pronunciando una profecía, con tal saber y tales resultados que la reina lo sentirá intensamente, aunque en ese momento se sintiera fuerte y se atreviera a amenazar a Merlín con la muerte.

6377-6390

—Os equivocáis, señora —dijo el rey—. Si un escocés o un irlandés me dice algo que pueda ser considerado como locura o como sensatez, debe tener paz ante mí. ¿Acaso no soy el rey? Dejadme decidir y hablar como quiera, y obrar según mis deseos. El buen sentido de la mujer se halla en guardar silencio. Por Dios, pienso que un mudo podría hablar del saber y de la prudencia de la mujer, pues la mujer sólo obra con sensatez guardando silencio. Todas son iguales, y no es pura coincidencia que entre mil no haya ninguna a la que no se alabe más por guardar silencio que por hablar. Dejadme estar, y vos, retiraos a vuestra habitación.

Merlín, que lo veía y lo sabía todo, estaba sentado bajo el artesonado. Iba a preparar una salsa tan condimentada que le daría indigestión a algunos antes de que cayera la noche.

6391-6412

—Merlín, por tu fe —le dijo el rey—, dime por qué te reíste de mí, de tí y de Silence, luego. Te ruego por lo que más quieras y te imploro que no me escondas la verdad. Háblame también de la monja velada, y deseo saber la razón por la que te reíste de la reina.

—Os lo diré con todo placer —respondió Merlín—, si mientras tanto permanecéis en paz. Señor, me he reído —bien lo sabéis—, según acabáis de decirlo, pues no pude impedirlo de ningún modo: no puedo evitar reirme de vos porque, por la fe que os debo, no

hay nadie en el mundo que no se riera si la risa se hubiera apoderado de su corazón como me ocurrió a mí, o si pudiera deciros tanto como yo voy a hacer antes de partir, queráis oírlo o no lo deseéis.

6413-6432

Cuando la reina oyó estas palabras, le pesó mucho e inclinó la cabeza. Le corría el sudor por el cuerpo y suspiraba profundamente. Mucho temía que su futuro fuese amargo; ya no estaba tan segura de sí misma como antes. La monja también estaba muy preocupada; y en cuanto a Silence, no puedo deciros cuánto le remordía la conciencia.

—¡Qué miserable he sido! —se decía para sus adentros—. ¿Por qué tuve que capturar a Merlín? ¡Qué desgracia! He obrado como un criado que va a buscar el garrote con el que le han de torturar y castigar. De momento, voy a conseguir que me deshereden, ésta es la pura verdad. Bien se expresa el proverbio del villano: «Muchos se atraen más problemas con una sola mano, que los que pueden apartar con dos»; esto es lo que he hecho yo al atrapar a Merlín. Por su culpa lo voy a perder todo, pues revelará lo que he hecho en contra de Naturaleza. Pensaba engañar a Merlín y me he engañado a mí misma. Pensé haber abandonado las costumbres femeninas para siempre. Eufeme me ha privado de todo eso, pero Dios padre, que siempre vela por los hombres buenos y les da consejo, que me ayude según mis necesidades, y del modo que Él sabe, debe y puede; y si la reina recibe su justo galardón, de acuerdo con su comportamiento, no lo lamentaré en absoluto; y estoy seguro de que esto ocurrirá. Pronto no le quedará ninguna defensa, pues Merlín está haciendo un buen trabajo.

6433-6470

—Oíd, señor —dijo Merlín, tras toser un momento—, os voy a decir por qué me reí de vos, luego de mí, después de Silence, que está aquí presente, y de la

monja que nos escucha allí, y, por último, de la reina. Me reí de nosotros cinco —comprended bien—, porque no hay uno solo entre nosotros que no haya engañado a algún otro. Pero ahora, señor, ya os lo he avisado. El engaño no es igual para todos, pues uno de nosotros es deshonrado por ello. Escuchad atentamente: dos de nosotros hemos engañado a otros dos bajo ropa falsa y falsa debilidad.

La sala estaba llena de caballeros que escuchaban con gran atención las palabras de Merlín; la verdad estaba casi revelada por completo, pero su sentido era muy oscuro, debido a las palabras encubiertas que había utilizado. Sólo los cuatro a los que se referían sabían su significado: Merlín, Silence y la monja no tenían ninguna duda al respecto, y la reina también había comprendido; por supuesto que había comprendido muy bien.

6471-6496

Los caballeros de la corte ya empezaban a estar inquietos, unos con razón y otros sin motivo. Cada uno se preocupaba por sus propios asuntos, y todos temían que Merlín hablara demasiado. Los que se sabían culpables no temían más que los demás. Ahora empieza a crecer el malestar en la sala: no encuentro palabras para expresaros las terribles sospechas que surgieron. Merlín había sacado a la luz tal lección que si la leyera, la aprendiera de memoria y la volviera a explicar, al menos la reina sería deshonrada. También la monja sería deshonrada porque no era escasamente como otras monjas del mundo.

El rey reprendió a Merlín, pidiéndole que hablara más abiertamente.

—Merlín, quiero saber cómo nos hemos engañado los unos a los otros. Merlín, debes aclarar más el asunto, y revelarlo todo; ¿qué es lo de la ropa falsa? ¿Quiénes son los dos que están engañados y los dos que los han engañado? ¿Quién ha sido deshonrado?

Merlín, quiero que me digas la verdad, sin ocultar nada.

—Mi señor rey, no dudéis de que la reina os ha deshonrado. Sabréis de qué modo antes de la hora de nona. Estos dos, Silence y la monja, son los dos que nos han engañado, y somos nosotros los engañados. Señor rey, esta monja es amante de Eufeme; os está engañando con ropa de mujer. Señor, ya os lo he puesto bien de manifiesto. Silence me ha engañado con sus vestiduras de muchacho, cuando la verdad es que, bajo la ropa, es doncella: sólo su ropa es masculina. La monja, que no teme al sol, ni al viento del norte que sopla frío, lleva ropa de mujer. Silence es muy valiente y de gran saber. Querido señor, así me valga Dios, que no conozco a hombre, por fuerte que sea, que pueda vencerlo en combate; sin embargo, una mujer, tierna cosa, sabe que puede deshonraros y se ha atrevido a hacerlo. ¡Y también ha sido una mujer la que me ha atrapado! ¿Os extraña que me ría de que nos hayan engañado a los dos, y que nos hayan tendido una trampa como no podrían haberlo hecho veinte mil hombres? Señor, esas son las razones de mi risa.

6497-6552

Ahora el rey sentía más angustia que ningún escocés o inglés; casi deseaba morir, pues nunca había sentido un dolor tan grande. Los nobles, que lo habían oído todo, no se atrevían a pronunciar palabra, sólo les importaba el honor del rey, porque la maldad de la reina no tenía límites: era una mujer llena de perversidad, arrogancia y perfidia; siempre había sido muy cruel y deshonesta, había prometido poco, dado menos y se había pervertido de forma vil. Toda la corte la odiaba, pero el rey todavía tenía sus dudas.

El rey Ebain, deseaba comprobar la veracidad de las palabras de Merlín. Hizo que lo sujetaran bien, para impedir que escapara, ordenó que se acercara la monja y que la desnudaran; a la vez, le pidió a Silence

que se despojara de la ropa: todo era como lo había dicho Merlín, todo se ajustaba a las palabras del viejo loco. Se hizo un silencio completo en la sala; nadie se atrevió a hablar, a excepción del rey y de quienes él nombraba. En presencia de todos, el rey Ebain dijo:

—Silence, has sido un caballero muy valiente y bueno, ni rey ni conde engendraron nunca uno mejor.

6553-6582

—Ahora —continuó el rey—, te pido por la fe que debes a Dios padre y a mí, que me digas por qué te has comportado de ese modo, y cómo se te ocurrió tal cosa. Vemos que eres mujer: dinos por qué te acusó Eufeme de que intentaste forzarla. ¡Sus malos deseos te podían haber costado caros!

—Señor —le contestó Silence—, si Dios lo permite, os diré la verdad. Obedecí la voluntad de mi padre [...]* Cuando llegué a una edad suficiente para comprender, mi padre me explicó que nunca podría tener herencia en vuestro reino. Para poder obtener mi herencia, me pidió que llevara una vida de varón: que me vistiera ropa masculina y me pusiera al sol. Yo no quise desobedecerle; cuando tuve quince años, vine a la corte, señor, y la reina se enamoró de mí en cuanto me vio. Por mi parte, yo no deseaba confesarle mi secreto, pues temía que me acusara, revelando mi verdadera naturaleza. Ella pensó que lo hice por orgullo; vos entrásteis en ese momento en la habitación en la que estábamos, y ella aprovechó para quejarse ante vos, acusándome de que había querido forzarla. Vos me enviásteis a Francia, pensando que ella decía la verdad. Yo me disfracé y oculté la verdad por mi herencia. Ya conocéis lo que ocurrió, señor. Por otra parte, tampoco quise enojaros o avergonzar a la reina: regresé a vuestra tierra a ayudaros a terminar con la guerra, y ella volvió a acosarme de nuevo; yo no deseaba hablarle, y por eso, señor, intentó calumniarme y expulsarme del país. La verdad no me permite mentiros de ningún modo, ni os he ocultado nada. Ahora, que se cumpla vuestra voluntad conmigo.

* Falta por lo menos un verso en el manuscrito.

6583-6628

El rey pronunció entonces tres palabras dignas de un rey:

—Silence, eres muy leal. Tu lealtad es más valiosa que mi realeza, pues no hay joya más preciosa ni mayor tesoro que una buena mujer. Ningún hombre puede apreciar el verdadero valor de una mujer fiel. Silence, ten por seguro que te has salvado por actuar con tanta lealtad: te doy mi protección y mi amistad.

—Señor, eso bien me puede ayudar.

—¿Sabéis, además, lo que voy a hacer por vos? Algo que no os molestará: las mujeres volverán a heredar.

Silence le contestó con sensatez:

—Esto es un noble regalo. ¡Que Dios os lo premie! Por este acto se ve la bondad de nuestro soberano.

Todos los presentes se alegraron mucho; se inclinaron ante el rey, comenzaron a bendecir a Silence, y pidieron a Dios que la protegiera.

6629-6650

El rey despreciaba a Eufeme; no deseaba perdonarla jamás, ni había nadie que lo quisiera, o que se lo pidiera. De acuerdo con las órdenes del rey, la monja fue ejecutada, y la reina descuartizada por caballos. El rey hizo un gran acto de justicia: la reina había acabado en el lazo que había preparado para Silence. Así son las cosas: el que intenta deshonrar y dañar a otro, se busca problemas a sí mismo.

Nadie se compadecía del destino de Eufeme. Vistieron a Silence de mujer. ¿Qué más os puedo decir, señores? Antes se llamaba Silencius; le quitaron el *-us*, le pusieron una *-a*, y así pasó a llamarse Silencia.

6651-6668

En los tres días que siguieron, Naturaleza recuperó lo suyo: comenzó a repulir todo el cuerpo de Silence y a quitarle todo cuanto le hacía parecer hombre; no dejó huella de su piel morena, y en su tez volvió a casar armoniosamente la rosa y el lirio.

El rey la tomó por esposa a continuación —así lo dice la historia en la que lo he encontrado—; lo hizo siguiendo el consejo de sus más leales y queridos nobles. Luego, su padre, el conde, fue a la corte con Eufemie, su madre: tenían motivos para estar muy contentos.

El maestro Heldris dice aquí que hay que amar a una buena mujer más de lo que hay que censurar y odiar a una mala, y tiene razón: la mujer tiene menos posibilidades de ser buena que mala; y así, cuando se porta bien, obra contra naturaleza, os lo digo francamente. Se debe, pues, ser más indulgente con ella que con un hombre que obre mal. Si hoy he censurado a Eufeme, no deben enojarse las buenas mujeres; si he censurado mucho a Eufeme, más aún he alabado a Silence. Las buenas mujeres no deben ofenderse, ni cargar sobre sí la censura ajena, sino que deben esforzarse en obrar cada vez mejor.

Aquí quiero poner fin a mi cuento. Bendito sea el que os lo cuente, bendito sea el que lo escribió. A todos los hombres y mujeres que lo oigan, les conceda Jesús sus deseos.

6669-6706

explicit

EPÍLOGO

I

PUESTO que esta novela ha recuperado su voz tras un silencio de 700 años, parece adecuado hacer una presentación del texto y resumir brevemente su contenido antes de proceder al análisis de sus temas literarios, sus fuentes, su complejo juego lingüístico y su contenido ideológico. La existencia del único manuscrito del siglo XIII era ignorada por los estudiosos hasta 1911; el poema mismo, desconocido a excepción de un breve resumen publicado en 1927, fue editado por Lewis Thorpe en los años 60 y apareció por primera vez como volumen exento en 1972 [1], sin que hasta ahora haya sido traducido a una lengua moderna.

El *Roman de Silence* es uno de los dieciocho temas de una colección de narraciones que debió pertenecer a un juglar o intérprete profesional. Los folios que contienen nuestra obra parecen haber sido escritos por un solo copista. El texto está ornamentado con catorce miniaturas, de las cuales once son de un mismo artista, y están directamente relacionadas con el tema de la narración. El lenguaje, claramente picardo, parece ser de la segunda mitad del siglo XIII. El autor, Heldris de Cornualles, es completamente desconocido.

El asunto del *Roman de Silence* es artúrico; Silence, hija de Eufemie y de Cador es educada como si fuera un muchacho, pues Ebain —rey de Inglaterra— no permite que hereden las mujeres. Con el tiempo, la muchacha se convertirá en juglaresca y llegará a ser un famoso caballero.

Por el tema, la obra más cercana a *Silence* parece ser la historia de «Grisandole», que está incluida en la *Estoire de Merlín* [2]. Grisandole, al igual que Silence combina los componentes narrativos de la doncella guerrera, la mujer de Putifar y la captura de Merlín como hombre salvaje. En ambas obras, Merlín interviene en su propia captura. En *Grisandole* el anciano maestro del rey Arturo aparece —también— como un misterioso hombre de pelo cano. Pero ambas obras se diferencian fundamentalmente porque en *Grisandole* no se explica el motivo de la búsqueda de Avenable, la Doncella disfrazada. En un minucioso artículo de 1907 [3], Lucy Paton estudió el problema comparando un grupo de cuentos populares posteriores, que contenían elementos del episodio [4]. La conclusión a la que llegó esta investigadora fue que la combinación de temas era independiente del *Merlín* en prosa, y que tanto *Grisandole* como los cuentos posteriores que mantenían el tema de la reina vengativa, eran descendientes de una fuente común primitiva *X*. Lucy Paton añadía, además, que «el hecho de que la reina insista en la aventura destinada a demostrar su propia culpa, satisface la ironía dramática de la situación» (p. 248). *Silence* —cuya existencia desconocía Paton— vino a corroborar sus atrevidas hipótesis [5].

La cuestión de por qué Merlín quiere participar en su propia captura plantea un nuevo problema. En *Grisandole* el anciano pretende ayudar al rey de este modo, interpretando el sueño que revela el adulterio de la reina. En *Silence*, la acción de Merlín es el resultado de una maldición, según la cual el sabio sería capturado mediante tretas y artimañas femeninas.

Paton examinó al respecto fuentes orientales y celtas que incluían la *Vita Merlini*, de Geoffrey de Monmouth (c. 1148). En la *Vita*, el papel de Merlín es el de un ser sobrenatural, cuya mujer le abandona por un marido mortal. En la forma común del cuento, Merlín asume la apariencia de hombre salvaje, «exponiéndose, naturalmente, a la captura como medio para lograr el reencuentro con su amada» (Paton, p. 256). En el arquetipo *X* de Paton, el motivo de Merlín como amante debía estar incorporado, aunque de forma más oscura; el nuevo relato, —de la Doncella Sabia— no incluía la conclusión original. Como Merlín ya no es el enamorado que busca a su compañera, la recompensa de la Doncella Sabia (Avenable o Silence) será la de casarse con el rey. Tal es el resultado en *Grisandole*. Pero el autor de *Silence* no sólo realza la ironía dramática por medio de las circunstancias de la maldición, sino que además enlaza las dos partes distintas de la narración haciendo que Merlín aparezca en la primera como «un cierto anciano» que salva la vida a Silence al revelar su identidad al conde, su padre, cuando ésta se presenta bajo la apariencia de juglar (11. 3359-3610).

II

Las aventuras de Silence [6] presenta a tres personajes femeninos principales, importantes todos ellos para entender la visión que tiene de la mujer el autor. El poeta empieza por introducir brevemente a la reina Eufeme, y después procede a describir a la noble mujer Eufemie y a su hija Silence. Es significativo el hecho de que sean presentadas en este orden, pues el

orden indica una progresión ascendente en el valor y en las virtudes de las damas. Como veremos, Eufeme representa a las mujeres, tal como son; Eufemie simboliza a la dama ideal; Silence es la imagen de la virtud y de todas las cualidades positivas de las que suelen carecer las mujeres.

Eufemie es una mujer fuerte, con características masculinas; su belleza se nos describe de forma somera: es la «más bella muchacha del mundo» (401), pero no llegamos a obtener ninguna otra descripción de su aspecto físico. Sus principales atributos son la sabiduría —está versada en las siete artes liberales (403)—, y su eficacia. El conocimiento que tiene de la medicina es inigualable, y se nos afirma que es el doctor más sabio del país (594). Eufemie conoce su propia reputación, y por eso se muestra segura de sí misma, sin ningún tipo de falsa modestia: no duda de que va a sanar a Cador en dos semanas, y consigue realizarlo en una sola. Su relación con Cador es descrita en términos corteses y contiene elementos propios de la visión cortés del mundo, pero hay algunos elementos discrepantes, que alejan esta relación de la que habitualmente se suele admitir. Cador es un apuesto caballero, de noble (es sobrino del rey) y gran valor. Está enamorado de la «belle Eufemie» desde hace largo tiempo pero mantiene sus sentimientos en secreto —ignorando que ella también los comparte— pues se considera inferior a ella, tanto por su sabiduría como por su condición: es hija de uno de los condes más poderosos del país y él no es más que un caballero.

Cuando el dragón aterroriza el reino, Cador, impulsado por su amor hacia Eufemie, logra vencer al monstruo. Una enfermedad le mantiene en contacto constante con Eufemie, y en consecuencia su pasión se acrecienta aún más; como dice Heldris, «El amor crece de la nada cuando los amantes están juntos» (748-750). Pero, al mismo tiempo, frente al valor de Eu-

femie, él se siente cobarde y se reprocha amargamente que el contacto ha transformado su amor en un sentimiento de vergüenza. Por otra parte, Cador no se atreve a confesarle sus sentimientos a Eufemie porque la eficiencia de ésta como médico hace que el joven dude de su propio valor (653-655). En definitiva, los logros de la mujer atenúan los impulsos de Cador que yace en el lecho debilitado e incapaz de actuar.

El desarrollo del incipiente amor de Eufemie tiene evidentes rasgos ovidianos. Heldris consigue emplear admirablemente la doctrina amorosa de Ovidio destinando a heroína a una muchacha muy joven, que es una médica famosa. De hecho, es la inversión del topos *puella/senex* para el amor de Eufemie que la despoja de su valor profesional. Eufemie se transforma cuando se despierta en ella una emoción latente; su nueva conciencia sexual la supera por completo privándola de su equilibrio y reserva, característicos de su comportamiento. Como ella abiertamente admite, sus artes curativas no le sirven para curarse a sí misma (788-790) y se entabla una lucha entre la mujer experta y la joven amante; aquélla ve al Amor como algo que la aparta del honor y la valía que tan consciente es de tener, y que sólo le trae deshonor y vergüenza y siente una gran humillación al hallarse, en medio de la noche, subiendo los escalones que conducen a la cámara del caballero. Loca de deseo mientras yace desnuda en su cuarto (825), se lamenta por haber perdido el control de sí misma. Al amanecer, vencida por sus sentimientos, entra finalmente en la cámara del joven, pero Amor, le evita la humillación de tener que confesarle abiertamente sus sentimientos, ya que la exclamación que balbuce inadvertidamente desencadena la declaración del joven. Al asegurarse de los sentimientos de Cador, la profesional experimentada vuelve a salir en Eufemie, y ella le dice que puesto que ha dejado de estar enfermo, debe tomarla como re-

compensa a sus servicios (953 y ss). Heldris se muestra sarcástico cuando escribe que no hay suficiente desafío en Eufemie al no recoger la respuesta de Cador que ella es la única para él, ya que la forma abrupta de preguntarle si la estaba rechazando es, de hecho, aún más atrevida. Cuando ambos se preguntan qué hacer con su amor, Cador expresa el deseo de que Dios les conceda lo que más quieren. Eufemie es de nuevo la que señala que los deseos no han ayudado nunca a nadie, y recuerda, además la promesa que el rey ha hecho a ambos de que les concederá por sus servicios, la posibilidad de elegir cónyuge. Eufemie dirige a Cador hasta el punto de tener que recordarle que como hombre debe ser el primero en hablar al rey, refiriendo su elección (1085-1086). Por lo tanto es normal que él le diga después de su escena de amor: «Mi amor, soy tu amado, me has vencido tras larga lucha e intensa batalla» (1147-1149).

Una breve mirada a otros casos de la literatura francesa medieval, en los que la mujer conquista al hombre, nos ayudará a profundizar en el conocimiento del papel desempeñado por Eufemie. Uno de los primeros ejemplos es la princesa Guilliadun, en el lai *Eliduc*[7] de Marie de France.

La joven oye hablar de las proezas del caballero Eliduc y desea conocerlo. Manda como mensajero a su chambelán, para que concierte una visita. Después de conocerse, el «pudor» doncellesco de Guilliadun no le impide describir sus sentimientos al chambelán con todo lujo de detalles, pidiéndole que le diga al caballero que lo quiere a cualquier precio. Su activa participación en el comienzo del idilio culmina con el envío al joven de un anillo de oro y su cinturón, forma simbólica de entregársele.

Otro caso muy conocido es el de Lavine en el *Roman d'Eneas*[8]. Lavine es una muchacha muy joven que, habiéndose enamorado a primera vista del poderoso guerrero, se deja llevar por sus sentimientos y le envía una nota amorosa, gesto que podía haber tenido consecuencias políticas serias, y de lo que ella era plenamente consciente. Aquí aparece nuevamente Amor robándole a una muchacha joven su sentido de la vergüenza: Lavine escribe una carta a Eneas —que ni siquiera la conoce— pidiéndole que se apiade de ella ya que su amor por él la está torturando. Su osadía, sin embargo, aparece como un acto infantil, propio de una joven completamente vencida por estas nuevas emociones.

De la Edad Media tardía es la historia de *La belle Maguelonne,* de principios del siglo XV, que contiene los temas tradicionales del amor cortés[9]. El héroe se enamora de la dama sin haberla visto, al oír hablar de su belleza. Su amor le inspira los hechos de armas más atrevidos ante su presencia. Pierre adopta la actitud cortés: a pesar de no merecer el favor de su dama, le ruega su complacencia. Expresa su sumisión a la amada demostrándoselo en varias ocasiones, como cuando no vacila en romper el voto de silencio al pedírselo ella.

Cuando Pierre llega a la corte del padre de Maguelonne, ésta se enamora de él. Sus sentimientos la superan de tal modo que ella es la que da el primer paso para restablecer contacto y, para ello, envía a su ama como mensajera ante Pierre. Al regresar, ésta le narra el primer encuentro, y antes de saber que Pierre ha solicitado verla, Maguelonne confiesa que desea verlo y le pide al ama que prepare una cita: en el encuentro de ambos, Maguelonne debe refrenar sus deseos de besarlo y abrazarlo; no obstante, le regala una cadena de oro y una joya, símbolo de su sumisión al joven, y luego lo besa, a pesar de que Pierre no ha hecho ademán alguno de acercamiento físico. Maguelonne se da perfecta cuenta de que está adoptando una actitud que no le corresponde cuando al alejarse

Pierre por un incidente ajeno a él, se siente culpable y preocupada por haberle declarado demasiado pronto su amor al joven.

En la relación amorosa entre Eufemie y Cador existen numerosos elementos propios del amor cortés, como la terminología que utiliza el poeta al escribir que los amantes están aprendiendo una muy buena lección de *fine amors* (1093-1094) y que el *joi d'amors* se revela en Eufemie. Aparecen también los síntomas característicos del mal de amor —desmayos, cambios de color, mareos— y de la humildad del amante; sin embargo esta humildad se debe más al reconocimiento de los valores profesionales de su amada que al culto casi religioso que podría haberle dedicado, siguiendo las pautas de los trovadores provenzales que llamaban *midons* a su señora.

Guilliadun, Lavine y Maguelonne son muchachas jóvenes que en la embriaguez producida por el despertar de sus sentidos olvidan el tradicional autoeclipsamiento de la mujer en el comienzo de una relación amorosa. En el caso de Eufemie, a pesar de que adopta una actitud similar en la manifestación de sus sentimientos, no llega a esa situación sino tras una larga contienda con la otra faceta de su personalidad: la de médico independiente que lucha contra las perniciosas emociones que la amenazan con hacerle perder su honor. Este aspecto activo de su carácter emerge de nuevo en cuanto se siente segura de los sentimientos de Cador. Sin embargo, la felicidad conyugal privará eventualmente a Eufemie de las características masculinas adquiridas por su educación y pasará a ser la esposa sumisa del conde de Cornualles que acata siempre sus decisiones. Tal es su comportamiento cuando Cador —con ocasión del decreto promulgado por el rey de Inglaterra que sólo permitía a los hijos varones heredar propiedades y que ponía en peligro el porvenir de su futuro descendiente en caso de que

fuera hembra— pronuncia un discurso sobre el sagrado sacramento del matrimonio (1711 y ss.) en el que sostiene que, a través de la alianza, marido y mujer se convierten en una sola carne y una sola sangre y que, por tanto, también su voluntad ha de ser una. Cuando su marido le pide que sus deseos fueran los mismos, Eufemie no vacila en responder manteniéndose esta actitud durante el resto de la narración.

Otro aspecto interesante de la obra es la visión que nos ofrece el poeta Heldris de la creación de Silence por la Naturaleza. El tema de la Naturaleza como creadora de la dama con sus propias manos y como prueba de su talento ha sido estudiado de forma minuciosa por M.ª Rosa Lida de Malkiel en su importante trabajo sobre la dama como obra de arte [10]. Estos dos temas presentan variaciones interesantes en *Las aventuras de Silence* al personificar a la Naturaleza y permitirle explicar sus motivos e intenciones, de tal forma que la Naturaleza afirma que en adelante no vacilará en emplear sus más finos materiales (1873-1885), pues por haberlos escatimado en el pasado, sus trabajos han resultado ser toscos y vulgares (1887-1890). El poeta explica cómo entre los miles de moldes que posee la Naturaleza, utilizará ahora uno que nunca había utilizado y que con él demostrará todo su talento (1900-1903).

Silence es descrita a continuación según las reglas de la *effictio,* que consiste en la enumeración minuciosa de los encantos de la heroína. Esta descripción física pormenorizada contrasta con la parquedad extrema con que se describe a las otras dos mujeres de la obra: «El mundo nunca vio tan bella joya» (166), refiriéndose a Eufeme, y «Era la muchacha más bella del mundo» (401), para Eufemie.

Una situación semejante la encontraremos en el *Roman d'Eneas.* De las tres heroínas —Dido, Camille y Lavine— sólo Camille y su belleza rubia merecen una

descripción cuando se encuentra sobre el corcel completamente armado para la batalla. Faral atribuye la descripción a su inmediata muerte: conociendo sus encantos, el lector se identificaría más fácilmente con el trágico final de la heroína [11]. Sin embargo, en el caso de Silence, el poeta recalca que sus notables cualidades caballerescas igualan su perfección física como mujer.

Heldris comenta la aguda inteligencia de la protagonista, que le permite una profunda formación y una preparación muy superior a la de sus maestros. El padre de Silence, el conde, quiere que su hija reciba la misma educación que hubiera recibido como hombre: de este modo, la joven podría hacerse cargo de sus propiedades. Además de su inteligencia, Heldris destaca la bondad, el valor y el coraje de Silence. Todas estas virtudes son características más de un héroe que de una heroína.

Cabe destacar que el poeta describe la belleza de Silence inmediatamente después de haberse referido a su concepción, mientras que sólo aludirá a sus virtudes de héroe cuando haya alcanzado la edad de la madurez. Heldris separa así la idea de que Silence es una hermosa mujer y de que es un valiente caballero.

A Silence, por otra parte, le preocupa el hecho de que a la muerte del rey Ebain se tendrá que despojar del disfraz masculino que la ha mantenido oculta y se hallará sin las virtudes que deben caracterizar a toda mujer: es significativo que valore mucho más el comportamiento y los hábitos masculinos que sus contrapartidas femeninas (2637-2638), y que se niegue a sacrificar su honor «masculino» por algo que ella considera mucho menos valioso (2651). La decisión que toma Silence de abandonar su casa, marchándose con los juglares, como forma de superar su falta de gracia femenina, es una decisión muy atrevida. Mediante este alarde de independencia en un aventurado intento

de aprender un arte para compensar todos los encantos femeninos de los que carece, Silence demuestra paradójicamente un carácter masculino.

Al desarrollar su personalidad, Silence hace gala de estos rasgos masculinos. Su sueño de que los juglares planean matarla (unos perros que la quieren destrozar), no es muestra de miedo, sino más bien un aviso racional e intuitivo de la envidia asesina de los juglares. Cuando al escucharlos accidentalmente se entera de sus criminales intenciones, no se asusta: Silence está combinando a la vez el sueño, la intuición y la escucha indiscreta, actitudes atribuidas generalmente a las mujeres. En cualquier caso, las conclusiones a las que llega en su fría deliberación, que le permiten desarrollar un plan para burlarlos, demuestran su educación masculina. Al regresar a casa no se arrepiente de nada de lo que ha hecho; está orgullosa de su nuevo arte como juglar y se ofrece para entretener con él a su padre.

Cuando Silence va a la corte, la reina Eufeme tiene un comportamiento que nos recuerda la historia de José y la mujer de Putifar o la de los Siete Sabios [12]. La reina se enamora del apuesto Silence que, rechazando estos intentos de seducción, reacciona como lo haría un hombre, apoyando sus negativas en la devoción y «lealtad» y mostrándose reticente a perder su integridad. Y mantiene con valentía esta postura para proteger el honor de su padre, que se vería indudablemente afectado al revelar la verdad. La reina Eufeme no puede entender los motivos del rechazo de Silence, que sugiere varias explicaciones, incluída la posibilidad de que piensa hacerse ermitaño o que teme las consecuencias del adulterio. A pesar de todo, la reina sigue siendo incapaz de entender el concepto de lealtad de Silence.

Parece probable que el *Roman d'Eneas* fuera la fuente en la que se inspiró Heldris para la descripción del carácter de sus tres heroínas. Dido, con su pasión

incontrolable, es el prototipo de Eufeme en su relación con Silence; los sentimientos de Eufemie nos recuerdan el amor juvenil de Lavine por Eneas, y Silence está modelada según el personaje de la amazona Camille.

El consejo que parece desprenderse de la obra de Heldris es que para evitar convertirse en una mujer convencional como Eufeme, la joven debe convertirse en un hombre, educándose como tal y adquiriendo sus valores morales; piensa, además, que una mujer es capaz de actuar como un hombre si se le da la oportunidad. En la obra, el travestismo de Silence se lleva hasta el extremo de que es armada caballero, y de esta forma alcanza el mayor de los honores que un hombre puede alcanzar. Sus virtudes son «loyauté, droiture, honesteté» (lealtad, rectitud y honestidad), cualidades normalmente asociadas con el hombre. Y después de haber demostrado su valía como hombre, Silence puede finalmente recuperar su naturaleza femenina.

Sin embargo, lo que el lector moderno encuentra difícil de entender es que la recompensa final para la joven sea casarse con el rey de Inglaterra, un hombre mucho más viejo que su padre —al que se describía como uno de los «jóvenes» seguidores de Ebain (391)—; hecho mucho más difícil de comprender si se tiene en cuenta que la protagonista había demostrado una gran sabiduría mientras que fue caballero, a la vez que el rey había obrado con ligereza, e incluso con locura, al casarse anteriormente con Eufeme.

Una explicación al repentino desposorio se encuentra al buscar la fuente del episodio final de *Silence,* ya que está relacionado con *Merlín,* como indicamos anteriormente: puesto que el Merlín de Heldris no es el marido a la búsqueda de su mujer perdida, la recompensa de la sabia Silence tenía que ser —así como la de su fuente o de Grisandole— el matrimonio con el rey al que ella ayudó. Hay, además, otra razón que parece más lógica y que adquiere consistencia al comparar

nuestra obra con el episodio de Camille en el *Roman d'Eneas.* En la batalla contra los troyanos, la doncella mataba a todo aquel a quien alcanzaba con sus golpes. Envidioso de esta proeza, un guerrero troyano intenta humillarla, diciéndole que las mujeres sólo deben combatir de noche, acostadas, y que sólo en esas circunstancias pueden vencer a los hombres. El arrogante troyano la exhorta a que abandone las armas, a que deje de exhibir sus proezas, y a que se ponga a coser, que es una actividad más apropiada para ella (7070-7090). El troyano termina sus insultos proponiéndole que le sirva como prostituta. Llena de venganza y cólera, la doncella mata al troyano y le dice que lo que la incitó a ir al campo de batalla fue su deseo de practicar el arte de la caballería y no el libertinaje. Concluye sus mordaces palabras añadiendo que ella sabe golpear mejor a un caballero que abrazarlo y que no sabe combatir en la cama (7107-7125).

Aunque largo, este incidente de *Eneas* es esencial para comprender la personalidad de Silence.

La joven ha demostrado en repetidas ocasiones su amor por la caballería y por las armas. Tras muchas dudas durante su adolescencia, había llegado a la conclusión de que no quería cambiar su honor de hombre por algo mucho menos valioso. Sin embargo, al final, traicionada por Merlín, tiene que volver a ser mujer. Los sentimientos amorosos no son adecuados para su persona, igual que ocurría en el caso de Camille. Para Silence, —que mantiene su espíritu caballeresco dentro de la doncella Silencia— la máxima recompensa es casarse con el rey; por tanto, carecen de importancia la edad y la locura del monarca: éste es el supremo señor y el compañero ideal para todo caballero.

III

Además de la curiosa combinación de temas y de las importantes y complejas cuestiones que se plantean acerca de fuentes y análogos, las características más interesantes de *Silence* son el juego rebuscado y hábil del lenguaje[13] y su clara tendencia feminista. Por lo que respecta al lenguaje, el rasgo que más resalta es que los nombres de las tres figuras femeninas principales son juegos de palabras y su significado está en relación con el papel de la mujer y del hombre en la sociedad, planteando cuestiones que parecerían más propias de estudios feministas del siglo XX que de una obra medieval.

Eufeme, «Eufemismo», representa el tipo de mujer más comúnmente aceptado por la sociedad: es el objeto del deseo del hombre y no tiene voz ni siquiera para determinar su destino. Su nombre es en realidad una figura etimológica construida sobre *feme* «mujer», con todas las connotaciones negativas que la palabra implica. Eu/*feme* es desleal, se guía más por la pasión que por la razón, utiliza con frecuencia el llanto para conseguir sus propósitos; nadie es más cruel que ella cuando busca venganza, ningún hombre puede rivalizar con una *feme* en el arte de mentir y sus palabras nunca son sinceras.

Eufemie, «Euphemia», y Cador hacen buen uso de la palabra como medio de comunicación hasta que el lenguaje del cuerpo pueda sustituirla. Como un *sprechender Name,* Eufemie no toma la iniciativa, sino que emplea el lenguaje de forma convencional y mantiene el código tanto ideológico como lingüístico del cuento cortés. Antes de su matrimonio, ella es quien habla, mientras que después sólo habla para asentir. La facilidad de palabra, es ahora característica de él, mientras

que la sabia coherente y médico Eufemie ha sido reducida a esposa silenciosa, cuya dependencia de Cador incluso se refleja en la forma en que es llamada: «la condesa».

Por su parte, Silence trasciende tanto la vida real como la tradición literaria, pues su nombre y educación chocan con las normas convencionales. Es una metáfora viviente, una alegoría que abre posibilidades revolucionarias para la redefinición del hombre y de la mujer.

El juego con el nombre e identidad de Silencius-Silencia demuestra que la mujer no puede ser vista como el valor negativo del hombre. La raíz es la misma y los fines equivalentes, lo cual indica una proximidad semántica inquietante. Cuando los términos hombre y mujer son reducidos a una arbitraria distinción de género marcado por sufijos gramaticales ¿qué importa una ínfima diferencia de sexo? El narrador juega con la cuestión explícitamente:

Poco le faltaba para ser hombre; todo lo
que se podía ver era sin duda masculino. (2477-2478)

El público se ve obligado a contemplar la posibilidad de una unidad tan fundamental que la metáfora se derrumba.

Como metáfora humana, Silence experimenta en sí un conflicto semántico en la adolescencia —el momento de la vida en que un ser humano toma conciencia de la sexualidad y de las posibilidades del lenguaje metafórico— y una doble pérdida de inocencia que causa debates entre la Naturaleza y la Educación. Es una ironía que la Naturaleza personificada argumente desde un punto de vista convencional lo que es natural en los dos debates. En el primero, la Naturaleza le dice a Silence que la mujer es bella y pasiva, que debería renunciar a correr por el bosque porque es malo para el cutis, y en su lugar debe quedarse en su cuarto aprendiendo a coser.

Sin embargo, la Razón le dice que sería necio abandonar el papel masculino. En el segundo debate, en el que cada cual culpa a la otra de la caída de Adán, la Naturaleza argumenta que el hombre por principio es carnívoro, y triunfa cuando Merlín abandona las nueces y raíces por un gran asado que constituirá su perdición. Pero si los argumentos de la Naturaleza se basan en características adquiridas, los de la Educación también son espúrios: dice esta última que puede alterar de modo permanente la conducta de la gente y cambiar mediante la instrucción las características innatas. Y añade: ¡La Naturaleza queda vencida! Silence, juglar, varón, caballero, ¿seguirá su destino de mujer?

Una opinión del autor desenmascara estas dos falsas figuras: la naturaleza verdadera de una persona es la naturaleza moral. La tendencia innata del ser humano hacia el bien o el mal sólo puede ser modificada temporalmente para bien por la educación, aunque la capacidad de hacer daño que tiene el hombre es inmensa. Esto explica por qué Eufeme tiene mucha menos culpa de lo que pretendía Silence, pues era víctima de una mala educación: la femenina.

El aparente contraste entre Silence y Eufeme queda atenuado antes de su confrontación final física y verbal, a pesar de que el juego lingüístico con los conceptos de silencio y palabra ha sido intensificado. Antes Eufeme había dicho: «Silence, hablas demasiado» (6274). Merlín se mantiene en silencio hasta que es forzado a hablar, y Eufeme le dice entonces: «¡Cómo sabes calumniar a las mujeres!» (Con tu ses mesdires de feme (6372)). Finalmente, el rey pronuncia el dictamen esperado por todos: «Sens de fem gist en taisir» (6398), «la sabiduría de la mujer estriba en el callar». En realidad Silence ha demostrado que una mujer puede guardar silencio; en sentido figurado está hablando en alto: ha desenmascarado el auténtico problema del silencio de la mujer en el mundo del hombre. El contraste entre las posibilidades

revolucionarias abiertas por el juego lingüístico y la conclusión de la obra, que sigue las convenciones de la novela, desilusiona al lector: se hace justicia, la reina malvada es ejecutada, Silence se casa con el rey; sin embargo, Eufeme se ríe por dentro, como se desprende de la afirmación final de Silence:

Pensaba que siempre podría evitar el papel de mujer: Eufeme me ha privado de todo esto. (6458-6460)

Las últimas palabras reconfortantes del narrador —Eufeme ha de ser compadecida y Silence emulada— parecen vacías. La historia de Silence es insoluble, a pesar de la solución narrativa.

NOTAS

1. Debemos nuestro descubrimiento del texto a Joan M. Ferrante en el curso de un seminario ofrecido por el National Endowment for Humanities sobre «La mujer en la vida y en la literatura de la Edad Media».

2. Tras haber rechazado repetidas veces las insinuaciones indecorosas de la mujer de Ebain, la reina Eufeme, exigen de Silence una tarea casi imposible: la captura de Merlín, a quien sólo se podrá atrapar mediante ardides de mujer. Silence logra realizar su misión pero queda descubierta por la risa de Merlín que revela su secreto. Se restaura el derecho de la mujer a heredar; la reina recibe su castigo y Silence se convierte en reina de Inglaterra por su matrimonio con el rey Ebain.

3. «The Story of Grisandole: A Study in the Legend of Merlin». *PMLA,* 22 (1907); 234-76.

4. Straparola, *Piacevole Notti,* IV, i; «Mille et un Quart d'Heures», *Contes Tartares.* Cabinet des Fées, Ginebra, 1787, XXI, 304-21; «Le capitaine Lixur ou Le Satyr», Contes populaires de la Basse-Bretagne, París, 1887, 314 y ss.; «Il Satiro», De Nino, *Usi e Costumi abruzzesi, Florencia, 1883, III, 133 y ss.; «La Favele de lu Serpénde», Finamore, Tradizione popolari abruzzesi* Lanciano, 1885, I, V; «Piera», De Gubernatis, *Rivista di Letteratura popolare,* I (1878), 81, 82; «Belle-belle», Cabinet des Fées, IV, 5 y ss.; «Fortunio», *Popular Fairy Tales,* Londres, s.a., 121 y ss.

5. Es importante para nuestro estudio un detalle de este episodio final de *Silence:* de camino a la corte del rey Ebain, el cautivo Merlín se ríe cuatro veces: la primera de un patán que tiene un par de zapatos nuevos; la segunda, de un leproso que pide limosna; la tercera de un sacerdote que entierra a un niño mientras que el hombre al que toman por padre llora; y la cuarta, del rey Ebain y de su séquito. Más tarde explica las razones de su risa a cambio de su libertad. En el episodio de *Grisandole,* Merlín también se ríe cuatro veces, pero cambian algunos de los motivos: la

primera vez se ríe al mirar a Grisandole; la segunda, de un grupo de mendigos que piden limosna; la tercera, de un escudero que pronto golpea tres veces a su amo en una capilla; y la cuarta, de Julio César y de su séquito. Vemos que *Silence* está más cercano a los cuentos que provienen de *X* porque la tercera causa de la risa de Merlín en el episodio de *Silence* —un sacerdote que entierra a su propio hijo mientras el hombre al que toman por padre llora— también está en los cuentos que provienen de *X,* pero no en *Grisandole,* como hemos señalado.

6. Un extracto de la segunda parte de este estudio se publicará en *Kentucky Romance Quarterly* (otoño de 1985): A. Benaim Lasry, «The Ideal Heroine in Medieval Romances: A Quest for a Paradigm», *KRQ.*

7. *Les lais de Marie de France.* Ed. J. Rychner. París, 1969.

8. Salverda de Grave, J. J., Ed. *Eneas, roman du XIIé siécle.* Classiques français du moyen âge, 44, 62. París 1925-29.

9. *La belle Maguelonne.* Ed. Adolphe Bidermann. París, 1913.

10. María Rosa Lida de Malkiel, «La dama como obra maestra de Dios», en *Estudios sobre la literatura española del siglo XV.* José Porrúa Truanzas, s.a.; Madrid, 1977; pp. 218-9 y 235 y ss.

11. E. Faral, *Recherches sur les sources latines des contes et romans courtois du moyen âge. París, 1913; pp. 101-2.*

12. *Vid. Libro de los engaños,* ed. John E. Keller (Chapel Hill: University of North Carolina Studies in the Romance Languages and Literatures, 1953).

13. Son claras las figuras de dicción y los juegos de palabras son frecuentes, sobre todo los que descansan sobre la homonimia y la derivación etimológica, que en muchos casos parecen parodiar el famoso *amer/amour* de Gottfried von Strassburg.